

MI
CORAZÓN,
MI
VIDA,
MI
TODO

Un Llamado al
COMPROMISO TOTAL

WILLIAM MACDONALD



LLAMADA DE MEDIANOCHÉ

Cx.P. 1688 • 90001-970 PORTO ALEGRE/RS - Brasil
Teléfono: +5551 3241-5050 • Fax: +5551 3249-7385
www.llamada.com.br • pedidos@llamada.com.br

MI CORAZÓN, MI VIDA, MI TODO
Un Llamado al Compromiso Total
Título original en inglés: *My Heart, My Life, My All*
William MacDonald
Copyright © 1997 por William MacDonald

TRADUCCIÓN: ALEJANDRO LAS
EDICIÓN: ALEJANDRO LAS
DISEÑO DE LA PORTADA: ROBERTO REINKE

A menos que se indique, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la Versión Reina-Valera © 1960, Sociedades Bíblicas Unidas.

RV60 Versión Reina-Valera, Revisión 1960
RV95 Versión Reina-Valera, Revisión 1995
NVI Nueva Versión Internacional
LBLA La Biblia de las Américas
DHH Dios Habla Hoy

Primera edición en español: Febrero 2012.

© 2012 Copyright by:
Llamada de Medianoche

Cx.P. 1688
90001-970 PORTO ALEGRE/RS - Brasil
Teléfono: + 5551 3241-5050
Fax: + 5551 3249-7385

www.llamada.com.br • pedidos@llamada.com.br

ISBN 978-85-8172-002-9

Impreso en talleres propios en Brasil.

Contenido

El amor y la lógica del compromiso

El amor y la lógica del calvario	7
¿Quién es Jesús?	11
Qué fue lo que Él hizo.....	15
¿Quiénes somos nosotros?	21
Su dolor, nuestra ganancia	27

El compromiso tal y como se ve en la Escritura

¿Qué es el compromiso?	33
El compromiso de Cristo.....	35
Un llamado anticipado	41
Abraham	45
El holocausto	53
Marcados de por vida.....	57
Rut y Ester	61
Y hubo otros	65
El compromiso en el Nuevo Testamento	73

El compromiso en la historia de la iglesia

El compromiso en la historia contemporánea.....	79
El compromiso en la historia reciente	85

El alto llamado del compromiso

Vaya por el oro	95
El compromiso es costoso	101
Dios quiere lo mejor	107
¿Qué impide nuestro compromiso?	115
Compromiso deficiente	121
Un sacrificio vivo	125
Un sacrificio reticente.....	145
Trivialidades.....	155
Cambio de carrera	159

La experiencia del compromiso

Es una crisis	169
Es un proceso	175
Ahora, ¡hágalo!.....	181

EL AMOR Y LA LÓGICA DEL CALVARIO

Nada en la historia del universo puede compararse con lo que sucedió en el lugar llamado Calvario. Reducido a unas pocas horas, es un evento que, como alguien dijo una vez, “se eleva sobre las ruinas del tiempo.”

Se han publicado más libros sobre ese evento que sobre cualquier otro. Se escribió más poesía y se compusieron más melodías cristianas. Algunas de las principales obras maestras de arte del mundo intentaron plasmarlo. Un sinnúmero de sermones persisten en el tema. Se conmemora globalmente cada vez que se celebra la Santa Cena. Y cada vez que vemos una cruz, recordamos Quién fue crucificado en la más conocida de ellas. El recuerdo de esas pocas horas se cuenta en lenguaje sencillo y poco emotivo. Sin embargo, la historia no se desvanece ni envejece.

Fue el día en el que el Señor Jesucristo murió. Su muerte fue única - única como la Persona involucrada, las personas para quienes ocurrió, y el propósito con el que sucedió. Ninguno, en su más alocada imaginación, podría haber llegado a concebir una historia tan sublime, tan asombrosa, de tal alcance en tiempo y consecuencias. Ciertos autores han documentado historias insospechadas e inexistentes, pero ninguno jamás pudo asemejarse a la saga del Calvario.

Cuando intentamos tomar conciencia de lo que sucedió cuando murió Cristo, también nos enfrentamos a otras tre-

mendas cuestiones. Conclusiones a las cuales llegar, decisiones que hay que tomar. A la sombra de la cruz, somos forzados a concluir que se trata de todo o nada. No existe lugar para la neutralidad. Aquéllos que creen en el Señor Jesucristo no se atreven a ser indiferentes respecto a Su obra y persona pues, de lo contrario, insultarían Su majestad y mostrarían una gran ingratitud por lo que Él hizo. Se lo dijo a la iglesia en Laodicea con una franqueza justificable: “Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Ap. 3:16).

La gente por la cual murió Jesucristo no puede negar Sus justos reclamos, ni sucumbir en un cristianismo tedioso, ni vivir por el placer egoísta. Nuestra redención demanda nuestra consagración total.

¿Qué si... ?

¿Qué sucedería si los creyentes pudieran pararse ante la cruz y darse cuenta de lo que realmente estaba sucediendo? Abrumados por las dimensiones de su salvación, se volverían adoradores compulsivos. No dejarían de maravillarse por la asombrosa gracia de Jesús, y hablarían de Él a todo el que quisiera escuchar. Día y noche, estarían apasionados sin ninguna vergüenza por Aquel que los llamó de las tinieblas a Su luz admirable. Las ambiciones mundanas perecerían a causa de haberse entregado sin reservas a Cristo y Su obra. El mundo sería evangelizado. Es triste reconocer que hoy no es así. La iglesia se toma todo muy a la ligera. La muerte de Jesús en la cruz del Calvario no nos impacta de la manera que debería. Nuestro ego nos hace concluir que era lo apropiado que el Hijo de Dios muriera por nosotros.

Luz en la Oscuridad

Cada cierto tiempo, un gran rayo de luz sí atraviesa la oscuridad. Por aquí y por allá, sí se levanta algún creyente que se detiene ante el Calvario y ora:

Oh, hazme entenderlo,
Ayúdame a aceptar,
Lo que para Ti, el Santo, significó,
Mi pecado soportar.

A. M. Kelly

Cuando el profundo significado de lo que allí sucedió comienza a descender sobre esa persona, jamás será la misma. En efecto, dice:

He contemplado la visión
Y ya no podré vivir para mí.
La vida es menos que la nada
Si no doy todo de mí.

Esta gente nunca más volverá a satisfacerse con una vida cristiana mediocre. Se determina a no rebajarse jamás a la frialdad de su entorno. Se da cuenta de que el cristianismo que ve todos los días no es el mismo que el del Nuevo Testamento. A estas personas las controla otra fuerza. Poseen una pasión que las absorbe durante sus horas de vigilia. Pueden llegar a convertirse en lo que algunos llaman fanáticos, pero eso no las desalienta en lo más mínimo. Si parece que perdieron la cabeza, es porque encontraron la mente de Cristo. Si es que están fuera de sí, es por Dios. Si parecen raros o fuera de lugar, es porque marchan al compás de un tambor diferente. Ellos no quieren que nada se interponga entre su alma y su compromiso total con el Salvador.

Cuatro hechos a destacar

Qué ha hecho que estas personas sean diferentes? Detrás del cambio, se encuentran cuatro tremendas realidades. Han visto quién es Jesús, lo que Él ha hecho, lo que son ellos en contraste, y las bendiciones incomparables que fluyen hacia ellos desde el Calvario.

Al estudiar ahora estas verdades transformadoras, oremos por que también podamos tener una apreciación más profunda de las mismas, y nos comprometamos con Cristo más plenamente que antes. Esto puede significar cambios revolucionarios en nuestras vidas. Enfrentémoslos valientemente y con disposición.

¿QUIÉN ES JESÚS?

Ahora volvamos a considerar a Jesús - Quién es Él. Si no lo tuviéramos en cuenta a Él, no existiría un pensamiento correcto sobre el sentido de la vida. Él es el eje de la historia, la fuente de la satisfacción, la encarnación de la realidad, el hecho central de la vida.

Él es único

Jesús es el Hijo nacido de la virgen María, único desde el comienzo. Otros nacen para vivir; Él nació para morir. La noticia del nacimiento de un bebé suele provocar gozo; la noticia de su nacimiento perturbó al gobernante y al vulgo. A lo largo de Su vida, la gente se puso de Su lado o en Su contra. No existía la neutralidad.

Él es un verdadero hombre

Jesús era humano. Él tuvo hambre, sed y estuvo cansado. Para Sus contemporáneos Él era un hombre normal. Respecto a Su apariencia física, era como uno de nosotros. Alrededor de los veinte años, era carpintero en Nazaret. Cuando cumplió treinta, comenzó su ministerio público, predicando, enseñando y sanando. Nadie tenía razones válidas para dudar de su humanidad.

Él es un hombre sin pecado

No obstante, había algo que diferenciaba la humanidad de Jesús de la nuestra; Él no tenía pecado. Una vez existió

sobre esta tierra un hombre que estuvo absolutamente libre de la mancha del pecado. Nunca tuvo un pensamiento malvado, una motivación errónea, o una actitud pecaminosa. Fue tentado siempre desde el exterior, pero nunca desde el interior. Él siempre hizo lo que agradaba a Su Padre - lo cual excluye la posibilidad de que alguna vez pecara.

Aun las personas que no declararon ser sus amigos tuvieron que admitir que era inocente. Pilato no pudo encontrar falta alguna en Él. Su esposa le habló de Jesús como de un hombre justo. Herodes buscó evidencias en contra de Él en vano. El ladrón que moría a Su lado declaró que Jesús no había hecho nada malo. El centurión lo llamó un hombre justo. Y Judas admitió que él mismo había traicionado sangre inocente.

Sí, nuestro Señor es único. Y, además, es un humano sin pecado; pero eso no es todo. Nunca comprenderemos ni una fracción de la magnitud que tiene el significado del Calvario, mientras no reconozcamos que Aquél que murió en esa cruz es mucho más que eso.

Él es Dios

Sí. Aquel que murió en la cruz de en medio es Dios encarnado. Isaías lo identificó como el Dios Fuerte (Is. 9:6). Dios Padre indicó que era Dios: "Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo..." (He. 1:8). Juan dijo: "el Verbo era Dios" (Jn 1:1), y trece versículos más adelante dice: "... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad" - una descripción que sólo se aplicaría al Señor Jesús. Nuestro Señor insistió en que "todos honren al Hijo como honran al Padre" (Juan 5:23). Pablo se refirió a Cristo como el único que "es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos" (Ro. 9:5). Además, más de 100 escrituras no dejan lugar a argumentos: Jesucristo es Dios. En Él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad (Col. 2:9).

John Wesley captó la maravilla de la encarnación cuando escribió: “Nuestro Dios se contrajo al tiempo, incomprensiblemente fue hecho hombre.” Y William Billings, un músico aficionado y curtidor de oficio, nos invita así: “Vengan, vean a su Dios recostado sobre la paja.”

Otro poeta, que hoy no es conocido, escribió: “He aquí, dentro de un pesebre yace Aquél quien formó los cielos estrellados.

Aun otro autor, hoy anónimo, escribió las siguientes palabras:

Sobre la cuna caen gotas de rocío frías;
Su cabeza recostada junto a las bestias del establo.
Los ángeles lo adoran, mientras Él descansa,
el Creador, y Monarca, Salvador de todos.

Booth-Clibborn, un escritor de himnos británico, también notó que quien había venido a Belén era nada menos que Dios:

Descendió de la gloria, una eterna historia,
Vino mi Dios y Salvador,
Y fue Su nombre Jesús.

El joven judío de Nazaret era el “Anciano de Días.” Fue Dios el Hijo quien usó un delantal de carpintero en medio del aserrín que lo rodeaba. Fue el Dios-hombre que usó la vestidura de un esclavo para lavar los pies de Sus discípulos. Fue el Hijo de Dios quien creó nervios ópticos en un hombre que era ciego de nacimiento. Nadie más que Dios pudo haber calmado las aguas tormentosas en el Mar de Galilea con tan sólo una palabra. Sólo Él pudo haber resucitado a Lázaro habiendo estado muerto por cuatro días.

No podemos exagerar el hecho de que el Cristo del Calvario es el mismo “que extiende los cielos y funda la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él” (Zacarías 12:1).

Tendemos a conformarlo a nuestra propia imagen y semejanza. Como Él mismo dijo a Su pueblo en el Salmo 50:21: “¿Pensabas que de cierto sería yo como tú?”

Cualquier palabra se torna totalmente inadecuada cuando intenta describir la Persona del Señor Jesús. La misteriosa unión de Dios y el hombre en Él, simplemente agota cualquier lenguaje.

Pero no debemos detenernos allí. Otra alucinante maravilla se añade. Al considerar ahora lo que Él hizo por nosotros, nos encontramos abrumados por la sobrecarga sensorial.

QUÉ FUE LO QUE ÉL HIZO

Si la Persona de Cristo es una profundidad que no puede ser sondeada, Su muerte en la cruz como sustituto por los pecadores conmueve la imaginación. Alguien murió por nosotros. Y no fue un hombre como nosotros. Eso sería suficientemente edificante, y la causa de una eterna gratitud. Lo que debemos reconocer es que Aquél que se dio a Sí mismo por nosotros es la segunda persona de la Trinidad. Es realmente sorprendente que no estemos más maravillados aún.

Pero, ¿la Biblia realmente dice que Dios encarnado murió por nosotros? Sí, lo dice. Pablo le dijo a los ancianos de Éfeso que apacentaran «la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre» (Hch. 20:28).¹ ¿Quién compró a la Iglesia con Su propia sangre? La respuesta a la palabra “quién”, es “Dios.” Dios fue el comprador, la Iglesia era la compra, y Su sangre fue el precio. Lo maravilloso de esto es que el Cordero sacrificado era Dios en un cuerpo humano. Aquél que colgó de la cruz era el mismo que habita la eternidad, Emmanuel - Dios con nosotros.

En el primer capítulo de Colosenses, el Espíritu habita considerablemente en la deidad del Señor Jesucristo; Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación (v. 15), el Creador de todas las cosas (v. 16), quien es antes de todas las cosas y en quien todas las cosas subsisten (v. 17). Pero aun en el mismo contexto, la Palabra dice, “...en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (v. 14).

Otro versículo que enseña que fue Dios en un cuerpo de carne el que murió en la cruz, es Hebreos 1:3: “el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados «por medio de sí mismo,» se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.” La expresión “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” significa que el Señor Jesús es igual a Dios el Padre en todo aspecto. Y es Él quien expió nuestros pecados cuando murió en el Calvario.

Otro versículo que afirma la deidad de Cristo es Filipenses 2:6. El apóstol enfatiza que el Señor Jesús era en forma de Dios, lo que significa que Él es Dios en Su plenitud. El Salvador no pretendía ser igual a Dios. Sino que, siendo Dios encarnado, “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8).

Entonces, queda claro que Aquél a quien los hombres tomaron ilegalmente, crucificaron y asesinaron, era Dios, el Hijo. En algunas religiones, hombres, mujeres y, a veces niños, mueren por su dios; nunca escuché de ninguna otra en la que un ser divino muera por Sus criaturas. Nunca entendemos realmente el Calvario hasta que no nos detenemos delante de la cruz, contemplamos al Amado, y reconocemos que Él es Dios encarnado, nuestro Creador.

¿Dios puede morir?

Una afirmación como ésta provoca tres preguntas. Primero, Dios es Espíritu (Juan 4:24) y un espíritu no tiene carne y sangre. Eso es cierto, pero el Hijo de Dios se vistió de un cuerpo de carne, huesos y sangre para poder así comprar la Iglesia.

Segundo, Dios es inmortal, lo que significa que no está sujeto a la muerte. ¿Cómo puede morir entonces? Otra vez la respuesta se encuentra en la encarnación. Dios ocultó Su Deidad en un cuerpo humano para poder morir por la huma-

nidad. “Aquél que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús... a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos» (He. 2:9).

El Señor Jesús no es Dios menos algo. Él es Dios más algo; ese algo es Su humanidad.

Isaac Watts reconoció que Aquél que había muerto por él no era otro que Cristo, su Dios:

Lejos, Señor, esté de mí gloriarme
Guardado en la muerte de Cristo, mi Dios;
Todas las cosas vanas que más me encantaron,
Las sacrifico en Su honor.

Charles Wesley se enfrentó a este hecho, para luego escribir estas líneas inolvidables:

Es todo un misterio, muere el Inmortal;
¿Quién puede explorar Su extraño designio?
En vano intenta el primogénito de los serafines
Sondear las profundidades de Su divino amor.

El misterio no impidió que Wesley continuara con esta asombrosa verdad:

¡Inmenso amor! ¿Cómo puede ser
Que Tú, mi Dios, murieras por mí?

¿Quién dirigió las cosas?

Hay otra pregunta más por responder. Si el Sustentador de todas las cosas había muerto, ¿quién dirigió el universo durante los tres días y noches en que Su cuerpo yacía en el sepulcro? La respuesta es que cuando Jesús murió, sólo Su cuerpo fue a la tumba. Su espíritu y Su alma fueron al paraíso (Lucas 23:43), o sea, al cielo (2 Co. 12:2, 4). No existió lapso alguno en que Él no estuviera en completo control. En un

momento, estuvo en la tierra, sosteniendo todas las cosas por el poder de Su palabra. Inmediatamente, fue al paraíso, donde siguió controlando todas las cosas sin interrupción.

La impresionante verdad que implica que el Ser Supremo se diera a Sí mismo como sacrificio por nosotros, es totalmente asombrosa. Los esfuerzos más brillantes por describirla, son poco más que balbuceos. Todo idioma baja la cabeza avergonzado. Es abrumador para el cerebro reconocer que lo que sucedió en el Calvario no fue homicidio, el asesinato de un humano a mano de otros humanos. Ni fue genocidio, la destrucción de un grupo racial o étnico. Fue un deicidio, el asesinato de la deidad.

Charles Spurgeon preguntó: “¿Quién hubiese pensado que el gobernador justo moriría por el rebelde injusto? Esto no es enseñar mitología humana, ni soñar con imaginación poética. Este método de expiación es conocido entre los hombres sólo porque es un hecho. La ficción jamás lo hubiese inventado. Dios mismo lo decretó. No es algo que podría haberse imaginado.”

Me temo que llegamos a desarrollar una familiaridad tan mortal con las palabras de la Escritura que pierden Su impacto en nosotros. Decimos: “El Hijo de Dios me amó y se dio a Sí mismo por mí,» pero no suspiramos ni lagrimeamos. Recitamos sin pensar versículos similares con poca o ninguna emoción. Predicamos esta verdad tan insensible e insípidamente que no nos lleva a nosotros ni a nuestros oyentes a caer de rodillas. Somos culpables de lo que alguien alguna vez llamó la maldición del cristianismo de ojos secos. Necesitamos volver constantemente a la asombrosa realidad de que fue nuestro Salvador y Dios quien murió por nosotros.

F. W. Pitt capta algo de la maravilla de todo esto en las siguientes líneas memorables;

El Creador del universo
Siendo hombre, por los hombres fue hecho maldición;
Los anuncios de la ley que Él había hecho,

Los pagó hasta el final.
Sus santos dedos hicieron las ramas
Que luego produjeron las espinas que le coronaron.
Los clavos que atravesaron sus manos se extrajeron
De lugares secretos que Él diseñó;
Él hizo el bosque de donde surgió
El tronco en el que su cuerpo colgó.
Murió en una cruz de madera,
E hizo el monte en el cual se afirmó.
El cielo que se oscureció sobre Su cabeza
Por Él fue esparcido sobre la tierra;
El sol que ocultó Su rostro de Él
Fue ubicado en el espacio por Su palabra;
La lanza que derramó Su preciosa sangre
Fue templada en el fuego de Dios.
La tumba en la que yació Su cuerpo
Fue esculpida en la roca que Sus manos habían
formado;
El trono en el que hoy está
Había sido Suyo desde la eternidad;
Hoy una nueva gloria corona Su cabeza,
Y toda rodilla ante Él se doblará.

La maravilla de la muerte de Quien colocó las galaxias más lejanas en el espacio, crece aún más cuando consideramos el tipo de personas por las que Él murió. No es una imagen agradable.

Referencia

1. También es traducido "con Su propia sangre", refiriéndose al Hijo de Dios. J. N. Darby da este significado en su Nueva Traducción.

¿QUIÉNES SOMOS NOSOTROS?

Todo el programa divino de la redención se vuelve aún más maravilloso cuando pensamos en las personas por quienes murió el Señor, aquéllos que compró con Su propia sangre (Hch. 20:28). Por supuesto, estoy hablando de nosotros mismos y de toda la raza humana.

Insignificantes

En el universo del telescopio Hubble somos microscópicamente pequeños. Vivimos en un planeta que no es exactamente el más grande de los que Dios ha creado. De hecho, nuestra tierra no es más que una partícula de polvo cósmico, lo cual implica que nosotros somos enanos microscópicos en una partícula de polvo cósmico. Un físico dijo que los humanos son “partículas de materia auto reproducibles en un pequeño planeta que comparte su órbita junto a otra docena alrededor de una estrella ordinaria en una de las billones de galaxias existentes.”¹ El reconocimiento de nuestra insignificancia hizo que el salmista se hiciera esta aguda pregunta: “¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” (Sal. 8:4).

Frágiles

No sólo somos minúsculos, somos frágiles mortales formados de nada más sustancioso que el polvo y el agua. Un día

estamos en todo nuestro vigor atlético, y al otro somos apaleados por un virus resistente. En un momento somos capaces de manejar los problemas cuando aparecen. Y luego, cuando nos enfrentamos con algún accidente o enfermedad, nos vemos casos emocionales perdidos.

Perecederos

Somos pasajeros. A la luz de la eternidad, nuestra vida en la tierra apenas se registra en la línea del tiempo. Nuestros poetas han asemejado la vida humana a un suspiro, una nave veloz, un vuelo de águila, una sombra, un palmo, un sueño. La vida es como el humo, el vapor, la hierba, las flores, la lanzadera de un tejedor. Spurgeon redujo nuestra biografía a cuatro palabras: Sembrados. Nutridos. Soplados. Muertos.

Malvados

Es aún peor el hecho de saber que no somos personas agradables. Eso es probablemente algo que en la actualidad subestimamos. Todos somos pecadores y el pecado ha afectado cada parte de nuestro ser. Aunque quizá no hayamos cometido todos los pecados conocidos, somos capaces de hacerlo. Nos asombra el comportamiento de otros, olvidando que somos capaces de hacer peores cosas. Lo que somos es peor que cualquier cosa que hayamos hecho. Nuestro potencial de maldad es monstruoso. El profeta Jeremías nos recordó que el corazón del hombre es «engañoso... más que todas las cosas, y perverso» (Jer. 17:9). Ninguno de nosotros se da cuenta de la profundidad de nuestra depravación personal.

Impuros

Bildad, uno de los llamados consoladores de Job, lanzó el peor menosprecio cuando dijo que si, en la medida que concierne a Dios, «ni aun la misma luna será resplandeciente, ni

las estrellas son limpias delante de sus ojos; ¿cuánto menos el hombre, que es un gusano, y el hijo de hombre, también gusano?» (Job 25:5-6). Al menos Isaías fue un poco más delicado cuando dijo que los habitantes de la tierra son como langostas para Él, que se sienta sobre el círculo de la tierra (Is. 40:22).

Aborrecedores de Dios

En nuestros días de incrédulos, no amábamos a Dios con toda nuestra alma y mente, todo nuestro corazón, y con todas nuestras fuerzas. Más bien decíamos: “Apártate de nosotros, porque no queremos el conocimiento de tus caminos” (Job 21:14). Con frecuencia, nos sentíamos incómodos al pensar en Dios. Ante otros, sentíamos vergüenza de hablar de Él. Podemos recordar momentos en que nos sentíamos felices sólo cuando lográbamos olvidarlo, y tristes sólo cuando nos acordábamos de Él. Ninguna deidad cósmica iba a controlarnos. Para ser francos, estábamos en guerra contra Él. En las palabras del Mayor André:²

Contra el Dios que hizo el cielo,
 Peleamos con las manos en lo alto;
 Despreciamos la existencia de Su gracia,
 Con demasiado orgullo para buscar un refugio

Homicidas

No llegamos a conocer la maldad del corazón del hombre, hasta que nos paramos frente a la cruz del Calvario y lo observamos matando al Señor de la Gloria. La idea es abrumadora, increíble, inimaginable. El Hijo de Dios viene a la tierra para salvar a Sus criaturas, y ellas se vuelven para matar a la persona de quien dependen sus existencias.

Por supuesto, ese no fue el fin. Él se levantó de entre los muertos y más tarde ascendió de nuevo a los cielos. Desde ese entonces, ha estado ofreciendo vida eterna como un regalo a

todo el que se arrepienta de sus pecados y lo reciba como Señor y Salvador, creyendo que Él, como sustituto, murió para pagar la pena por nuestros pecados.

Eso es lo que significa la gracia. Dios pudo haberle dado la espalda a la raza humana. Pudo haberla pulverizado en un holocausto nuclear. No hubiese quedado nadie vivo para acusarlo de una injusticia. Pero, en vez de eso, decidió poblar el cielo con aquéllos que escupieron Su rostro y Lo clavaron en una cruz.

Olvidadizos e Inamovibles

Si recordáramos constantemente que el Cristo del Calvario es el Dios de la eternidad, estaríamos “sumergidos en la maravilla, el amor, y la alabanza.” “Los corazones llenos aquí sólo pueden llorar, y hundirse en la gloriosa profundidad de la misericordia” (Anónimo). Sería una maravilla tan grande para nosotros que querríamos compartirlo con todo el que nos encontráramos sin dejar de maravillarnos. No querríamos hablar sobre nada más. Nos llevaría a humillarnos en adoración, nos comprometería con el servicio, y nos motivaría a testificar. Pero no nos recordamos. Cometemos el horrendo pecado de darlo por sentado.

¿Acaso no hemos perdido el inmenso asombro que todo esto provoca? Hemos recitado versículos con tanta frecuencia y tan mecánicamente que se nos han vuelto insípidos. Cuanto más envejecemos, más nos cuesta mantener esa maravilla del principio. Tenemos que preguntarnos seguido:

Soy acaso una roca, y no un hombre,
Que puedo pararme, oh Señor, frente a Tu cruz,
Y contar, gota a gota,
La sangre que perdiste lentamente,
Y aún así no llorar?

Christina Rossetti

Y también tenemos que admitir:

Oh, me asombro de lo que soy,
Tú, amado, sangrante, desfalleciente Cordero,
Puedo contemplar y observar el misterio
Mas no soy movido a amarte más.

Anónimo

J. H. Jowett se maravillaba de nuestra insensibilidad cuando escribió:

Abandonamos nuestros lugares de adoración, y en nuestros rostros no hay asombro profundo e inexpressable. Podemos cantar cadenciosas melodías, y cuando vamos a las calles, nuestros rostros se mimetizan con los que salen de los teatros y salas de música. No hay nada en nosotros que les sugiera que estuvimos contemplando algo estupendo o maravilloso... ¿Y cuál es la razón de la pérdida? En primer lugar, nuestro pobre concepto de Dios.³

Debemos retomar la inmensidad del Calvario: el sufrido Salvador es el omnipotente, omnisciente y omnipresente Señor de la Gloria, Dios manifestado en la carne.

Referencia

1. Citado en *U. S. News and World Report*, agosto 18, 1997, p. 85.
2. Éste es un verso del poema *Mi Refugio* que generalmente se le atribuye a John André, un mayor británico en la Revolución Americana. Como él se encontró con Benedicto Arnold, fue ejecutado como espía. Hay un monumento en el lugar donde fue ejecutado en Tappan, Nueva York, en el cual se grabó un tributo del General George Washington: «Él fue más desafortunado que criminal. Un hombre realizado y un valiente oficial.»
3. Citado en *El ministerio de una vida transfigurada* en *Christianity Today*, July 14, 1997, p. 56.

SU DOLOR, NUESTRA GANANCIA

Ahora consideremos los incomparables beneficios que hemos obtenido por Cristo.

Somos Salvos

Primero que nada, el Señor Jesús nos salvó del infierno, del lago de fuego. Un fuego que no se apaga y es eterno. Al referirse a los habitantes del infierno, Jesús dijo: “donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga” (Mr. 9:44). En otras palabras, su angustia mental y su sufrimiento físico son interminables. El infierno quiere decir separación de Dios. Es la existencia en lo más negro de la oscuridad para siempre. Significa estar en un lugar donde el amor no existe. Si el Señor Jesús no hubiese hecho nada más que salvar a los creyentes de semejante suerte, sólo eso habría sido suficiente razón para agradecerle y adorarlo eternamente. Pero Él hizo más.

Somos Perdonados

Nuestros pecados son perdonados. Todos. Puesto que Cristo pagó la pena, Dios puede declararnos perdonados justamente cuando nos arrepentimos y recibimos a Su Hijo como nuestro Señor y Salvador. Nuestros pecados son echados tan

lejos como está el este del oeste, son sepultados en el mar del olvido eterno, borrados como una nube, echados tras la espalda de Dios, a las profundidades del mar, y somos hechos blancos como la nieve. Su perdón es tan efectivo que no deja que se pueda encontrar un sólo pecado que sirva para castigarnos con la muerte eterna. Como pecadores recibimos perdón judicial por los pecados cuando creemos en Cristo. Como creyentes recibimos perdón paternal cuando confesamos nuestros pecados.

Recibimos Vida Eterna

Dios nos da vida eterna. Esto es más que una existencia sin final. Significa que recibimos la vida de Cristo, una nueva calidad de vida. Nos volvemos “participantes de la naturaleza divina” (2 P. 1:4). Todas las cosas se hacen nuevas - un nuevo aborrecimiento del pecado; un nuevo amor por la santidad; un nuevo amor por nuestros hermanos creyentes; un nuevo amor por el mundo y los perdidos; una nueva libertad del dominio del pecado; una nueva vida de justicia; y un nuevo deseo de confesar a Cristo.

Somos Aceptados

Mientras estábamos en pecado, no teníamos derecho a entrar en la presencia de Dios. Éramos impuros, impíos e indignos. Pero desde el momento en que nacimos de nuevo, Dios nos ve en Cristo y nos acepta. Como dijo C. D. Martin en su himno *Aceptos en el Amado*:

Dios ve a mi Salvador y entonces me ve a mí
 “En el amado,” soy libre y aceptado.

Al pararnos frente a Dios, estamos vestidos de Cristo, envueltos en el amor del Hijo de Dios. Un mendigo no puede entrar a la presencia de un gobernante en su propia dignidad

(que probablemente no tenga). Pero el príncipe podría llevarlo a la corte y presentárselo al monarca. En ese caso, es aceptado por virtud de aquél por quien entra. El Señor Jesús es nuestro Príncipe Real, quien nos ha abierto el camino al Padre.

Estamos Completos

Tal como somos no calificamos para el cielo, ya sea antes o después de la conversión. El estándar de Dios es la perfección y no podemos alcanzarla. Ni por buenas obras ni por una vida virtuosa podremos calificar para ser ciudadanos del cielo. Pero una de las hermosas cosas que suceden cuando aceptamos a Cristo es que Dios nos une a Su Hijo de ahí en adelante. Como hemos visto, nos ubica en Cristo, entonces el Señor Jesús se vuelve nuestra calificación para la presencia de Dios. Estamos "completos en Él" (Col. 2:10). Si le tenemos, no necesitamos nada más para ser elegibles. Lo que cuenta es lo que Él hizo, no lo que debemos hacer nosotros. Es mérito Suyo, no nuestro. Es porque el Padre nos ve en Él que estamos calificados para "participar de la herencia de los santos en luz" (Col. 1:12). Somos tan aptos para el cielo como Dios mismo puede hacernos, porque Cristo es nuestra aptitud y Él no puede perfeccionarse.

Somos Hijos de Dios

En el momento de la conversión, nacemos a la familia de Dios. De ahí en adelante, Él es nuestro Padre y nosotros Sus hijos, en una relación que no puede ser quebrantada. Ningún ángel tiene ese privilegio. Está reservado para los pecadores salvos por gracia. Ya sea que estudiemos el estrellado universo a través de un telescopio o una célula viva por medio de un microscopio, diremos: "Mi Padre lo hizo." Los mundanos pueden enorgullecerse de su ascendencia, sus vínculos con famosos, o sus lazos con los ricos. Pero todos estos honores son patéticos si los comparamos con conocer a Dios personalmente como Padre.

Somos Herederos y Co-herederos

Como somos Sus hijos, somos herederos de Dios y co-herederos con Jesucristo. Esto quiere decir -tome asiento primero - que todo lo que Dios tiene es nuestro. El apóstol Pablo dijo: “todo es vuestro... y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios” (1 Co. 3:21-22). Pronto somos tentados a pensar en riquezas materiales, pero probablemente eso sea lo menor. Pablo explica: “todas las cosas” incluyendo los siervos de Dios (usted no tiene que elegir uno sobre el otro), el mundo, la vida, la muerte, las cosas presentes y las que han de venir. Es seguro decir que nuestras mentes no son capaces de sondear todo lo que implica ser herederos de Dios, pero un día disfrutaremos plenamente de todo eso. Mientras tanto, podemos deleitarnos en el hecho de que somos pecadores, salvos por gracia, y hoy herederos de todo el tesoro divino. No existe cuento de Cenicienta que se compare, nadie que se levante de tales harapos a semejante riqueza. Suficiente para volar los fusibles de nuestro cerebro.

Somos Habitados

El Espíritu Santo habita en todo creyente para siempre. Tan sólo piense en esto: la tercera persona de la Trinidad habita en nuestros humildes cuerpos. Está allí como un sello, marcándonos como pertenencias eternas de Dios. Es un depósito que nos garantiza que recibiremos todo lo que el Salvador compró para nosotros en el Calvario, incluyendo el cuerpo glorificado. Como unción, Él nos capacita para discernir la verdad del error. Es el Ayudador, quien se acerca a asistimos en tiempos de necesidad. Él nos guía, intercede por nosotros, y produce el fruto de la santidad en nuestras vidas. Bien podríamos preguntarnos: “¿Qué bueno y necesario ministerio no ejecuta por nosotros?”

Somos Su Novia

La Iglesia, conformada por todos los creyentes, es la novia de Cristo. Esto habla del amor especial que Él tiene por

nosotros. "Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha" (Efesios 5:25-27). Ser parte de Su novia es un honor mayor que ser miembro de todas las organizaciones, fraternidades y sociedades de prestigio en toda la tierra. La Iglesia significa más para Dios que todas las naciones del mundo. Éstas son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas (véase Is. 40:15). La Iglesia es la novia de Cristo. Es la comunidad de lo excelente de la tierra.

Somos Capaces de Orar

Tenemos acceso constante al Soberano del universo en oración. No se necesita programar una cita. Por fe entramos al lugar más santo, en adoración, alabanza y acción de gracias, y luego con nuestras súplicas e intercesiones. Sabemos que Él responde a todas nuestras oraciones exactamente de la misma manera en que lo haríamos nosotros si tuviéramos Su sabiduría, amor y poder. Este privilegio de la oración fue ganado para nosotros por la sangre de Jesús (He. 10:19), y es invaluable.

Tendremos Gloria Eterna

Estamos destinados a una gloria eterna con el Señor en el cielo. El Salvador no se satisfizo con salvarnos del infierno, o darnos una existencia prolongada en el Planeta Tierra. No, Él no se verá satisfecho sino hasta que recibamos nuestros cuerpos glorificados como el Suyo propio, y estemos con Él en el cielo.

Y es así -¿seré como Tu Hijo?

¿Es ésta la gracia que Él para mí ganó?

Padre de gloria, ¡pensamiento sobre todo otro!
En gloria, ¡bendita semejanza trajo a los suyos!
J. N. Darby

Después de decir todas estas cosas, ni siquiera hemos llegado a profundizar en las bendiciones que fluyen para nosotros de la cruz. Pablo lo resume al decir que hemos sido bendecidos «con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» (Ef. 1:3). Somos el pueblo más favorecido de la tierra, y todo por causa del Calvario. Su dolor verdaderamente es nuestra ganancia.

Necesitamos Responder

Existe sólo una conclusión. Como hemos mencionado, para Cristo debe ser todo o nada. No podemos seguir malgastando nuestras vidas en trivialidades. No podemos contentarnos más con ser lo que J. H. Jowett llamó «oficiales menores en empresas temporales.» En el futuro, debemos darnos cuenta que ese amor tan impresionante, y tan divino tendrá «nuestros corazones, nuestras vidas, nuestro todo.» Debemos hacer un compromiso total con Él.

¿QUÉ ES EL COMPROMISO?

La lógica de nuestra redención nos ha llevado por una calle de un sólo sentido que termina en el compromiso total.¹ Está bien. ¿Quiere eso decir que mi obligación es asistir a la iglesia regularmente, poner dinero en la ofrenda, leer la Biblia de vez en cuando, y orar? ¿Es eso todo lo que significa? Difícilmente lo sea.

El compromiso es un acto definido y bien considerado, en el que una persona devuelve su vida al Señor para que Él pueda hacer lo que quiera con ella. Es intercambiar nuestra voluntad por la Suya. Es dejar a un lado nuestros derechos y reconocer los derechos de Su trono. Es abandonarlo todo por Él, Quien abandonó todo por nosotros.

En cada vida hay un trono. El ocupante natural de ese trono es el ego. El compromiso se da cuando el ego es destronado y el Señor Jesús es coronado como Rey. Es cuando decimos desde el corazón:

Tómame como soy, Señor,
Y hazme todo Tuyo;
Haz de mi corazón Tu palacio
Y Tu trono real.
Anónimo

Es posible comprometer mi vida a Jesús para salvación, pero fallar en mi compromiso para servirlo. Ambos compro-

misos pueden tener lugar en la conversión, como sucedió con Saulo de Tarso, pero lamentablemente en esta vida las cosas no siempre son como deberían.

El compromiso implica negarse a uno mismo, tomar la cruz, y seguirlo. Es perder la propia vida por Su causa y la del evangelio. Es entregarnos en alma y el cuerpo y abandonarnos completamente en Dios. Cuando usted desea Su voluntad como ninguna otra cosa y le entrega a Él la devoción de su corazón y el amor de su alma, se convierte entonces en un cristiano comprometido.

Entrega Incondicional

La máxima dedicación a Jesús es incondicional. Ciertas palabras o expresiones no se encuentran en el vocabulario de alguien que está comprometido en forma incondicional, tales como: “Así no, Señor”; “Te seguiré, pero déjame primero...”; “Ahora no, más tarde”. El compromiso implica sumisión a Él en enfermedad o en salud, en pobreza o abundancia, en el hogar o fuera de él, soltero o casado, desconocido o bien conocido, en vida corta o larga.

¿Parece esto una carga pesada para una persona? Por el contrario, Cristo dijo que su carga era ligera y Su yugo fácil. Lo que realmente se torna difícil es cuando trazamos nuestro propio curso y “hacemos las cosas a nuestra manera.”

Referencia

1. Se puede tener el derecho de cuestionar si un creyente está totalmente comprometido con el Salvador. Aun el apóstol Pablo tuvo que admitir que él no lo había logrado, ni había sido perfeccionado (Fil. 3:12). Cuando pensamos en nuestros pecados, fallas, egocentrismo y motivaciones mezcladas, dudamos en declarar que nuestra dedicación al Señor sea como debería ser. Pero eso no nos debería detener en nuestra lucha por alcanzar el ideal. Aun sin haber llegado, podemos seguir hacia la meta. Aunque no podamos cantar “*Todo a Cristo yo me rindo*” como una experiencia propia, podemos cantarlo como la esperanza de nuestro corazón. Y, aunque tal vez nunca alcancemos el compromiso total, podemos buscar maximizar el grado en que nuestras vidas se han vuelto al Señor.

EL COMPROMISO DE CRISTO

Así como nuestro Señor es el autor y consumidor de la fe, también es el inventor y primer ejemplo de compromiso. Para saber lo que se quiere decir con esa palabra, estudiaremos la vida del Hijo de Dios.

Cuando el Padre nos vio perdidos y en desesperada necesidad, pidió un voluntario: “¿A quién enviaré, y quién irá por mí?” El único que estaba capacitado, también estaba dispuesto. “Heme aquí. Envíame a mí”, dijo el Hijo, en esencia. Él quería hacer la voluntad de Dios, y sabía exactamente lo que eso significaba.

Implicó que el Creador naciera en un establo. No hubo una sala de partos esterilizada ni una cuna limpia. No. Sólo el oloroso cobertizo del ganado y la paja de un pesebre como colchón.

Aun años después, nuestro Señor no sabía nada de las comodidades que hoy consideramos derechos imprescindibles. Nunca tuvo agua corriente fría y caliente, baño, o un colchón de resortes. Él no tenía lo que incluso las zorras y aves tienen: un lugar de descanso propio. Mientras sus discípulos volvían a sus hogares, Jesús dormía en el Monte de los Olivos. E. S. Elliott escribió, “Tu cama fue la hierba, oh, Hijo de Dios.”

El Salvador sabía que la voluntad de Dios significaba venir a un mundo de pecado. No podemos saber el sufrimiento

que causó esto a Su alma sin pecado. Sentía repulsión y rechazo por el pecado. A nosotros nos duele resistir la tentación; a Él le produjo profundo sufrimiento el sólo hecho de entrar en contacto con ella.

¿Dulces Injurias?

Al aceptar la voluntad de Dios, nuestro Salvador sabía que sería despreciado y rechazado. Él derramaría Su vida, esparciendo bendición sobre la gente. Daría vista a los ciegos, oído a los sordos, y libertad a los cautivos. Los mudos hablarían, los paráliticos caminarían, y los muertos volverían a la vida. Aun así, recibiría ingratitud y abuso.

Por qué, qué ha hecho mi Señor?
 ¿Qué provoca esta ira y este rencor?
 Él hizo a los paráliticos correr,
 Y que los ciegos pudieran ver.
 ¡Dulces injurias!
 A ellos mismos se desprecian,
 Y se levantan en Su contra.
 Samuel Crossman

Jesús sabía lo que era la soledad y estaba muy familiarizado con el dolor. Se ganó el nombre de Varón de Dolores. Sería insultado, acusado de ser el fruto de la fornicación, de estar endemoniado, de hacer milagros en el poder del diablo - todo por parte de Sus criaturas. Pero, ¿acaso consideró volver atrás? Nunca.

Fue un solitario camino el que transitó,
 apartado de toda alma humana.
 Conocido sólo para Sí mismo y Dios
 Fue el dolor que llenó Su corazón;
 Pero de Su camino no se volvió
 Hasta que, donde yacía en pecado y vergüenza,

¡ME ENCONTRÓ! ¡Bendito sea Su nombre!
Autor desconocido

Cuando el Hijo dijo: "Heme aquí. Envíame a mí", el futuro se volvió como un libro abierto para Él. Pero estaba tan comprometido con la voluntad del Padre que lo enfrentó con determinación.

Veza tras veza, en Su ministerio terrenal, habló de Su deseo por consagrarse totalmente a Su Dios y Padre.

Apeló al testimonio consistente de la Palabra, de que Su propósito al venir al mundo era hacer la voluntad de Su Padre (He. 10:7).

Cuando purificó el templo, Sus discípulos recordaron el Salmo 69:9: "...me consumió el celo de tu casa." El compromiso con los intereses de Su Padre consumió al Salvador.

Cuando era niño, sus padres lo reprendieron por irse solo de la caravana que volvía a Nazaret, y Él les recordó que tenía que ocuparse de las cosas de Su Padre (Lucas 2:49).

Cuando los discípulos expresaron preocupación porque no había comido recientemente, dijo: "Mi comida es que haga la voluntad del que Me envió, y que acabe Su obra" (Juan 4:34).

Al decir: "No puede el Hijo hacer nada por Sí mismo" (Juan 5:19), el Señor rechazó cualquier iniciativa u originalidad en Sus actos. Todo lo que hacía era en obediencia al Padre (Juan 7:16; 12:50; 14:10, 31).

A aquéllos que quisieron matarlo porque había sanado el día sábado, les dijo: "no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre" (Juan 5:30b). Nadie nunca había estado tan enfocado.

Un día le dijo a la multitud: "Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Juan 6:38).

Bajo circunstancias similares, dijo a Sus supuestos asesinos: "yo hago siempre lo que le agrada" (Juan 8:29b). La obediencia no era un acto ocasional; era la historia de Su vida.

La sombra de la cruz siempre estaba presente, pero la enfrentaba con calma - y hasta con ansia. “De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!” (Lucas 12:50).

No había lugar para retroceder. En el último y fatídico viaje a Jerusalén, Él “iba delante” (Lucas 19:28). Pareciera que Sus discípulos venían rezagados, arrastrando sus pies de mala gana.

La voluntad de Dios incluiría el Getsemaní donde oró: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mt. 26:39). Su angustioso clamor no era para escapar de la muerte. Fue más bien por una indicación divina de que no podríamos ser salvos de ninguna otra manera. Su pregunta retórica sobre si existía alguna otra manera, fue contestada por el silencio del cielo. Es que no había otra manera.

Negado, Traicionado, Desamparado

Jesús sería luego traicionado por un amigo, negado por un discípulo débil, besado por un hombre poseído por Satanás, desamparado por aquéllos que más cerca de Él estaban. Sería arrestado por cargos falsos y juzgado en un tribunal que fue la peor de las farsas. El veredicto sería «Absuelto», pero, de todas maneras, lo sentenciarían a morir. Podría llamar a doce legiones de ángeles, pero escogió morir - por usted y por mí. Prefirió la voluntad de Dios antes que Su propia seguridad.

Tenía poder para bajarse de la cruz, y también para no hacerlo. Él no quería salvarse de ella. Fue para esta hora que había llegado al mundo (Juan 12:27). No eran los clavos los que lo sostenían allí, sino Su compromiso con la voluntad de Dios.

El Pecador Substituto

El mayor horror tendría lugar en aquellas tres horas de oscuridad cuando Dios desampararía a Su Hijo, cuando el Señor

Jesús soportaría toda la ira de Dios para pagar la pena por nuestros pecados. Ninguna mente finita podrá comprender lo que esto significó para el Santo. Pero estuvo dispuesto a soportarlo en obediencia a la voluntad de Dios y por amor a las almas.

Sí, sabía que se levantaría de la muerte, ascendería de nuevo al cielo y sería honrado con el Nombre que es sobre todo nombre. Sabía que al final toda rodilla se doblaría ante Él y que toda lengua lo confesaría como Señor. Pero antes de la corona estaba la cruz, antes de la gloria el sufrimiento. El Señor Jesús estaba completamente comprometido con la voluntad de Dios a cualquier costo.

Nuestro Salvador estaba consagrado a Dios, y nos dejó un ejemplo para que sigamos Sus pisadas. Cada vez que somos tentados a quejarnos o retirarnos, debemos clamar a Él para que “anime nuestro débil esfuerzo.”

Señor, cuando estoy agotado, la tarea
Y Tus mandamientos me resultan una molestia,
Si mi carga me llevara a la queja,
Señor, muéstrame Tus manos,
Tus manos atravesadas por los clavos,
Tus manos maltratadas por la cruz,
Mi Salvador, muéstrame Tus manos.

Cristo, si alguna vez mis pasos se desvían,
Y me apronto a retroceder,
Si el desierto o las espinas causaran mi lamento,
Señor, muéstrame Tus pies,
Tus pies sangrantes, Tus pies heridos por los clavos,
Mi Jesús, muéstrame Tus pies.

Anónimo

UN LLAMADO ANTICIPADO

En ninguna parte de la Biblia se encuentra el llamado a la total consagración de una manera más explícita e ineludible como en Deuteronomio 6:5: “Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas.”

Con el fin de que nadie objete argumentando que esto pertenece a la dispensación de la ley y que, por tanto, no se aplica a la actualidad, el Espíritu Santo lo repite tres veces en el Nuevo Testamento, y agrega: “con toda tu mente” (Mt. 22:37; Mr. 12:30; Lc. 10:27). En los evangelios, sin embargo, no se enseña como una ley con una pena añadida, sino como una instrucción en la justicia para aquéllos que son salvos por gracia.

Jesús dijo que amar a Dios es el primero y gran mandamiento. Luego agregó que en dos mandamientos (amar a Dios y amar al prójimo) se abarcaba toda la Ley y los Profetas, o sea, que se resumía el Antiguo Testamento entero. Y como estas dos leyes son más que todo el sistema hebraico de sacrificios, deben tener más importancia para nosotros.

Los mandamientos nos marcan un patrón y nos muestran qué tan lejos estamos. Es también un llamado al compromiso. Aunque no podamos obedecerlos perfectamente, nos movemos en esa dirección. Para nosotros en la tierra nunca serán un logro total, pero sí deberían ser un proceso continuo.

“Amarás al Señor tu Dios...” Él es nuestro Señor, nuestro Maestro. Él es nuestro Dios, nuestro Creador, Sustentador,

Salvador y Preservador. Él merece nuestro amor y, cuando lo tenga, también tendrá nuestra obediencia.

Nuestros Poderes Afectivos

“Con todo tu corazón...” Nuestro Dios debe tener el primer lugar en nuestro corazón. Cualquier otro amor debe ser secundario. No pase por alto la palabra todo, aquí y en las siguientes expresiones. Aquí implica amar al Señor de manera suprema.

¿Cómo será cuando le amemos? Tenemos una idea cuando estudiamos la relación de amor entre la doncella sulamita y su amante en los Cantares de Salomón.

Ella nunca estaba más feliz que cuando estaba en su presencia.

Su ausencia le producía dolor. Anhelaba que llegara.

Hablaba de él con gran deleite. Su lengua era como «la pluma de un escritor preparado».

Amaba hablar con él. A veces estando él ausente, ella le hablaba en voz alta.

Ella siempre se complacía de escuchar su voz.

Soñaba con él, y saboreaba cada memoria con él.

No había competidores para su amor.

Él era el objeto de su afecto.

Ésta es la manera en que debería ser entre nosotros y el Señor.

Nuestros Poderes Emocionales

«Con toda tu alma...» Puesto que el alma es el centro de las emociones, suponemos que esto significa que debemos amar a Dios con todos nuestros poderes emocionales. Debemos entusiasmarnos por Él, gozarnos cuando oímos que Él es exaltado, y enojarnos con lo que lo deshonra. Cuando lo recordamos, se mezclan el gozo y tristeza—gozo de saber que Su sufrimiento terminó, y tristeza porque nuestros pecados lo causaron.

Nuestros Poderes Intellectuales

“Con toda tu mente...” Esta frase nos llama a dar lo mejor de nuestros poderes intelectuales al Señor. Debemos tomar nuestra mente y, por así decirlo, depositarla en adoración a Sus pies, pidiéndole que la use para Su gloria. Una manera en que podemos hacerlo es saturando nuestra mente con las Escrituras, para que primero la obedezcamos nosotros y luego la ministremos a los demás. Todos nos enfrentamos a la decisión de dar lo mejor al mundo y al Señor. Mejor es ser conocido como una persona de la Palabra, y no como una persona del mundo.

Nuestros Poderes Físicos

“Con todas tus fuerzas...” Debemos amar al Señor con nuestros poderes físicos. Es bueno que recordemos que Él “No se deleita en la fuerza del caballo, ni se complace en la agilidad del hombre. Se complace Jehová en los que le temen, y en los que esperan en su misericordia” (Sal. 147:10-11).

Las proezas en las cosas espirituales cuentan más que la popularidad en el campo atlético. Un atleta dijo una vez: “La emoción más grande de mi vida fue cuando anoté un punto decisivo en un gran juego y escuché el estruendo de las tribunas. Pero esa misma noche, en la tranquilidad de mi cuarto, una sensación de lo frívolo que había sido me abrumó. Después de todo, ¿qué valía? ¿No había nada mejor en la vida que anotar puntos?”

Aquéllos que viven para los honores de este mundo son los que venden su primogenitura por un plato de guisado. Imagínese dando lo mejor de sí por una cinta, una placa o una copa de oro. Un hombre que vivió para estas cosas dijo: “El sueño de la realidad era mejor que la realidad del sueño.”

Los jóvenes que quieren obedecer el primero y gran mandamiento no pueden expresar mejor su decisión que en las palabras de Thomas H. Gill:

Señor, en la plenitud de mi fuerza,
Seré fuerte para Ti;

Que al contemplar cualquier otro deleite,
Sea a Ti a quien eleve mi canción.

No quisiera darle mi corazón al mundo,
Para luego profesar Tu amor;
No quisiera que mis fuerzas se acaben,
Para luego intentar servirte.

No quisiera tener un rápido celo,
Para hacerle favores al mundo;
Y luego subir la colina celestial,
Con pies débiles y lentos.

No sean para Ti, mis deseos débiles,
Mi parte más pobre y más baja;
No para Ti, mi fuego que se extingue,
Las cenizas de mi corazón.

Elígeme en mi época dorada,
Sé parte de mis regocijos;
Para Ti la gloria de mi albor,
La plenitud de mi corazón.

El mandamiento de amar a Dios con todo el corazón, el alma y las fuerzas tiene su eco parcial en el último libro de la Biblia, cuando las huestes celestiales dicen a gran voz: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Ap. 5:12). Sí, el Salvador ya tiene todo el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Pero aquí la idea está en que Él es digno de recibir todas estas cosas de su parte y de la mía. Ciertamente, eso incluye nuestros poderes intelectuales (sabiduría), nuestros poderes físicos (fuerza), y nuestros poderes emocionales (honor, gloria, y alabanza).

No hay duda de que Él es digno de lo mejor de nosotros. La única pregunta es: “¿Se lo daremos?”

ABRAHAM

El Antiguo Testamento abunda con ejemplos de consagración. Hombres y mujeres dedicados que cruzaron el escenario de la historia, llevándonos a admirar su devoción incondicional. Una persona en la que podemos ver una dedicación sobresaliente es Abraham. Su obediencia a la voluntad de Dios sobresale cuando se dispone a ofrecer a Isaac.

Todo comenzó en Beerseba, como setenta y cinco kilómetros al suroeste de Jerusalén. Abraham vivía allí con su familia. La ciudad estaba sobre una ruta de intercambio que unía a Egipto con Hebrón, Belén y el norte.

El día había comenzado como muchos otros. No había ninguna indicación de que sucedería algo en especial, de que se haría historia, de que se rompería la rutina ordinaria de la vida. En un momento, Abraham escuchó que Alguien llamaba su nombre.

“Abraham.”

“Heme aquí”, contestó.

Una Orden para Entregar el Corazón

Luego vino una orden extraordinaria: “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.”

No había dudas de Quién estaba hablando. Era el Señor. Y nada de lo que había dicho fue malinterpretado. Se trataba del

único hijo del patriarca, su hijo del nacimiento especial. Abraham tenía cien años cuando nació Isaac y Sara noventa y uno. Éste era el hijo a través del cual Dios había prometido levantar una posteridad innumerable y bendecir a todas las naciones.

Probablemente Isaac tendría veinticinco, y aún era soltero. Y Dios estaba ordenándole al padre Abraham que lo ofreciera como holocausto. Jehová especificó hasta el lugar, uno de los montes de Moriah.

El mensaje era paralizante. El Señor nunca antes había ordenado el sacrificio humano, pero ahora lo estaba haciendo. Parecía como si Jehová estuviera hundiendo un cuchillo sucesivas veces en el corazón de Abraham. Él no dijo simplemente: “Tu hijo”, sino dijo: “Tu único.” Y no contento con eso, Dios nombró al hijo, “Isaac,” y la agonía final, “a quien amas.” “Tu hijo – tu único – Isaac – a quien amas.”

Obediencia Incondicional

Éste no era momento para preguntas. No había tiempo para discutir con Dios, ni para pedir prórrogas. Abraham recibió el orden y estaba listo para obedecer. En su preparación, sin duda alguna, se retiró temprano para un buen descanso nocturno. (¿Cómo podría un padre descansar en esas circunstancias?)

Para el amanecer, él ya estaba despierto. Allí estaba el asno para ser ensillado, el cuchillo y el hacha para ser afilados, y leña para un holocausto. Todo, menos el animal para el sacrificio. Los dos jóvenes siervos estaban preparados. Y – ¡oh sí! – Isaac. No podrían salir sin él.

Quizá fue bueno que Abraham se mantuviera ocupado. No había tiempo para pensar en lo que se venía. Tendría mucho tiempo para eso en las horas que seguirían. Humanamente hablando, los pies del padre deberían haberse sentido tan pesados como el plomo. Pero, por alguna razón no fue así. Parecía estar siendo impulsado por una influencia especial de fortaleza y gracia.

Así que, se dispusieron a emprender un viaje que duraría tres o más días. Y, entonces, la mente de Abraham comenzó

a correr. De seguro sintió una masa enredada de emociones conflictivas. ¡Cuánto había esperado que se cumpliera la promesa que Dios le había hecho de tener un hijo! Cuánto se había enorgullecido y satisfecho el día en que el bebé nació. Cómo había contemplado al niño crecer, embelesado con un amor demasiado grande para expresarse con palabras.

Entonces pensó en la promesa de Dios. Descendientes numerosos como las estrellas del cielo y la arena del mar. Se volverían una grande y poderosa nación, y todas las naciones de la tierra serían benditas en su simiente. Isaac era aquel por quien esto sucedería.

Pero ahora Dios le decía a Abraham que sacrificara a Isaac. Eso anularía las promesas. ¿Cómo podría cumplirse eso si Isaac moría sin haberse casado? Aun si el patriarca pudiera tener otro hijo, no serviría, ya que Dios había dicho: “En Isaac te será llamada descendencia.”

Océanos de Emoción

Es entendible que el anciano estuviese quieto la mayor parte del viaje; durante tres días apenas esbozó palabra. El asno caminaba pesadamente, cargando al amoroso padre hacia el destino. Seguramente se lamentaba ante la muerte inminente de Isaac. Cada vez que echaba un vistazo a su buen hijo, sus ojos sin duda se inundaban. No se atrevía a mirar por mucho tiempo.

Pero entonces, pensaba en el Señor. *“Después de todo, Dios ha hecho esas promesas, y no hay nada tan seguro como la Palabra de Dios. Si Él lo dice, así será. Él no puede mentir. Él no puede engañar, ni ser engañado. Y lo que para el hombre parece imposible, es posible con Dios. Si Dios ha prometido una numerosa posteridad por medio de Isaac, y si Él está ordenando que Isaac sea sacrificado, entonces hay sólo una solución: Él lo levantará de los muertos.”*

Quizá Abraham se vio espantado por la audacia de su propia fe. Él nunca había escuchado nada acerca de la resurrección.

ción. Pero, conociendo a Dios como lo conocía, Abraham se dio cuenta de que era una necesidad moral.

¿Será que podemos pensar que en la noche durmió cerca de Isaac, palpando sus hombros para asegurarse de que aún estaba allí, atesorando estas últimas horas juntos?

Ya habían pasado por Hebrón, y ahora pasaban por Belén. Viajando a través del paisaje, con campos pedregosos a ambos lados, en el rostro de Abraham se marcaba una lúgubre determinación.

Hacia Moriah

Al tercer día llegaron al borde de un monte, uno que bien podría llamarse “Monte del Quebrantamiento.” Por primera vez pudieron mirar al norte y ver las formas color ocre del Monte Moriah. Allí Abraham se enfrentaría a la mayor prueba de su vida. Isaac moriría y sería totalmente consumido por el fuego en un acto de adoración a Dios. Seguramente Abraham estaba agitado, e Isaac lo notaba pero no decía nada.

Finalmente, el padre rompió el silencio. Se volvió hacia los dos jóvenes y les dijo: “Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros.”

¿Cómo es esto? “¿Volveremos a vosotros?» ¿No habrá querido decir: “Yo volveré a vosotros?” No, él sabía lo que estaba diciendo. “Volveremos a vosotros”.

Por alguna razón, padre e hijo tuvieron que caminar solos las millas que restaban. Nadie más compartió la intensidad del último tramo del viaje. Abraham tomó la leña y la ató a la espalda de Isaac. Quedaban la antorcha y el cuchillo para cargarlos él. Todos los componentes de un sacrificio vivo.

¿Habría una conversación animada entre este anciano y su ágil y atlético hijo? No lo sabemos. Pero no hay indicios de discusión, reticencia, o pesadumbre. No parece haber pensamiento alguno de volver atrás. Ambos continuaban. Todo es tan increíble, tan irreal.

La Mayor Prueba de Fe

Finalmente, Isaac hizo la inquietante pregunta: "Padre mío... He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?" Aparentemente Isaac no había entendido el verdadero propósito del viaje hasta ahora. Pero Abraham lo sabía, y la pregunta le atravesó las partes más profundas de su ser. Pero, una vez más, ganó la fe sobre las emociones humanas. Abraham cambió la agudeza de la pregunta asegurándole a su hijo que Dios mismo proveería un cordero para el sacrificio.

Por fin llegaron al lugar designado. Abraham apiló un montón de rocas, formando un altar. Luego puso la leña encima. Entonces el padre, quien amaba a Dios increíblemente, ató a su hijo y lo colocó sobre la madera. Este hombre viejo, con sus manos temblorosas, tuvo la fuerza para levantar a su hijo adulto y ponerlo sobre el altar. Igualmente asombroso es que el hijo, quien fácilmente pudo ganarle en fuerza a su anciano padre, se sometiera sin protestar.

Ningún artista pudo hacer justicia con esta escena. Un padre listo para ofrecer a su hijo a Dios. Un hijo inocente listo para morir en obediencia a la palabra del Señor.

Entonces, el cierre de la angustiada escena. Abraham toma firmemente el cuchillo y, levantándolo sobre el pecho de Isaac, mira el rostro del que significa más que la vida para él. Isaac también mira, ve el cuchillo que refleja la luz del sol, y vuelve su mirada hacia los ojos de su padre. Es un minuto eterno.

En ese momento crucial vino el dramático desenlace. Antes que el cuchillo diera su golpe fatal, Abraham escucha una voz familiar llamando dos veces su nombre: "Abraham. Abraham."

Como lo hizo en Beerseba, contestó: "Heme aquí."

El que hablaba era el Ángel del Señor, ni más ni menos que Dios el Hijo, en una apariencia pre-encarnada. Y le dice: "No tienes que tocar a tu hijo. Has superado la prueba. Ya he visto que me temes tanto que no me negarías ni siquiera a tu único hijo. Ahora sé que tu compromiso es total."

La Provisión de un Substituto

Al escuchar unos ruidos en los arbustos que estaban tras él, Abraham se volvió y vio un carnero atrapado por los cuernos, enredado en una zarza. De repente, todo tuvo sentido. Ofrecería el carnero a Dios en lugar de su hijo. El carnero sería el sustituto que moriría para que Isaac fuera salvo. Dios había provisto una víctima sacrificial justo a tiempo. Ese día, Moriah recibió un nuevo nombre: Jehová Jireh, el Señor proveerá. Allí fue donde el Señor proveyó una ofrenda apropiada.

Abraham debe haber desatado rápidamente las cuerdas que ataban a Isaac, y haberle dado un abrazo como nunca antes lo había hecho. Sus lágrimas deben haber fluido sin reservas, lágrimas de gozo, lágrimas de liberación.

Pero el ángel no había terminado aún. Como el patriarca no retuvo del Señor a su único hijo, el ángel le juró que bendeciría y multiplicaría la descendencia de Abraham como las estrellas y la arena. Ellos triunfarían sobre sus enemigos. Porque Abraham creyó, todas las naciones de la tierra serían benditas en su simiente.

Entonces Abraham regresó hacia el sur con Isaac, a donde estaban los jóvenes que los esperaban con el asno; y así el pequeño grupo regresó a Beerseba. Qué conversación deben haber tenido en el viaje de regreso. ¡Qué muestra de la maravillosa providencia del Señor, del asombroso incidente del carnero atrapado por los cuernos en ese lugar particular y en el momento exacto! Seguramente fue algo más que una casualidad.

Dios había vindicado su promesa. Isaac fue librado.

Siglos después, otro Padre subiría ese monte con Su Hijo. Sólo que esta vez, Él no sería librado. Esta vez el Hijo moriría. Moriría para quitar nuestros pecados por medio de Su sacrificio.

Jehová levantó su vara –
¡Oh Cristo, cayó sobre Ti!

Fuiste afligido por Tu Dios;
Ni una aflicción fue para mí.
Tu sangre fluyó bajo esa vara:
Tus heridas me sanaron.

Por mí, Señor Jesús, Tú moriste,
Y en Ti yo morí también;
Resucitaste: mis lazos desataste,
Y ahora vives en mí.
El rostro del Padre con gracia radiante
Brilla con Su luz sobre mí.

Anne Ross Cousin

A veces el compromiso total significa dar a Dios el tesoro
más preciado de tu corazón.

EL HOLOCAUSTO

El Antiguo Testamento tiene dos ceremonias o rituales que son lecciones objetivas que intentan ilustrar la consagración al Señor. Una es el holocausto, la otra el juramento de un esclavo hebreo.

Primero vemos a un hebreo fiel acercándose al Tabernáculo para ofrecer holocausto al Señor. Mientras lleva un becerro con su cabestro, medita en lo bueno que ha sido el Señor con él. Su constante amor, Su misericordia y gracia lo llenan de gratitud. Viene con gozo a entregarse completamente en el símbolo del holocausto. Él recuerda que el animal que ofrece debe ser limpio, o sea que, debe ser ruminante y tener pezuñas [*hendidias*. Nota del editor]. También debe estar libre de defectos. Ahora lo ofrecerá por voluntad propia.

Pasa por la entrada a través de las cortinas, e inmediatamente llega al altar de bronce y siente el calor que éste irradia. Sostiene la cuerda con su mano izquierda y pone su mano derecha sobre la cabeza del animal. El ritual está lleno de significado. Él dice: “Este becerro está aquí en mi lugar. Me identifico con él. Lo que a él le suceda es simbólicamente lo que a mí me sucede.”

En este momento, probablemente ata las patas del becerro, las de adelante y las de atrás, luego lo pone de lado. Toma un cuchillo bien afilado y, con un hábil movimiento, atraviesa la garganta del animal. Un sacerdote recibe la sangre en un recipiente y la esparce sobre el altar. Algunos espasmos y la víctima queda inmóvil.

El ofrendante le quita la piel al animal y lo corta en pedazos. Luego el sacerdote ubica los pedazos sobre el altar.

Un Sacrificio Total

Es ahora cuando realiza el acto principal del holocausto. Las partes individuales del cuerpo desmembrado se queman en el altar hasta que toda la armazón (con excepción del cuero) es consumida por el fuego.

Esta ofrenda es una representación del Señor Jesús en Su consagración total a la voluntad de Dios. Él fue consumido totalmente por el fuego del juicio de Dios en el Calvario, y la fragancia de Su sacrificio subió como un agradable aroma al Padre (Ef. 5:2). Pero, tanto para el que ofrece en el Antiguo Testamento, como para los creyentes de hoy, nos habla sobre ofrecer nuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es nuestro culto racional.

Sus manos y pies y corazón, los tres
Fueron atravesados por mí en el Calvario,
Aquí y ahora, a él Le ofrezco
Mis manos, pies, corazón, como ofrenda.
Cecil J. Allen

Una parte importante del holocausto es que es una ofrenda de olor grato. “El sacerdote lo ofrecerá todo, y lo hará arder sobre el altar; holocausto es, ofrenda encendida de olor grato para Jehová” (Lv. 1:13b). Cuando un hebreo lo ofrecía al Señor, puede haber pensado que era sólo una rutinaria expresión de gratitud. Quizá no se haya percatado de que estaba haciendo algo extraordinario. Pero el hecho es que ese olor grato alcanzaba la presencia del Señor.

Así sucede con los creyentes en la actualidad. Cuando el Señor encuentra creyentes dispuestos a presentar sus cuerpos como un sacrificio vivo a Él, se complace mucho con ellos. El

Salón del Trono del universo se llena con la fragancia de un olor grato. La lección del holocausto es “Dale a Dios todo lo que haya en ti.”

¡Todo para Jesús, todo para Jesús!
Todos los poderes redimidos de mi ser;
Todos mis pensamientos, mis palabras y hechos,
Todos mis días y todas mis horas.

Que mis manos obedezcan Sus órdenes,
Que mis pies corran en Sus caminos;
Que mis ojos sólo a Jesús vean,
Que mis labios pronuncien su alabanza.

Mary James

MARCADOS DE POR VIDA

¿Le sorprende que hubiese esclavitud en Israel en los tiempos bíblicos? Bueno, así era. A veces era la única manera en que un israelita en bancarrota podía salvarse de una gran deuda. La Biblia habla de la esclavitud como un hecho de la historia, nunca aprobándola como una institución social.

El Señor estableció leyes que protegían los derechos de los esclavos y los salvó del tratamiento cruel y abusivo. Una ley en particular decretaba que un esclavo hebreo debía ser liberado en el séptimo año de su servicio. No importaban lo opresivo de sus condiciones, siempre tenían la esperanza de la libertad. Su amo estaba obligado a proveer al esclavo liberalmente, con carne, vino, vestimenta y todo lo que necesitara para vivir cuando lo liberara. Sin embargo, había veces cuando el esclavo veía que era mejor trabajar para un amo bueno y generoso, que estar libre y por su cuenta. Por tanto, no tenía necesidad de aceptar su libertad. Podía expresar su compromiso con su dueño a través de un simple ritual. El amo lo llevaba a la puerta de la casa, ponía un lóbulo de su oreja contra la puerta, y lo atravesaba con un punzón. El esclavo decía: "Amo a mi dueño. No me iré lejos de él". Entonces quedaba marcado como esclavo de por vida (Ex.21:2-6; Dt.15:11-18).

Algunos ven una referencia al Señor Jesús en el Salmo 40:6, como Quien se comprometió a un servicio permanente. Las palabras "Has abierto mis oídos" literalmente dicen:

“Has perforado mis orejas.” Y a través de este acto se comprometió para siempre.

Un Esclavo Perpetuo

La aplicación es clara. Una vez fuimos esclavos del pecado y de Satanás: engañados, cargados, oprimidos. El diablo era el peor de los amos. Y entonces conocimos a Jesús. Él nos salvó de nuestros pecados y del dominio del maligno. Él fue bueno con nosotros, más allá de nuestro cálculo o imaginación.

Podemos ir libres, vivir para nuestro ego, por el placer, por cosas materiales, o podemos elegir ser Sus esclavos voluntariamente. Podemos decir: “Amo a mi dueño. No me iré lejos de Él.» Podemos presentarnos para ser Sus esclavos para siempre. En las palabras de Handley Moule, podemos cantar:

Mi Señor, guíame a Tu puerta;
Atraviesa una vez más mi oreja dispuesta:
Tus lazos son libertad; déjame estar
Contigo para trabajar, obedecer, soportar.

Sí, mano y oreja, pensamiento y voluntad,
¡Úsalo todo para Tu esclavitud hermosa!
Entrego las debilidades de mi ser
Sujetas bajo Tus pies.

Hóllalas; y así sabré que
Estas manos se llenarán de Tus dones;
Mis orejas perforadas escucharán
Al que les dice: Tú y yo uno somos

Frances Ridley Havergal captó el compromiso del esclavo hebreo de esta manera:

Yo amo, amo a mi Señor, no me iré en libertad,
Porque Él es mi Redentor, Él pagó el precio por mí.

No abandonaré Su servicio, es algo tan dulce y bendito;
 Y en los momentos de mayor cansancio,
 Él nos da verdadero descanso.
 Pues Él ha respondido mi llamado
 Con palabras de un tono dorado,
 Para que yo pueda servirle para siempre a Él, sólo a Él.

En el Antiguo Testamento hallamos a los siervos contratados y a los esclavos. Los siervos contratados trabajaban por un salario. Su motivación era el dinero. Los esclavos pertenecían a sus señores. Algunos de ellos amaban a sus señores, al menos el amor era su motivación. Un esclavo así valía dos veces más que un siervo contratado. Cuando se le daba la libertad al término de seis años, el dueño debía recordar: “No te parezca duro cuando le envíares libre, pues por la mitad del costo de un jornalero te sirvió seis años” (Dt. 15:18). Sigue siendo así hoy. Aquéllos que sirven al Señor con un corazón lleno de amor, valen dos veces más que los que “toman la piedad como fuente de ganancia” (1 Tim. 6:5).

RUT Y ESTER

En la historia de la era pre-cristiana, no hay escasez de mujeres que hicieron historia para Dios por su dedicación. La cultura de ese tiempo era degradante hacia las mujeres, pero muchas de ellas se levantaron contra eso para mostrarle al mundo lo que es la verdadera devoción. A dos de ellas se las honra de manera especial teniendo un libro con su nombre en el Antiguo Testamento.

Rut

Rut es una estrella brillante en la galaxia de los consagrados. Ella tenía un compromiso intensamente fiel con Noemí, su suegra. Y más que eso, su vida fue entregada al Dios de Noemí.

Hablando sin rodeos, ella era una “*doña nadie*”. Venía de una familia de desconocidos, y de entre los moabitas, una raza que había sido maldita por Dios y despreciada por Su pueblo. Ella era una mujer, un género despreciado en esa cultura. Su marido había muerto y la había dejado sin hijos. Su suegra era una judía, una extranjera en la ciudad natal de Rut.

Entonces llegó el momento que, según declara el poeta, le llega a todo hombre y nación, el momento de decidir. En el caso de Rut, la pregunta era: “¿Iría con Noemí a Belén de Judá, o se quedaría con su propio pueblo en Moab?” Su suegra trató de facilitarle la decisión al sugerirle que se quedara en su hogar. Eso era lo que iba a hacer su cuñada.

Noble Dedicación

La decisión de Rut fue un clásico del compromiso:

“Pero Rut le contestó: “No me pidas que te deje; ni me ruegues que te abandone. Adonde tú vayas iré, y donde tú vivas viviré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Donde tú mueras moriré, y allí mismo seré enterrada. Que Dios me castigue si te abandono, pues nada podrá separarnos; ¡nada, ni siquiera la muerte!” (Rut 1:16-17, Traducción en Lenguaje Actual).

Su decisión fue enfática: “No me pidas que te deje. Ni lo insinúes. Ni siquiera lo pienses. Ya he decidido seguirte. No hay vuelta atrás.”

A juzgar por el nivel de su devoción, podemos notar las siguientes decisiones que tomó:

Una nueva persona para seguir. “No me pidas que te deje.” Rut detectó algo en Noemí que le daba confianza. Esta madre de Israel era digna de ser seguida.

Un nuevo lugar para vivir. “Donde tú vivas, viviré.” Reprimiendo su espíritu nacionalista, su amor por Moab, estuvo dispuesta a romper lazos con su familia, amigos, y sus orígenes.

Una nueva familia. “Tu pueblo será mi pueblo.” Se volvió una judía, una hija de Abraham por adopción. Ella eligió al pueblo de Dios, desechado por el mundo, pero el más excelente de la tierra.

Una nueva religión. En las palabras “Tu Dios será mi Dios,” Rut se despidió de sus dioses paganos, los rituales, y los santuarios de Moab, para abrazar al Dios de Abraham, Isaac y Jacob.

Un nuevo lugar para morir. Cuando ella dijo: “Donde tú mueras, moriré,” estaba confirmando que su intención era hacer de su decisión un compromiso de por vida. Ella quería estar identificada con Noemí tanto en su muerte como en su vida.

Un nuevo lugar de sepultura. “(Donde seas sepultada) allí seré sepultada.” Era una tradición ser enterrado en el lugar de sus raíces. Jacob y José quisieron que se transportaran sus cuerpos desde Egipto para ser sepultados en la Tierra Prometida. Es algo bastante natural. Aun los salmones tienen un instinto hogareño cuando sienten que su vida va a terminar; mas Rut estaba determinada a no seguir esa tradición.

Una joven y desconocida viuda se consagraba sin reservas al Dios de Israel. Como resultado, conoció y se casó con un hombre de carácter sobresaliente, se convirtió en uno de los ancestros del Mesías y, como dijimos, tiene un libro con su nombre en la Biblia.

Tú nunca sabes, el día en que te entregas totalmente al Salvador, los tesoros que Él tiene guardados para ti.

Ester

La otra mujer que le dio su nombre a un libro bíblico es Ester. Probablemente no hubiésemos escuchado de ella si se hubiera excusado cuando se enfrentó al tema de la rendición total.

Fue una maravillosa conjugación de circunstancias las que causaron que el rey de Persia la eligiera como reina. El público pensó que fue por su belleza. Las mentes más sabias sabían que era su Dios. El tiempo era perfecto. Ella estaba en el poder cuando su primo, Mardoqueo, expuso una conspiración contra la vida del rey. Ella estaba en el poder cuando Amán el homicida casi logra mandar colgar a Mardoqueo, y cuando ese mismo villano antisemita lograría un decreto inalterable para liquidar a todos los judíos en el reino.

Ahora la luz se enfoca sobre Ester. ¿Iría ante el rey para rogar por las vidas de su pueblo (incluyendo la suya)? Había dos problemas. Acercarse al impredecible monarca excepto cuando levantaba su cetro dorado, significaba una muerte segura. La probabilidad de que mostrara gracia en ese momento en particular se veía disminuida por el hecho de que él y Ester no habían tenido relaciones maritales por un mes.

Para animar su decisión, Mardoqueo le envió el mensaje de que si ella no actuaba, no podría escapar más que cualquier otro judío. Él tenía la certeza de que Dios restauraría a los judíos de alguna manera, pero ella se perdería la bendición de ser su libertadora. Para finalizar, concluyó su súplica con estas palabras inmortales: “¡...quién sabe si no has venido al reino para un momento como éste!>>

Eso era todo lo que Ester necesitaba. Llamó a los judíos de la ciudadela a ayunar por tres días. Luego prometió ir ante el rey, agregando: “...y si perezco, que perezca.” Ella dejó a un lado su vida. Eso es compromiso. Si no hubiera tomado esa decisión, hoy no estaríamos leyendo sobre su vida.

Y valió la pena. El rey le mostró su gracia. Ella pudo exponer a Amán y su conspiración contra su pueblo. Se escribió un nuevo e inalterable decreto que les permitió a los judíos defenderse. Los enemigos sufrieron una gran derrota, y Mardoqueo fue promovido hasta ser el segundo después del rey.

La consagración recibe su mayor prueba en el fuego de la adversidad.

Y HUBO OTROS

Caleb

Sin duda usted puede pensar todavía en más ejemplos de compromiso en el Antiguo Testamento. Caleb seguramente tenga su mención de honor. Cuando tenía ochenta y cinco años, no estaba satisfecho con las hazañas pasadas sino quería anotarse nuevas victorias para el Señor. Así que le pidió permiso a Josué para sacar a los anaceos de Hebrón. “Dame este monte” son palabras notables para un soldado de ochenta y cinco años que podría haber estado apagándose solo en la oscuridad. Su compromiso se conmemora en estas palabras: “Había seguido cumplidamente a Jehová, Dios de Israel.” ¡Qué tributo!

Jonatán

Jonatán era el supuesto heredero del trono de Israel. Cuando su padre Saúl muriera, él sería coronado rey. Pero Jonatán amaba a David, y tenía el discernimiento espiritual para reconocer que David había sido designado para ser rey por Dios. Como señal de que había renunciado a su propio derecho al trono, le entregó su túnica a David. Más tarde, cuando estuvieron juntos por última vez, Jonatán le dijo a David, sin pensar en la lengua: “Serás rey sobre Israel.”

Merrill Unger escribió respecto del carácter de Jonatán:

Su característica más notable era su devoción ardiente y desinteresada por sus amigos, la cual lo guió a renunciar a sus esperanzas al trono, y hasta exponerse a la muerte por causa de aquéllos que amaba. A pesar de que su afecto por su padre era rechazado por éste, debido a su enfermedad mental, tomó la decisión de permanecer junto a él incluso en su declive, y “tampoco en su muerte fueron separados.”¹

El hecho de que Jonatán no haya acompañado a David en su exilio no debería permitirnos oscurecer su grandeza de corazón, su íntegra lealtad y su compromiso desinteresado.

Los Fieles Seguidores de David

Cuando David fue rey, tenía algunos hombres que tenían una apasionada devoción por él. Uno de ellos era Amasai, jefe de los capitanes, y quien vino a él en Siclag. No sabemos mucho de él. De hecho, se menciona sólo en un versículo (1 Cr. 12:18). Mas es recordado por su juramento de compromiso con el rey:

“Por ti, oh David, y contigo, oh hijo de Isaí. Paz, paz contigo, y paz con tus ayudadores, pues también tu Dios te ayuda.”

Itai era otro soldado que había sido vendido al rey. Era gentil, y no era común que un gentil fuera leal a un monarca judío. Pero cuando David huyó de Jerusalén como resultado de la traición de Absalón, el rey intentó disuadir a Itai para que no lo acompañara en su exilio. Pero la demostración de lealtad hacia David es memorable:

“Vive Dios, y vive mi señor el rey, que o para muerte o para vida, donde mi señor el rey estuviere, allí estará también tu siervo” (2 S. 15:21).

Después estaban los otros tres valientes soldados que estuvieron con David en la cueva de Adulam. En ese momento el rey era un marginado y un exiliado. Un día, pensando en su juventud en Belén y en lo bien que vendría un poco de agua de

ese pozo, suspiró con la nostalgia de poder beberla. Ninguna agua en el mundo era como ésa. Cuando los tres valientes escucharon esto, captó su atención instantáneamente y se dijeron: “Tus deseos son órdenes, señor.” Para poder llegar a Belén, tuvieron que atravesar las líneas enemigas; pero no les importó su propia seguridad. Se ubicaron gozosamente en el camino del dolor. Todo lo que les importaba era agradar a su líder. Valía la pena perder sus vidas para llevarle un vaso de agua.

David se sintió tan complacido cuando volvieron que, en lugar de beberla, la roció para el Señor, diciendo: “Lejos sea de mí, oh Jehová, que yo haga esto. ¿He de beber yo la sangre de los varones que fueron con peligro de su vida?” (2 S. 23:17).

Si David se sintió tan conmovido por la dedicación de estos hombres, ¿cuánto más estará “el mayor de los Hijos de David” cuando encuentre este tipo de compromiso en Sus seguidores? Nuestro Señor está sediento de las almas de las personas en Europa, África, Asia, América del norte y del sur. Cuando sus fieles misioneros y sus sustentadores ganan a los perdidos para Él, Él ve su labor y se siente satisfecho.

Urías

Otro hombre que debe ser mencionado es Urías. Como Itai, era un gentil y un soldado en el ejército de David. La esposa de Urías, Betsabé, fue con la que David cometió adulterio. Cuando ella quedó embarazada, el rey temió la vergüenza pública, así que llamó a Urías de donde estaba, en el frente de batalla, y fingiendo generosidad le dio un tiempo de descanso y rehabilitación. Él asumió que Urías tendría relaciones conyugales con su esposa y entonces pensarían que él era el padre del niño. Urías no tuvo en cuenta la hipocresía del rey, sino que su fidelidad frustró las maquinaciones de David para cubrir su pecado. Escuche la dedicación de Urías:

“El arca e Israel y Judá están bajo tiendas, y mi señor Joab, y los siervos de mi señor, en el campo; ¿y había yo de entrar en mi casa para comer y beber, y a dormir con mi mu-

jer? Por vida tuya, y por vida de tu alma, que yo no haré tal cosa” (2 S. 11:11).

Frustrado con su plan, el rey hizo probablemente lo más bajo en toda su carrera. Dio instrucciones para que ubicaran a Urías en lo más duro de la batalla contra los amonitas. Allí los israelitas retrocederían, dejando al soldado real para una muerte segura. Y eso fue lo que sucedió. Fue una despreciable traición. Al menos en este caso, David no fue digno del compromiso de un hombre como Urías. Eso no puede ser dicho de nuestro Señor.

Daniel y Sus Tres Amigos

No podemos olvidarnos de Daniel y sus tres amigos, quienes vivían como cautivos en Babilonia. A causa de su excelencia personal, llegaron a captar la atención del rey. Él decidió capturarlos, reciclarlos como caldeos al cambiar sus nombres, sus idiomas, su dieta, su estilo de vida, y su cultura. ¡Ah sí, y su religión! Los nombres hebreos que se les habían adjudicado tenían todos el nombre de Dios en ellos: Daniel – Dios es mi Juez; Ananías – Jehová es Dios de gracia; Misael – ¿Quién como Dios?; y Azarías – Jehová es mi Ayudador (o guardador). Sus nuevos nombres babilonios contenían los nombres de deidades paganas: Beltsasar – Bel, el dios nacional; Sadrac – quizá el dios de la luna o el dios de la ciudad; Mesac – que significa soy humillado (delante de mi dios); y Abed-nego – siervo de Nebo.

La primera tentación a transigir vino en el área de la comida y la bebida, lo que puede parecer algo bastante inofensivo en sí mismo. Se les dijo que debían aceptar el menú real (que quizá incluiría la mejor comida y el mejor vino del mundo). Al estar de acuerdo, contribuirían a mejorar sus perspectivas de ascenso en la corte real. Podría haber parecido una ingratitud no estar de acuerdo con la orden del rey después de todo lo que había hecho por ellos. Quizá razonaron y concluyeron que podían comer la comida sin consentirla en sus corazones.

Sus compañeros judíos fuera del palacio nunca lo sabrían. Y, además, todos los otros lo estaban haciendo.

Pero no era *kosher*, sino una comida probablemente ofrecida a los ídolos, y comerla hubiese violado las leyes alimentarias que Dios le había dado a Israel. Así que “Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía” (Dn. 1:8).

Pero antes que el incidente pudiera volverse una *cause célèbre*, Daniel sugirió sabiamente una alternativa. Que estos jóvenes hebreos sigan una dieta vegetariana por diez días y vean lo que sucede. El jefe de los eunucos estuvo de acuerdo. Diez días después el rey los encontró de mejor parecer, más sabios, y más entendidos que todos los demás. Tuvo que admitir que ellos eran diez veces mejores que todos sus magos y astrólogos babilonios.

Al sujetarse a sus principios en lo que para otros pudo haber significado algo trivial, fueron honrados por Dios y preparados para lo que sería una prueba más severa.

El Horno de Fuego

No demoró en llegar otra prueba más. El rey de Babilonia aparentemente desarrolló una idea exagerada de su propia importancia como resultado de un sueño, así que ordenó que se erigiera una estatua. Estaba bañada en oro y era tan alta como un edificio de ocho pisos. Era su manera de garantizar una religión unificada así como también un gobierno unificado. En el día de su dedicación, se les ordenó a todos que se postraran en adoración. La pena por la negativa era ser echados en un horno ardiente.

Pareciera que Daniel no estaba en ese momento, pero su ejemplo no había sido desechado por sus tres amigos. Ellos tomaron una posición firme. No adorarían a un ídolo bajo ninguna circunstancia.

Quizá fueron los consejeros de la corte quienes los delataron, celosos porque estos esclavos serían puestos a regular cuestiones de la provincia de Babilonia. Cuando el rey lo oyó, no pudo creer que alguien se atrevería a desobedecer su orden.

¿Acaso pensaban que su Dios podría rescatarlos de su poder? Los jóvenes hebreos sabían que sí. Así que cuando el rey les dio su ultimátum, dijeron:

“He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librá. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado (Dn. 3:17-18).”

Ellos sabían que era mejor quemarse que doblegarse. Mejor morir que negar sus principios. Mejor ir al cielo con la conciencia tranquila que quedarse en la tierra con remordimiento.

El rey estaba enfurecido, y ordenó que calentaran el horno “al máximo,” y que los tres jóvenes inconformes fueran echados dentro. La idea de ser consignados a tal tortura es suficiente para provocar un ataque cardíaco. Pero vea lo que sucedió.

Las llamas mataron a los ejecutores pero no a los hebreos.

Los tres jóvenes no fueron abandonados por el Señor. Él estaba en el horno con ellos.

Todo lo que hizo el fuego fue destruir las cuerdas que los ataban.

Cuando salieron, su ropa no estaba quemada, sus cuerpos no estaban quemados, sus cabellos no estaban chamuscados, ni siquiera tenían olor a fuego en ellos (Dn. 3:22-27).

El rey emitió un edicto honrando al Dios de los judíos y amenazando de muerte a todo el que hablara en Su contra. Él también promovió a los tres jóvenes a prueba de fuego.

Spurgeon dijo: “Si usted cede una pulgada, será abatido; pero si no cede – ni siquiera un pelito – le respetarán. El hombre que pueda esconder sus principios, y encubrir sus creencias para, de esa manera, hacer un poquito de mal, es un “don nadie”. Usted no puede cambiar al mundo si permite que el mundo lo cambie a usted.”

La Fosa de los Leones

Para entonces, Daniel tenía entre ochenta y noventa años, y era una figura poderosa en el reino de Persia. Sus celosos

colegas querían una razón para deshacerse de él, pero su carácter y conducta intachables lo hacían difícil. Concluyeron que la única manera de “atraparlo” era prohibir la oración al Dios de Daniel.

Entonces se declaró esta ley que no podía ser revocada. Al siguiente mes, cualquiera que orara a cualquier dios u hombre, excepto el rey Darío, sería arrojado a los leones.

Daniel no encontró razones para dejar de orar, así que se arrodillaba tres veces al día en su habitación, hacia Jerusalén, dando gracias, y suplicando fervorosamente. Eso no era todo. Se arrodillaba frente a una ventana abierta, igual que lo había hecho siempre. ¿Por qué cambiaría ahora? Aquí estaba un hombre que prefería la fosa de los leones a pasar un día sin orar.

Puesto que sus colegas estaban esperando que Daniel quebrantara la ley, no necesitaron esperar demasiado. Él no oraba bajo las mantas de su cama. Tampoco lo hacía en silencio – en su corazón. No, oraba a viva voz y a vista de todos. El rey no tuvo alternativa; Daniel debía convertirse en carne para los leones. Así que fue arrojado al foso.

¡Pero, espere! Daniel dormía con los leones mientras el monarca tenía un caso real de insomnio. En la mañana, el hombre de Dios apareció en perfectas condiciones. Dios había cerrado las bocas de los leones. Sus acusadores murieron, y su Dios fue honrado con un decreto real.

Piense en la gloria que vino como resultado del compromiso de Daniel. Ese valiente hombre nada sabía sobre lo que Robert G. Lee llamó “teología invertebrada, moralidad de molusco, religión de columpio, convicciones de caucho y filosofía de acróbata.” Estas personas comprometidas tenían convicciones por las cuales estaban dispuestas a morir. Su dedicación al Señor era final e irrevocable. Para ellos la voluntad de Dios era primordial. No tenían más que desprecio por las rutas de escape, las alternativas fáciles, las excusas. En la vida o en la muerte, ellos le pertenecían al Señor.

Referencia

1. Diccionario Bíblico de Unger, Chicago: Moody Press, 1967, p. 603.

EL COMPROMISO EN EL NUEVO TESTAMENTO

Juan el Bautista

Ahora llegamos al Nuevo Testamento para encontrarnos con hombres y mujeres que estaban dedicados al Salvador en un grado no usual. Allí se encuentra Juan el Bautista. Nuestro Señor lo exaltó llamándolo “una lámpara encendida y brillante,” y “más que un profeta.” Juan habló constantemente de su indignidad, determinado a que su Maestro recibiera toda la gloria. Él no se sintió para nada celoso cuando sus discípulos lo dejaron para aprender a los pies de Jesús. Su humildad y sumisión eran superadas sólo por su valor. Luego Herodes el Tetrarca ordenó que lo decapitaran.

Los Apóstoles

Había once apóstoles. Cuando el joven Juan escuchó clamar al Bautista: “He aquí el Cordero de Dios,” él comenzó una vida de servicio incansable, ganándose el nombre de “el discípulo a quien Jesús amaba.” Él no tuvo una muerte de mártir como los demás, pero sí vivió como uno. El compromiso de Simón Pedro con Cristo era innegable, aunque nos concentráramos sólo en su debilidad. Para seguir a Cristo, abandonó el comercio de peces en el mejor día de negocios de su vida (Lucas 5:1-11). Si la tradición es cierta, él pidió ser

crucificado cabeza abajo, pues se consideraba indigno de morir como su Maestro. Los detalles concernientes a los demás apóstoles son escasos, pero está claro que dieron todo por su Señor, para nunca volver atrás.

Mujeres Fieles

No debemos olvidar a las mujeres fieles que sirvieron al Salvador. Estaban aquéllas que lo ungieron con un perfume costoso, que lavaron sus pies con sus lágrimas, y los secaron con sus cabellos. Estaba la mujer que había «echado todo lo que tenía, todo su sustento, en el arca.» En la casa de Simón el leproso, otra preparó Su cuerpo para la sepultura. Fueron mujeres las últimas en quedarse en la cruz y las primeras en la tumba vacía. En el Libro de los Hechos y las epístolas encontramos a Lidia, Priscila, Eunice y otras.

Esteban

Esteban, un hombre lleno de fe, poder y del Espíritu Santo, fue el primer mártir de la iglesia cristiana. Principalmente, era un hombre leal a Cristo, quien prefirió una muerte violenta a tener que doblegarse.

Pablo

Si Abraham es el ejemplo sobresaliente del compromiso en el Antiguo Testamento, el apóstol Pablo tiene esa distinción en el Nuevo Testamento (sin contar al Señor Jesús, por supuesto). Antes de su conversión a Cristo, Pablo era una estrella en medio del judaísmo ortodoxo. Orgulloso de sus credenciales raciales y religiosas, promovía con celo su propia fe y buscaba silenciar cualquier religión que pudiera significar una amenaza.

Sin embargo, en camino a Damasco se encontró con el Señor glorificado, y, en ese momento, “¡escuchó una historia más dulce! Encontró una ganancia más real” (Mary Bowley).

Se volvió un ardiente seguidor de Aquél a quien había estado persiguiendo. Se encendió un fuego en su alma que nunca se apagaría. Su pregunta «Señor, ¿qué quieres que yo haga?» fue, antes que nada, un reconocimiento de Jesús como su Señor y Maestro. Y también una entrega total de su voluntad a la voluntad de Cristo, con todo lo que eso acarrea. El resto de su vida y su ejecución en Roma fueron la respuesta a esta pregunta.

Poca gente alguna vez vivió la gama de emociones humanas y padecimientos que experimentó Pablo. Él sabía lo que era el dolor: perplejidad, decepción, quebrantamiento, traición. Fue calumniado por sus enemigos y abandonado por algunos de sus amigos. Cuando algunos de los creyentes corintios cuestionaron la validez de su apostolado, les lanzó este inolvidable desafío:

“¿Son hebreos? Yo también. ¿Son israelitas? Yo también. ¿Son descendientes de Abraham? También yo. ¿Son ministros de Cristo? (Como si estuviera loco hablo.) Yo más; en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y «además» de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?” (2 Co. 11:22-29).

En otra oportunidad escribió:

“...antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesida-

des, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo” (2 Co. 6:4-10).

En su biografía de Pablo, James Stalker escribe:

“Nunca hubo tal sencillez de ojos o plenitud de corazón. Nunca hubo tal energía sobrehumana e incansable. Nunca hubo tal acumulación de dificultades victoriosamente superadas y de padecimientos tan gozosamente cargados por ninguna causa.”¹

Nunca pensó en dejar todo, o volver atrás. Habiendo puesto su mano en el arado, debía permanecer. Si este era el precio del compromiso con Cristo, él lo pagaría – aun hasta el punto de derramar toda su vida. Tenía sólo una pasión: era Cristo y sólo Cristo.

Pablo no fue uno de esos débiles santos que desfallecían ante la aparición de la sangre o que decían: ‘Sería un soldado si no fuera por esas horribles armas.’ Cuando todo parecía estarse derrumbando a su alrededor en Asia, él no se apresuró a volver a Antioquía con alguna excusa quejumbrosa. Nunca se dio por vencido. Nunca había aprendido a tocar retirada.

Escuchen la magnífica respuesta que lanzó cuando pensaba en su vida de dolor y persecución:

“Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (Hch. 20:24).

No era para él presunción decir al final de su vida: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (2 Ti. 4:7).

“Hoy él vive entre nosotros con una vida cien veces más influyente que la que palpitaba en su mente mientras la forma terrenal lo hacía visible estando en la tierra. Dondequiera que los pies de aquéllos que predicán las buenas nuevas avanzan hermosos en los montes, camina a su lado como inspirador y guía; en diez mil iglesias cada [Día del Señor] y en miles de miles de hogares cada día sus labios elocuentes siguen enseñando ese evangelio del que nunca estuvo avergonzado; y donde sea que haya almas humanas buscando la blanca flor de la santidad o escalando las difíciles alturas de la auto-negación, allí, aquél cuya vida era tan pura, cuya devoción a Cristo era tan plena, y cuya búsqueda por el propósito era tan incesante, es bienvenido como el mejor de los amigos.”²

Mártires

Pensando en ejemplos de compromiso en el Nuevo Testamento, no deberíamos olvidar a todos los mártires, sólo conocidos por Dios, que demostraron que Su “misericordia es mejor que la vida.” Debemos dar tributo a aquéllos que, por ejemplo, murieron en tiempos de Nerón. Cuando el fuego consumió la mitad de la ciudad de Roma, el emperador culpó a los cristianos, a pesar de que existe la gran sospecha de que él era el culpable. Él ordenó que los creyentes fueran cubiertos con alquitrán y encendidos con fuego para iluminar sus fiestas al aire libre. De esos hombres y mujeres que no amaron su vida hasta la muerte, sólo podemos decir que fueron cristianos «de los cuales el mundo no era digno» (He. 11:38).

Referencias

1. James Stalker, *La vida de San Pablo* New York: Fleming H. Revell Co., 1912, p. 15.
2. *Ibid.*, pp. 143-144.

EL COMPROMISO EN LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA

No debemos pensar que todos los santos que se dedicaron en forma espectacular vivieron en tiempos bíblicos. El Señor siempre ha tenido un remanente de hombres y mujeres que le entregan sus vidas completamente.

No podemos olvidar a los mártires cristianos del principio como Policarpo. Cuando el procónsul lo amenazó con quemarlo vivo, Policarpo dijo: “El fuego con el que me amenazas quema por una hora y se apaga después de un poco, mas no conoces el fuego del juicio venidero, y el castigo eterno, que está preparado para los impíos. Pero, ¿por qué te demoras? Vamos, haz lo que quieres.” Cuando los soldados comenzaron a clavarlo al poste de la hoguera, él dijo: “Déjenme. Porque aquel que me ayuda a soportar el fuego también me facultará para permanecer inmóvil en la hoguera, sin la seguridad que esperan de los clavos.”

Están los héroes de las catacumbas. En ese entonces, César quería unificar su imperio, el cual tenía muchos elementos diversos: racial, cultural y lingüísticamente. Así que implementó el culto al César. A todo ciudadano se le ordenó bajo pena de muerte, tomar una pizca de incienso, ponerla una vez al año en un altar romano, y decir: “César es Señor.” Ellos no tenían que creerlo; todo lo que tenían que hacer era decirlo.

Pero estos creyentes no lo hicieron. Su respuesta invariable fue: "Jesús es Señor." En el último minuto ellos pudieron haber renunciado a su fe en Cristo, poner el incienso en el altar y decir: "Maldito sea Jesús." Pero fueron fieles al Salvador, y esa fidelidad les costó la vida.

Las páginas de la historia están manchadas con la sangre de los valdenses, moravos, hugonotes y *covenanters* escoceses.

John Wycliffe, (1320?-1384), conocido como la estrella matutina de la Reforma, insistió en el derecho que tenía la gente común de tener la Palabra de Dios en un lenguaje entendible. Con ese fin fue que produjo la primera versión completa de la Biblia en inglés. Enseñó que la Biblia es la única autoridad en temas de fe y práctica, y que la doctrina de la transubstanciación es un engaño blasfemo. Esto, por supuesto, le trajo conflicto con la iglesia romana. Cuarenta y cuatro años después de su muerte, su cuerpo fue exhumado, convertido en cenizas y arrojado en el río Swift. Si Wycliffe hubiese visto esto desde su punto de vista celestial, creo que habría reído.

John Huss, (1374-1415), fue influenciado por las enseñanzas de Wycliffe y las propagó en Bohemia. A causa de que reprendió sin temor los vicios del clero, fue perseguido por años y luego excomulgado por el Papa. Por predicar el evangelio, al final fue quemado en el poste de la hoguera por una iglesia embriagada con la sangre de los santos.

William Tyndale, (1492?-1536), nos otorgó la primera versión impresa de la Biblia en inglés. Cuando sus amigos y otros comenzaron a leer la Palabra, el clero se alarmó ante esta amenaza a su autoridad. El Cardenal Wolsey defendió a la iglesia contra la "herejía perniciosa" de la Biblia. Cuando un clérigo supuestamente docto fue enviado a convertir a Tyndale, éste último dijo: "Si Dios salva mi vida, antes que pasen muchos años me ocuparé de que cualquier labrador conozca más de las Escrituras que tú." Pasó los últimos diecisiete años de su vida en cautividad, luego fue estrangulado y quemado.

Count Zinzendorf, (1700-1760), un líder de la hermandad Bohemia, se paró frente a una imagen de Cristo crucificado de Domenico Feti que tenía las palabras: “Todo esto hice por ti. ¿Qué has hecho tú por mí?” Esa pregunta lo llevó a consagrar su vida, riquezas y talentos a la causa del Señor. Organizó una compañía de refugios cristianos en sus tierras en la villa de Herrnhut, y desde allí comenzó el movimiento misionero cristiano moderno.

Hugh Latimer, (1485?-1555), un gran obispo protestante, dijo: “Si veo la sangre de Cristo con los ojos de mi alma, eso es verdadera fe.” Ese concepto, por supuesto, era una herejía para la iglesia establecida. Cuando él y otro hombre fueron atados al poste de la hoguera, Latimer le dijo a su compañero de martirio, Nicholas Ridley: “Esté alegre, señor Ridley. Por la gracia de Dios hoy encenderemos tal antorcha en Inglaterra que nunca se apagará.” ¡Y lo hicieron!

Thomas Cranmer, (1459-1556), en un momento de debilidad, firmó una retractación de su postura en cuanto a la Escritura. Pero recobró el ánimo y fue al poste de la hoguera, poniendo primero en el fuego la mano que había firmado y diciendo: “¡Pierda yo esta mano indigna!”

A causa de su lealtad a Cristo y su rechazo a inclinarse a las presiones provenientes de las fuerzas políticas, Margaret MacLachlan (1622?-1685) y Margaret Wilson (1667-1685), fueron condenadas a ser ahogadas en el mar. La primera tenía 63 y la última 18. A pesar de las urgentes e incesantes advertencias para que se sometieran a sus enemigos, ellas se negaron rotundamente. Así que Margaret MacLachlan fue atada a una estaca en aguas profundas. La otra Margaret fue atada a una estaca más tierra adentro. Las autoridades asumieron que cuando la señorita Wilson viera morir a la mujer mayor, se retractaría. Mientras la marea llegaba finalmente hasta el mentón de la mártir mayor, los espectadores pudieron oírla decir: “Estoy persuadida de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni las cosas presentes ni las por venir, ni lo alto ni lo profundo ni ninguna otra cosa creada nos

podrá separar del amor de Dios...” Antes que ella terminara, el agua la había cubierto y fue liberada del sadismo de los enemigos de Cristo. Cuando Margaret Wilson la vio morir, no se debilitó en su resolución. Por el contrario, dijo: “Si Dios le puede dar la gracia para morir a una señora mayor, Él puede darme gracia a mí.” Y así fue.

La marea llegó, la cubrió, y ella se fue a su hogar celestial para ver al Rey que ella amó más que a su propia vida.

John Brown (? - 1685) fue uno de los *covenanters* escoceses quien prefirió morir antes de ser desleal al Señor Jesús y a los principios de la Palabra de Dios. Un día, Lord Claverhouse y sus hombres rodearon a John mientras él estaba trabajando cerca a su casa y le ordenaron entrar. La señora Brown estaba allí con un bebé en sus brazos. Claverhouse ordenó a sus hombres que dispararan, pero ellos habían oído orar a John Brown unos minutos antes y no pudieron obedecer la orden. Y fue así que el mismo Claverhouse le disparó al piadoso escocés, luego se volvió a la Señora Brown y preguntó: “¿Qué piensa usted de su marido ahora?” Con el cuerpo de John yaciendo a sus pies ella respondió: “Siempre tuve una buena imagen de él, pero nunca la tuve tanto como ahora”. Cuando Claverhouse dijo: “Sería justo que reposaras a su lado”, ella replicó: “Si se te permitiera, no dudo que tu crueldad llegaría tan lejos, ¿pero cómo responderás por lo que hiciste esta mañana?”

Martín Lutero, (1483-1546), fue salvo a través de la lectura de la carta de Pablo a los Romanos. Él estaba indignado por la venta de indulgencias para construir la iglesia de San Pedro en Roma. Cuando estuvo en el juicio, se negó a inclinarse a la autoridad final del Papa, reconociendo tan sólo el Señorío directo de Cristo. Su compromiso brilló en sus memorables palabras: “Mi conciencia está cautivada por la Palabra de Dios.” Posteriormente él defendió las tres *solas* de la Reforma Protestante: sola fide (sólo la fe); sola gratia (sólo la gracia); sola Scriptura (sólo la Escritura). Tradujo la Biblia al idioma alemán, y peleó valientemente por la fe.

Alguien dijo de Juan Calvino, (1509-1565), otro reformador, que “era intenso en su servicio al Señor, a Quien le había dado completamente su corazón.” Aunque él no era claro en cuanto a las esferas de autoridad entre la iglesia y el gobierno civil, su enseñanza de que la salvación es por fe, independientemente de las obras, pero que conduce a buenas obras, lo hizo una de las figuras más sobresalientes de la era de la Reforma.

De la misma forma recordamos a Juan Knox, (1505-1572), un valiente defensor de la fe en Escocia. Fuertemente influenciado por Calvino, era un enemigo incansable de la idolatría y de todas las herejías y enseñanzas antibíblicas del Papa. Fue él quien dijo: “Dame Escocia o me muero.” Un biógrafo dijo de él: “Knox, un hombre de una inflexible fortaleza de carácter y un gigante espiritual, moldeó la mentalidad de toda una nación, probablemente como ningún otro hombre lo ha hecho.”¹ La reina católica María dijo que temía a sus oraciones más que a todos los ejércitos de Inglaterra.

Necesitaríamos una enciclopedia de múltiples volúmenes para contar las historias de los hombres y mujeres que en cada siglo han seguido a Cristo, han llevado la cruz diariamente, y han resistido cada esfuerzo externo por hacerles negar su fe.

Referencia

1. Kennedy, John W., *La Antorcha del Testimonio*. Beaumont, Texas: Sembradores de Semillas, 1965, p. 149.

EL COMPROMISO EN LA HISTORIA RECIENTE

Ahora veamos el último siglo o los dos últimos. ¿Acaso las líneas de los comprometidos están disminuyendo? Quizá las presiones de la vida moderna, el amor a las cosas materiales y la preocupación por el placer han causado que muchos olviden sus promesas y su primer amor. Pero la voz del Espíritu Santo sigue llamando a hombres y mujeres a entregarse completamente, y cada tanto, algunos responden.

Anthony Norris Groves (1795-1853)

Anthony Norris Groves fue el primer misionero de los Hermanos Libres a Asia. Un dentista pudiente, que dejó el lujo y el prestigio para predicar el evangelio en Bagdad, luego en India, poniendo en práctica los principios de la devoción cristiana. Al hacer eso, demostró que era posible tomar las enseñanzas del Señor literalmente. Él enseñó que el gran propósito de la vida es exaltar a Jesús, y que debemos entregar todo lo que tenemos para alcanzar esta meta. El lema del cristiano debe ser “Trabajar duro, consumir poco, dar mucho, y todo para Cristo.” En su discipulado radical, él creía que amontonar tesoros en la tierra era tan contrario a la Palabra de Dios como el adulterio. ¿Quién puede negarlo si la Biblia prohíbe ambos?

John Nelson Darby (1800-1882)

John Nelson Darby, contemporáneo de Groves, tenía el mismo espíritu abnegado. Él atravesó las montañas Wicklow de Irlanda y vio a cientos de católicos romanos ganados para Cristo. Predicó en el continente por veintiséis años sin desempacar su valija. Dondequiera que iba, plantaba congregaciones neotestamentarias. Vivió por días sólo de leche y nueces. Un día se sentó en un hospedaje italiano barato y cantó: “Jesús, yo he llevado mi cruz, todo dejé para seguirte a ti.” Sus viajes lo llevaron a la mayoría de los países del mundo angloparlante. Tradujo la Biblia al francés, al alemán y al inglés, y sus escritos completan más de treinta y cuatro volúmenes. Dios lo usó para desarrollar la teología dispensacional, y revivir la verdad del Rapto de la Iglesia y del sacerdocio de todos los creyentes. Dwight L. Moody y C. I. Scofield fueron grandemente influenciados por sus enseñanzas. Los colegios bíblicos en los Estados Unidos también sintieron el impacto de su enseñanza. Pocos hombres después del apóstol Pablo tienen un ministerio tan amplio. Su filosofía era “¡Ah, qué gozo no tener nada, no ser nada, no ver nada más que a Cristo en gloria, e interesarse nada más que en Sus intereses aquí!”

George Müller (1805-1892)

George Müller es conocido por su orfanato en Bristol, Inglaterra. Éste último era llevado adelante por fe, sin hacer conocidas sus necesidades financieras. El propósito de Müller era mostrar a la gente de Bristol que existe un Dios en el cielo que responde a las oraciones. Un día, Arthur Pierson le preguntó: “¿Cuál es el secreto de tu gran trabajo y de las cosas maravillosas que el Señor ha hecho a través de ti?” Müller miró hacia arriba por un momento, luego inclinó su rostro cada vez más abajo hasta que casi estaba entre sus rodillas. Se mantuvo en silencio por un momento y dijo: “Hace muchos años llegé el día en el que George Müller tuvo que morir.

Como joven, tenía muchas ambiciones, pero un día morí a todas esas cosas y me dije: ‘De aquí en adelante, Señor Jesús, que no se haga mi voluntad sino la tuya;’ y, desde ese día Dios, comenzó a obrar en y a través de mí.”

David Livingston (1813-1873)

Es el compromiso que David Livingston tenía con Cristo lo que lo hace grande. El mundo lo exalta como un explorador y firme opositor del mercado de esclavos, pero en realidad, fue su vida para el Señor lo que sobresalió. Sus obras en África son puntos clave en la historia de las misiones cristianas. Su devoción total al Señor se expresaba en su lema “No daré valor a nada de lo que tengo o poseo, a menos que se relacione con el reino de Dios.” Cuando tenía 59, escribió: “Mi Jesús, mi Rey, mi Vida, mi Todo; vuelvo a dedicar todo mi ser a ti.” La palabra licencia no estaba en su vocabulario. Una vez le escribió a una sociedad misionera que estaba listo para ir a cualquier parte – siempre y cuando fuera hacia adelante. Un día sus hermanos africanos lo encontraron de rodillas – muerto. Su corazón fue enterrado en África, y su cuerpo fue sepultado en la Abadía de Westminster. Allí se lee: “Durante treinta años su vida estuvo dedicada a un incansable esfuerzo por evangelizar.”

Frances Ridley Havergal (1836-1879)

Un biógrafo de Frances Havergal dijo de ella: “No tenía ninguno de los títulos famosos comunes. Lo que la hacía única era la plenitud de su experiencia espiritual... En su consagración no había límites ni reservas. Aprendió el secreto del abandono, entregándose absolutamente a Dios. En virtud de esto, sus escrituras alcanzaron y conmovieron multitudes de almas con un poder extraño y penetrante.”¹

Cuando tenía veintiún años, vio una pintura de Cristo, Ecce Homo, en la Galería de Arte de Dusseldorf. Se conmovió tanto que escribió su primer himno:

Di mi vida por ti,
 Derramé Mi preciosa sangre,
 Para que pudieras ser redimido,
 Y rescatado de la muerte;
 Yo di, di Mi vida por ti,
 ¿Qué has dado tú por Mí?

La casa de luz de Mi Padre,
 Mi trono rodeado de gloria,
 Todo dejé por la noche terrenal,
 Por caminos tristes y desolados:
 Yo dejé, dejé todo por ti,
 ¿Tú has dejado todo por Mí?

Sufrí mucho por ti,
 Más de lo que la lengua puede expresar,
 La más amarga de las agonías,
 Para rescatarte del infierno;
 Yo soporté, soporté todo por ti,
 ¿Qué has soportado tú por Mí?

Y te he traído a ti,
 Desde mi hogar allá arriba,
 Plena y gratuita salvación,
 Mi perdón y Mi amor;
 Yo traje, traje grandes regalos para ti,
 ¿Qué me has traído tú a Mí?

Diecisiete años más tarde, ella resumió su autobiografía en seis versos, cada uno de ellos describiendo una experiencia real en su vida:

Toma mi vida, y permite que esté
 Consagrada, Señor, a Ti;
 Toma mis momentos y mis días,
 Haz que fluyan con una incesante alabanza.

Toma mis manos, y permite que se muevan
Al ritmo de Tu amor;
Toma mis pies, y permite que sean
Ligeros y hermosos para Ti.

Toma mi voz, y permíteme cantar
Siempre y solamente para mi Rey;
Toma mis labios y permite que estén
Llenos con mensajes para Ti.

Toma mi plata y mi oro;
Ni una pizca quiero guardar;
Toma mi intelecto, y usa también
Todo potencial como Tú dispongas.

Toma mi voluntad, y hazla Tuya:
Ya no será mía jamás.
Toma mi corazón; es de Tu propiedad;
Será Tu trono real.

Toma mi amor; mi Dios, derramo
A Tus pies todo lo que hay en él.
Tómame y seré
Para siempre, sólo para Ti.

Hudson Taylor (1832-1905)

Hudson Taylor fue el fundador de la Misión al Interior de la China (ahora conocida como Comunidad Misionera del Exterior). Fue la persona que abrió el interior de China al evangelio. Se identificó con la comunidad china en su vestimenta, alimentación, y en cualquier forma que le fuera posible. Su trabajo era llevado a cabo por fe; él creía que cuando Dios llama, Él sustenta. Nunca tuvo necesidad de recaudar fondos.

Siguió a George Müller en esta política, quien también contribuyó generosamente a la obra de Taylor.

Charles Haddon Spurgeon (1856-1917)

Charles Haddon Spurgeon, «el príncipe de los predicadores,» ya llenaba auditorios antes de tener veinte años. Sus sermones impresos siguen disfrutando de una amplia circulación, así como su libro *Tesoros de David* (basado en los Salmos) y sus *Lecturas para la Mañana y la Noche*. Como tantos siervos escogidos de Dios, contrajo una enfermedad que le obligó a poner a un lado su Biblia por última vez en 1892.

C. T. Studd (1862-1931)

C. T. Studd nació en un adinerado hogar inglés. Su padre fue salvo por una predicación de Moody, y C. T. comenzó a confiar en Cristo un año después. En la universidad, era campeón de críquet y miembro de los Siete de Cambridge. Su filosofía de vida era “Si Jesucristo siendo Dios murió por mí, ningún sacrificio que yo haga por Él será demasiado grande.” Esa convicción lo llevó a servir en China, India, y África. Fue uno de los “guerrilleros de Dios,” del tipo que consigue hacer casi todo el trabajo. Fundó la Cruzada de Evangelización Mundial. En lugar de volver a su casa y retirarse, escogió quedarse en África y morir allí.

Amy Carmichael (1867-1951)

Amy Carmichael dedicó su vida a servir entre las muchachas indias, quienes de otra manera hubiesen sido prostitutas de un templo. Siendo de trasfondo irlandés, tenía una tremenda firmeza de carácter y gran habilidad para el liderazgo. La medida de su devoción a Cristo se denota mayormente en sus escritos.

Las promesas de Dios están sobre mí.
No me quedaré jugando con sombras

O arrancando flores de la tierra
No hasta que haya cumplido con mi trabajo
Y haya rendido cuentas de ello.
En otra oportunidad escribió:
De la oración que pide que yo pueda ser
Protegida de los vientos que golpean en ti;
Del temor cuando debería anhelar,
De la vacilación cuando debería escalar más alto,
Del ego suavizado, oh Capitán, libera
A Tu soldado, quien Te seguirá.

Del sutil amor de las cosas mitigantes,
De las decisiones fáciles, de las debilidades,
Así no se fortalecen los espíritus,
Así no obró el Crucificado.
De todo lo que opaca Tu Calvario,
Oh Cordero de Dios, librame.

Dame el amor que guía el camino,
La fe que nada puede apagar,
La esperanza que no atrae decepción,
La pasión que arde como un fuego.
No me dejes hundirme ni ser intrascendente.
Hazme Tu combustible, Flama de Dios.

William Borden (1887-1913)

William Borden, como C. T. Studd, dejó un entorno de lujos y riquezas para responder al llamado de Cristo. Su entrega total a Cristo puede ser resumida en el lema “Sin reservas, sin retrocesos, sin remordimientos.” Él dijo: “En el corazón de cada hombre existe un trono y una cruz. Si Cristo está en el trono, el ego está en la cruz; y si el ego está, aunque sea un poquito, en el trono, Jesús está en la cruz del corazón de ese hombre. Si Jesús está en el trono, irás donde Él quiera

VAYA POR EL ORO

Mientras escribía el capítulo anterior, los Juegos Olímpicos de verano estaban teniendo lugar en Atlanta. El mundo estaba siendo testigo de algunos ejemplos superlativos de compromiso desde el punto de vista terrenal.

Cada cuatro años, atletas de aproximadamente 197 países se reúnen para los Juegos de verano. Mayormente jóvenes, quienes son los mejores que estos países pueden enviar para competir en diversos deportes. En cuanto a capacidades físicas y habilidades se refiere, son de clase mundial. Los países no gastan su dinero en atletas de segundo nivel. Ellos quieren a los mejores.

Preparación

¿Cómo es que estos excepcionales jóvenes son escogidos de entre el pueblo? Sin duda, ellos tienen una habilidad natural en sus deportes. Sus cuerpos fueron creados con la coordinación apropiada entre sus mentes y músculos. Pero eso no es suficiente. Antes de venir a los Juegos practicaron casi ininterrumpidamente. Por ejemplo, se ha dicho que un nadador ha practicado diez horas por día, seis días por semana, por diecisiete años. El equipo de nado sincronizado femenino de Estados Unidos practicaba seis horas y realizaban ejercicios aeróbicos todos los días por un año entero. Ese tipo de disciplina es típica de los ganadores. Detrás de cada medalla de oro, plata, o bronce hay años de práctica disciplinada.

Motivación

Estos atletas tienen una enorme motivación. Van por el oro. Anhelan ansiosamente el momento en el que aparecerán frente a los jueces y la cinta de la victoria sea colocada alrededor de sus cuellos. Sueñan con la fama que tendrán, y el dinero que recibirán de contratos lucrativos. Ellos anticipan las multitudinarias aclamaciones de sus admiradores.

Sus mentes están enfocadas. No pierden su tiempo en trivialidades. Si son gimnastas, se dedican a refinar sus rutinas. No está permitido que el dolor o el cansancio interfiera con su meta. Una cosa, y sólo una cosa ocupa sus mentes, esa medalla de oro.

Ellos han disciplinado sus cuerpos y los han puesto bajo sujeción. Podrían “rellenarse” con sus comidas y bebidas favoritas, pero saben que si lo hicieran no podrían ganar. Lograron darse cuenta de que tienen que ser moderados en todas las cosas.

Cada deporte tiene su propio lenguaje, y los atletas dominan ese lenguaje. Ellos añaden nuevas palabras a su vocabulario. Es un pequeño precio que consideran que tienen que pagar.

Entonces, llegan las eliminatorias. Los aspirantes son descartados uno a uno hasta que la mejor persona o el mejor equipo se muestran aprobados.

Competencia

Finalmente, llegan los Juegos Olímpicos. Este es un momento para toda la vida, la meta por la que los atletas han luchado, trabajado, practicado, soñado. A medida que van entrando y se ubican en el centro, podemos notar las miradas de determinación en sus rostros. Nada de sonrisas tontas y forzadas. Están a punto de entregar todo lo que tienen.

Todos los nervios son exigidos. Todos los músculos están tensos. Están ahí, con toda la determinación que son capaces de tener, darán lo mejor de sí.

Por supuesto, ellos deben cumplir con las reglas de la competencia. Cualquier desviación puede resultar en la pérdida de puntos, lo que podría costarles el premio.

Ellos se despojan de todo lo que es innecesario. Este no es el momento de usar vestimenta que llame la atención o de cargarse con accesorios que añadan peso.

Muchos deportes requieren de una enorme resistencia. Esos cuerpos reciben un vapuleo terrible. Pero no hay manera de retroceder. Sin dolor no hay recompensa. Ningún precio es demasiado alto.

Fluyen océanos de emociones. Con frecuencia, los que no logran ganar se desploman en un llanto angustiante. Pareciera que todos los años de preparación se van por el drenaje en un segundo de tiempo. Para algunos, con suerte, puede haber otra oportunidad.

Una joven gimnasta realizó su salto final en la competencia con un tobillo esguinzado. Lo hizo voluntariamente. Y valió la pena cuando vio que ganaba la medalla de oro para su equipo.

Los ganadores experimentan un momento de felicidad al pararse en el podio mientras suena su himno nacional. Se retiran con sus medallas, el premio tan codiciado.

Los cristianos que miran los juegos no pueden evitar ver las aplicaciones espirituales. Las similitudes y los contrastes son sorprendentes.

Dios está buscando a los mejores competidores. En Su caso, sin embargo, los mejores no son los que el mundo elegiría. Probablemente sean aquéllos que el mundo considera tontos, débiles, radicales, despreciados – los “*don nadie*” (1 Co. 1:27-28). Los que son mejores para Dios son aquéllos que Le entregan lo mejor a Él, quienes Lo consideran digno de todo lo que poseen y son.

La juventud es el mejor tiempo de Dios para el alma. Es cuando el metal todavía está derretido y aún puede ser moldeado. Es un tiempo en el que la energía está a un nivel alto y las facultades mentales están agudizadas.

Los cristianos también deben practicar. Dios nos llama a la práctica de la santidad. «No se deleita en la fuerza del caballo, ni se complace en la agilidad del hombre. Se complace Jehová en los que le temen, y en los que esperan en su misericordia.» (Sal. 147:10-11). Nuestra práctica no es física; es espiritual. Para el creyente, «...porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera.» (1 Ti. 4:8). Esto significa apartarnos de la contaminación del mundo para pasar tiempo en la Palabra, en oración, en meditación, y en estudio. Significa una vida de obediencia constante a la Palabra.

Probablemente Pablo estaba pensando en los Juegos Olímpicos originales cuando escribió: «¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis... Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado.» (1 Co. 9:24-27).

Observe que Pablo no corría con incertidumbre. Él estaba enfocado. Mantuvo la meta a la vista y corrió hacia ella. No golpeó el aire, malgastando tiempo y esfuerzo con golpes inefectivos. Intentó hacer que cada movimiento contara para el reino. Disciplinó su cuerpo y lo puso bajo sujeción. Él pudo haber provisto para la carne, satisfaciendo sus caprichos y apetitos, pero si hubiese hecho eso, jamás hubiera sido victorioso en la vida cristiana. Le temía a la derrota. Después de haber llamado a otros a los juegos, tuvo temor de ser descalificado él mismo.

Nuestras mentes deben estar enfocadas. Deberíamos mirar a Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe (He. 12:2). Debemos guardarnos constantemente de las distracciones. Spurgeon dijo: “Aquél que ha visto morir a Jesús jamás volverá al negocio de los juguetes. Un niño, una pipa, algo de jabón, y muchas burbujas bellas. Sólo la cruz puede destetarnos de ese juego.»

Debemos estar dispuestos a aprender un nuevo lenguaje, el lenguaje del cielo. Debemos agregar nuevas palabras

a nuestro vocabulario, como justificación, santificación, propiciación, y glorificación. Con el tiempo, puede que se nos requiera aprender un lenguaje extranjero para poder servir en un país diferente.

Eliminatorias

Entonces vienen las eliminatorias. Las caídas en las Olimpiadas cristianas son edificantes. El Dr. Paul Beck le dijo a su potencial yerno: «John, al prepararte para entrar al ministerio, quiero darte algunos consejos. ¡Manténte fiel a Jesús! Asegúrate de tener tu corazón cerca de Él cada día. Es un largo camino desde aquí hasta donde vas a llegar, y Satanás aún no tiene apuro por tomarte. He observado que sólo uno de cada diez hombres que comienzan a servir al Señor tiempo completo a los veintiún años, aún siguen en carrera a los sesenta y cinco. Son derribados moralmente, o por el desánimo, o por teologías liberales; o se obsesionan con el dinero... pero por una u otra razón, nueve de diez caen.»¹

John volvió a casa y escribió en el frente de su Biblia Scofield los nombres de veinticuatro de sus amigos y colegas de su edad, dedicados a Jesucristo y comprometidos a trabajar a tiempo completo para el Señor. Treinta y tres años más tarde, sólo tres de esos nombres aún permanecían de los veinticuatro originales.

Howard Hendricks dirigió una investigación de 246 hombres que estaban a tiempo completo en el ministerio y que experimentaron un fracaso moral personal en un período de dos años. Eso significa aproximadamente diez por mes en dos años. Cada uno de ellos comenzó firme. Más del ochenta por ciento se involucró sexualmente con otras mujeres como resultado de la consejería con ellas. Cada uno de los 246 sin duda estaba convencido de que: “Eso nunca me ocurrirá.”

En la carrera cristiana, debemos despojarnos de todo lo innecesario. Eso fue lo que quiso decir el escritor a los Hebreos: “...despojémonos de todo peso y del pecado que nos

asedia” (Heb. 12:1b). Ningún exceso de equipaje. No debemos enredarnos en los negocios de la vida (2 Ti. 2:4).

Cristo debe ser primero en nuestra vida. Es por eso que Pablo escribe con tanto énfasis: “Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa.” (1 Co. 7:29-31).

Experimentaremos una cantidad de emociones. Lágrimas por un mundo que se pierde y por la condición espiritual insuficiente de la iglesia. Lágrimas por nuestros propios fracasos y deficiencias. Lloramos cuando los discípulos prometedores se desvían. Pero hay gozo por cada triunfo del evangelio, por cada creyente que avanza fielmente con el Señor, y por cada respuesta a la oración.

El Juez se sienta en el *Bema*, esto es, el Asiento del Juicio. Él no tiene medallas de oro en sus manos. Sólo coronas. Coronas de vida. Coronas de gloria. Coronas de justicia. Éstas son recompensas incorruptibles.

Y no sentiremos orgullo en ese momento. Ninguna jactancia del ego. Cuando Él ponga Sus manos marcadas por los clavos en el hombro del ganador, sólo habrá una cosa por hacer. Arrodillarse delante de Él y poner nuestras coronas a Sus pies. ¡Sólo Cristo es digno!

¿Qué pasaría si los cristianos mostraran el mismo celo, motivación, disciplina, y determinación que los atletas olímpicos? ¿Qué pasaría si nuestros jóvenes pasaran tanto tiempo en la Palabra, en oración y en el servicio al Señor como pasan los mejores atletas en sus prácticas?

El mundo sería evangelizado.

Referencias

1. Steve Farrar, *Acabando Firmes*. Sisters, Oregon: Multnomah Books, 1995, p. 6.

EL COMPROMISO ES COSTOSO

Es un hecho de la vida que el compromiso es necesario para cualquiera que desee alcanzar la excelencia. Los atletas olímpicos no son los únicos que tienen que practicar incansablemente, entrenar rigurosamente y disciplinarse a sí mismos fielmente. La gente de cada área de esfuerzo debe ser motivada a dar lo mejor de sí y soportar con paciencia. Las medallas y los listones no son para los haraganes o los aspirantes perezosos.

Las alturas alcanzadas y conservadas por grandes
hombres

No fueron conseguidas en vuelos repentinos,
Sino que ellos, mientras sus compañeros dormían,
Se esforzaban por llegar arriba durante las noches.

Henry Wadsworth Longfellow

Se Ve Tan Fácil

Observamos a los músicos en concierto y admiramos sus actuaciones intachables. Tocaban o cantaban con tanta fineza que hasta nos parece fácil. ¿Fácil? Lo que nosotros no nos damos cuenta es de los años de práctica que les tomó adquirir

esta habilidad. Alguien una vez le preguntó a Paderewski, el famoso pianista, cuál era el secreto de su éxito. Él contestó: “Practicar escalas hora tras hora, día tras día, hasta que casi se gastan los dedos hasta el hueso.” Aun así, él estuvo dispuesto a hacerlo para poder alcanzar la fama como pianista.

A menudo pienso en John James Audubon, el gran artista y naturalista. Se levantaba a medianoche e iba a los pantanos, noche tras noche, para estudiar los hábitos de ciertos halcones nocturnos. Se consideraba recompensado si luego de agazaparse inmóvil durante horas en la oscuridad y la niebla, conocía algo nuevo sobre alguna de estas aves. Un verano fue a los pantanos cerca de Nueva Orleans para observar una tímida ave acuática. Le significó estar parado con el agua estancada hasta el cuello, mientras unas venenosas serpientes nadaban cerca de su cara y grandes caimanes pasaban una y otra vez por donde observaba sigilosamente. “No fue placentero,” declaró, mientras su rostro se iluminaba de entusiasmo, “pero, ¿qué con eso? ¡Tengo la foto del ave! Haría eso sólo por la imagen de un pájaro.”

Escritores famosos han contado cómo alcanzaron la excelencia. Edward Gibbon pasó 26 años escribiendo *El Descenso y Caída del Imperio Romano*. John Milton se levantaba habitualmente a las 4 de la madrugada para trabajar en *Perdidos en el Paraíso*. Thomas Gray comenzó su *Elegía en un Cementerio de Campo* en 1742, pero no terminó hasta junio de 1750. Ernest Hemingway dijo que comenzaba cada día leyendo y editando todo lo que había escrito hasta llegar al punto donde se había quedado. “De esa manera reviso un libro varios cientos de veces, afilándolo hasta que tiene el filo de la espada de un torero. Rescribí el final de *Adiós a las Armas* 39 veces en manuscrito y trabajé otras 30 veces más, ya impresa, intentando que quedara bien.” Estos hombres estaban dispuestos a entregar energía, celo, y dedicación a lo que ellos consideraban una causa digna.

Piense en los sacrificios que hacen muchas personas profesionales y de negocios. Largas estadías lejos de las

familias. Las inconveniencias de los viajes. Ajustarse a los cambios de horarios. La soledad de las habitaciones de hotel. Los idiomas extranjeros. Extremos climáticos y comidas raras. Están dispuestos a hacerlo por los dólares.

Sangre, Sudor y Lágrimas

El compromiso es el material del que están hechos los exploradores. Ernest Shackleton - famoso explorador de la Antártida - puso este anuncio en un periódico de Londres:

Se necesitan hombres para viaje riesgoso. Salarios bajos. Frío intenso. Largos meses en completa oscuridad. Retorno seguro dudoso. Honores y reconocimientos en caso de tener éxito.

Los comandantes militares no quieren soldados de chocolate que desfallezcan ante la primera muestra de sangre. Estando a los pies de San Pedro en Roma, Garibaldi les dijo a los hombres que estaban con él: "No les ofrezco paga ni provisión. Sino hambre, sed, marchas forzadas, batallas y muerte. Que me siga el que ama a su país con el corazón y no sólo con sus labios." ¿Nos atrevemos a ofrecer aun menos al Señor Jesucristo?

Cuando un golfista le preguntó a Babe Didrickson Zaharias como perfeccionar su tiro, ella rio. "Simple," le dijo. "Primero pégame a mil pelotas de golf. Las golpeas hasta que tus manos sangran y ya no puedes hacerlo más. Al siguiente día comienzas otra vez, y al siguiente, y al siguiente. Y quizás un año más tarde, estés listo para jugar 18 hoyos. Después de eso, juegas cada día hasta que llegue el momento en que sabrás lo que estás haciendo cuando golpeas la pelota."

Toma mucha dedicación que los actores y actrices memoricen sus líneas, para luego ensayar hasta que cada movimiento e inflexión son los apropiados. Los arqueólogos soportan el sol ardiente por semanas en la búsqueda de unos pocos tios. Los que se comprometen con la búsqueda se olvidan del reloj y el calendario, y prosiguen hasta obtener algún nuevo hallazgo científico. Y la lista sigue.

Qué De Nosotros

Todo esto levanta problemas perturbadores para todos los que somos seguidores del Cristo del Calvario. Seguimos al mayor de los Capitanes. Tenemos el mayor de los mensajes para proclamar. Y la mayor de las causas por las cuales vivir y morir. Si hombres y mujeres se desgastan sólo por reconocimiento, honores, remuneración financiera, amor por el país, y éxito, cuánto más deberíamos estar dispuestos a entregarle todo a Él.

En su libro *Dedicación y Liderazgo*,¹ Douglas Hyde comparó a comunistas y cristianos:

Para el cristiano existe una cuota de tragedia en esto — que personas con tanto potencial dieran tanta energía, celo, y dedicación a tal causa, mientras que los que creen que tienen la mejor causa sobre la tierra entregan tan poco a la misma. Y sus líderes siempre tienen miedo de pedir más de lo mínimo indispensable.

El cristiano puede decir que los comunistas tienen el peor credo sobre la tierra. Pero de lo que ellos tienen que darse cuenta es que los comunistas gritan desde las azoteas, mientras que los que creen que poseen lo mejor hablan con una voz apagada cada vez que lo hacen.

Un artículo en la revista *Harvester*² resaltó la misma inconsistencia:

Muchos de los que profesamos amar al Señor Jesucristo y deseamos servirle, somos avergonzados cuando nos comparan [con la gente dedicada del mundo]. Tantos actos de servicio en la obra cristiana se realizan a medias, sin entusiasmo. Se hacen como tareas que tienen que cumplirse, pero parece haber poco esfuerzo en la preparación o gozo al realizarlas. Un maestro de Escuela Dominical se las arregla con algunos minutos de estudio y un poco de oración, y después se pregunta por qué hay poco fruto. Un predicador “busca en el baúl” algún sermón viejo, pensando que servirá para el próximo domingo, puesto que poca gente en la congregación lo recordará, y después se sorprende de que su audiencia no es conmo-

vida. Muchos de nosotros fallamos en orar como deberíamos, porque orar es un arduo trabajo, y luego quedamos perplejos cuando no encontramos respuesta para nuestras oraciones. La pereza espiritual es la responsable de la esterilidad espiritual.

Referencias

¹ Hyde, Douglas, *Dedicación y Liderazgo*. Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, 1966, p. 32.

² *The Harvester*, Marzo 1957, p. 47.

DIOS QUIERE LO MEJOR

Un cordón de oro recorre las Escrituras, una verdad que reaparece constantemente en el tejido de la Palabra. La verdad es ésta: Dios quiere lo primero y Dios quiere lo mejor. Él quiere el primer lugar en nuestras vidas y quiere lo mejor que tengamos para ofrecer.

Sin Mancha

Cuando el Señor instituyó la Pascua, instruyó a los israelitas para que trajeran un cordero sin defecto (Éx. 12:5). Jamás deberían sacrificarle un animal que estuviera cojo, ciego, defectuoso, o manchado (Dt. 15:21; 17:1). Eso sería detestable.

Ahora debe quedar claro que Dios no necesita animales que el hombre pueda ofrecerle. Cada bestia del campo es Suya, y los millares de animales de los collados (Sal. 50:10). ¿Por qué entonces legisló que se le sacrificaran sólo animales perfectos? Lo hizo por nuestro bien, no por el Suyo propio. Lo hizo como una lección para enseñar a Su pueblo al menos una verdad fundamental: que pueden encontrar gozo, satisfacción, y plenitud sólo cuando le dan a Él el lugar apropiado en sus vidas.

Primogénito

En Éxodo 13:2, Dios mandó a Su pueblo a apartar sus hijos y animales primogénitos para Él: “Conságrame el primogénito de todo vientre. Míos son todos los primogénitos israelitas y todos los primeros machos de sus animales.” (NVI)

El primogénito representa lo superlativo y de más alta estima. Así habló Jacob de Rubén, su primogénito: “mi fortaleza, y el principio de mi vigor; principal en dignidad, principal en poder.” También se habló del Señor Jesús como “el primogénito de toda creación” (Col. 1:15) en el sentido de que es el más excelente y que tiene la posición de mayor honor sobre toda la creación.

Al decirle a Su pueblo que santificaran sus hijos primogénitos a Él, Dios estaba tocando un nervio muy sensible, porque en la cultura patriarcal el hijo mayor tenía un lugar especial de afecto en el corazón de sus padres. En efecto, todo estaba pensado para enseñarles a decir:

El objeto máspreciado que he conocido,
Cualquiera sea ese objeto,
Ayúdame a quitarlo del trono,
Y adorarte sólo a Ti.
Anónimo

Primicias

Enseguida, Dios enseñó a los labradores a ofrecer las primicias de la tierra a la casa del Señor (Éx. 23:19). Cuando la cosecha de grano comenzaba a madurar, el labrador debía ir al campo, cosechar un manojito de los primeros granos maduros, y presentarlos como una ofrenda al Señor. Este haz espigas de las primicias reconocía a Dios como el Dador de la cosecha, y mostraba que Él recibiría Su porción. Claro que es obvio que Dios no necesita el grano, pero el pueblo necesita un recordatorio constante de que el Señor es digno de lo primero y lo mejor.

Cuando los animales para sacrificio eran cortados, los sacerdotes a veces tenían permitido tomar ciertas partes; los que ofrendaban podían comer otras partes, pero la grasa siempre era ofrecida al Señor (Lv. 3:16). La grasa era considerada

como la mejor y más rica parte del animal y, por tanto, le pertenecía a Él. Nada más que lo mejor era suficiente.

Algunas de las buenas leyes de Dios eran también diseñadas para salvaguardar la salud de Su pueblo. Aquí, por ejemplo, la prohibición de comer la grasa protegía a las personas contra la arterosclerosis, que es causada por el exceso de colesterol. Pero el cometido principal de esta ley era enseñarles a dar lo mejor a Dios.

Primera Masa

Esta obligación de poner a Dios primero se extendía a cada área de la vida, no sólo al lugar de adoración sino también en la cocina. El pueblo del Señor era instruido a ofrecer una torta de su primera masa para una ofrenda leudada: “De las primicias de vuestra masa daréis a Jehová ofrenda por vuestras generaciones” (Núm. 15:21). Mezclar un montón de masa parece más una tarea cotidiana, algo que no es especialmente espiritual. Pero al ofrendar lo primero de la masa al Señor, un judío piadoso estaba confesando que Dios debe tener el primer lugar en todo en su vida. También era una negación de la distinción entre lo secular y lo sagrado. Aunque es evidente que Dios no necesitaba la masa, el Señor debía ser reconocido como el Dador del pan diario de la persona.

Vemos este principio explicado en una de las instrucciones a los levitas: “De todos los dones que reciban, reservarán para mí una contribución. Y me consagrarán lo mejor.” (Núm. 18:29 NVI). Puesto que todos nosotros nos volvemos como lo que adoramos, es imperativo que tengamos una apreciación apropiada de Dios. Los pensamientos bajos sobre Dios son destructivos. Sólo cuando las criaturas le damos al Creador el lugar que se merece, podremos alzarnos sobre carne y sangre y conseguir la dignidad para la que fuimos diseñados.

Mientras seguimos este cordón dorado a través del Antiguo Testamento, podemos ver una lección cuando Elías se encuentra con una viuda pobre en un lugar llamado Sarepta (1

R. 17:7-24). Le pidió a la mujer un poco de agua y un trozo de pan. Ella se disculpó porque todo lo que tenía era un puñado de harina y un poco de aceite, suficiente para hacer una última comida para ella y su hijo antes de morir de hambre.

“No te preocupes” -dijo el profeta- “primero haz un poco de pan para mí, y luego usa el resto para ti y tu hijo.”

Ahora, eso suena como un pedido sorpresivamente egoísta, ¿no? Hasta parece que el profeta es culpable de tener malos modales. Decir “Sírvenme primero” es espantoso y a la vez una violación de la moral.

Pero lo que debemos entender es que Elías era el representante de Dios. Estaba allí en lugar de Dios. Él no fue culpable de ser egoísta o rudo. Lo que estaba diciendo es: “Mira, soy el profeta de Dios. Al servirme primero a mí, en realidad estás dándole a Dios el primer lugar, y mientras hagas eso, jamás tendrás necesidades en la vida. Tu costal de harina nunca se agotará y tu vasija de aceite de oliva siempre estará lleno.>> Y así sucedió exactamente.

Salomón reforzó el principal reclamo de Dios para nuestras vidas en las ya conocidas palabras: “Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos” (Pr. 3:9). Eso significa que cada vez que tenemos un aumento en nuestra paga, debemos asegurarnos de que el Señor sea el primero en recibir Su porción.

Primero, el Reino

Al leer el Nuevo Testamento escuchamos al Señor Jesús insistiendo que Dios debe tener el primer lugar: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.” (Mt. 6:33). Es la misma verdad que Elías compartió con la viuda: aquéllos que le dan al Señor el lugar de supremacía en sus vidas jamás tendrán que preocuparse por las necesidades básicas de ellas.

Quizás nos hemos familiarizado tanto con el Padre Nuestro (Mt. 6:9-13) que nos perdemos el significado del orden

que está contenido en el mismo. Nos enseña a poner a Dios primero (“Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre”) y sus intereses (“Venga tu reino, hágase tu voluntad, como en el cielo así también en la tierra.”) Es entonces, y no antes, cuando se nos invita a presentar nuestras peticiones personales (“El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy,” etc.)

Y así como se le debe dar el lugar de supremacía al Padre, también al Señor Jesús, quien es miembro de la Divinidad. Es por esto que leemos: “...a fin de que Él tenga en todo la primacía.» (Colosenses 1:18 LBLA).

El Salvador insistió en que el amor de Su pueblo por Él debería ser tan grande que todos los demás amores serían como odio en comparación. “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lc. 14:26). Jesús debe tener el primer lugar en nuestro amor.

Ofrendas Imperfectas

Lamentablemente, el Señor no siempre obtiene el primero y mejor lugar en Su pueblo. En días de Malaquías, cuando llegaba el momento de ofrendar al Señor, un granjero se quedó con los mejores animales para cría o para la venta, y le dio al Señor de los desechados. Él decía que cualquier cosa era buena para el Señor. El lucro se volvió lo primero. Por esta causa Malaquías dijo con voz de trueno: “Ustedes traen animales ciegos para el sacrificio, y piensan que no tiene nada de malo; sacrifican animales cojos o enfermos, y piensan que no tiene nada de malo. ¿Por qué no tratan de ofrecérselos a su gobernante? ¿Creen que estaría él contento con ustedes? ¿Se ganarían su favor?” (Mal. 1:8 NVI).

Una madre cristiana estaba trabajando febrilmente en la cocina mientras un predicador se encontraba con su hijo en la sala. El predicador estaba hablando sobre las maravillosas oportunidades que este joven tenía en la obra del Señor debido a sus habilidades. De pronto se oyó una voz estridente que

venía de la cocina: “No le hable así a mi hijo. Eso no es lo que he planeado para él.” Una noche un ejecutivo cristiano se encontraba explicando sus metas para su hijo: estudiar en una de las universidades más destacadas, una carrera prestigiosa en el negocio y una cómoda jubilación. El hijo no estaba interesado. Él quería pasar su vida en el servicio al Señor. Siguieron hablando pero ninguno de los dos llegaba a ningún lado. Finalmente, el hijo dijo: “Bueno, papá, ¿tú quieres que sirva al Señor, o no?” Más tarde el padre me dijo: “Ese fue el final de la discusión.”

En una nota más feliz, Spurgeon le decía a su hijo: “Hijo mío, si Dios te llama al campo misionero, no quisiera verte cometer la tontería de ser rey.”

¿Qué de nosotros?

¿Qué pasa hoy? ¿Cómo podemos darle al Señor lo mejor y lo primero? ¿Cómo podemos hacer que este principio sea algo práctico en nuestras vidas?

Podemos hacerlo en nuestro empleo al obedecer a los que están por encima de nosotros; al trabajar con el corazón como para el Señor, y no para los hombres; al reconocer que servimos al Señor Jesucristo (Col. 3:22-24). Si las demandas de trabajo comenzaran a reclamar prioridad sobre las demandas de Cristo, debemos estar preparados para decirles, en efecto: “Hasta aquí llegas, no más allá, y aquí se detendrán tus orgullosas olas.” Debemos estar dispuestos a hacer más para el Salvador de lo que haríamos por una empresa.

Podemos hacerlo en nuestro hogar al mantener fielmente un altar familiar, durante el cual lean la Biblia y oren juntos. Sí, podemos hacerlo al criar hijos para el Señor, no para el mundo, para el cielo y no para el infierno.

Da a tus hijos para llevar el mensaje glorioso;
Da tus riquezas para apurarlos en sus caminos;
Derrama tu alma por ellos en victoriosa oración;

Y todo lo que gastes, Jesús te lo repondrá.

Mary A. Thomson

Podemos hacerlo en nuestra congregación local al asistir fielmente y participar con entusiasmo. George Mallone cuenta de un anciano que rechazó una invitación a una cena presidencial en la Casa Blanca porque sus responsabilidades pastorales no le permitían tener esa noche libre. Después que Michael Faraday dio una brillante exposición sobre la naturaleza y propiedades del imán, la audiencia propuso un voto formal de felicitación. Pero Faraday no estuvo allí para recibirla. Se había escabullido a la reunión de oración semanal de su iglesia, una iglesia que nunca tuvo más de veinte miembros.

Podemos poner a Dios primero en la administración de nuestros bienes materiales. Hacemos esto al adoptar un estilo de vida simple, y de esta forma todo el excedente puede volcarse a la obra del Señor. Lo hacemos al compartir con los que tienen necesidades espirituales y físicas. Además, lo hacemos al invertir para Dios y para la eternidad.

Pero la mayor manera en que podemos darle a Dios el primer lugar es al presentar nuestras vidas a Él, al comprometernos con Él no sólo para la salvación sino también para el servicio. Nada menos que eso es suficiente, cuando pensamos en todo lo que Él hizo por nosotros.

Oh Cristo, Tus manos y pies sangrantes,

Tu sacrificio por mí:

Cada herida, cada lágrima demanda que mi vida

Sea un sacrificio para Ti.

J. Sidlow Baxter

¿QUÉ IMPIDE NUESTRO COMPROMISO?

La lógica del compromiso es ineludible. Piense otra vez en lo que el Dios encarnado hizo en la cruz.

Él murió como sustituto por ti y por mí.

Quitó el pecado por sacrificarse a Sí mismo.

Dios el Padre puso nuestros pecados sobre Su divino Hijo y Él pagó la pena.

Derramó Su sangre para comprarnos en el mercado del pecado.

Es imposible exagerar el hecho de que fue Dios encarnado Quien murió allí para que nosotros podamos pasar la eternidad con Él en el cielo.

La muerte de nuestro Creador en el Calvario es única. Nunca antes había sucedido algo así, ni se volverá a repetir. Que Él estuviera dispuesto a morir por criaturas pecaminosas desafía la imaginación. Es demasiado atrevido para que el ser humano lo haya inventado, demasiado maravilloso para que la mente humana lo comprenda. Fue amor sin medida, gracia sin comparación, sacrificio sin límites.

La creación inanimada respondió a la magnitud de lo que estaba sucediendo. Tinieblas cubrieron la tierra. Las rocas se desintegraron. La tierra tembló. Las sepulturas se abrieron. El velo del templo se rasgó de arriba a abajo. Sólo un ser

humano, pensando en voz alta, expresó la maravilla de lo sucedido. Fue el centurión romano que dijo: “Verdaderamente era el Hijo de Dios.”

Comparado con el Calvario, cualquier otro evento se opaca en insignificancia. Todas las demás muertes fueron triviales. Todas las otras horas fueron irrelevantes. Y todo fue por ti y por mí.

Nuestra Respuesta Razonable

Existe sólo una respuesta apropiada para esa lógica:

Oh Jesús, amo y Señor,
Yo me entrego a Ti;
Porque Tú, en tu expiación,
Te diste a Ti mismo por mí.
No tengo ningún otro Señor,
Mi corazón será Tu trono.
Mi vida te doy, desde ahora para vivir,
Oh Cristo, sólo para Ti.

Thomas O. Chisholm

¿Por qué los cristianos no consagran completamente sus vidas a Cristo? Para decirlo francamente, es porque no pensamos correctamente. Nuestras mentes se han desvirtuado a causa de los temores y los engaños. Expongamos algunos de estos pensamientos a la luz.

Temor a la Voluntad de Dios

Tenemos miedo de lo que Dios pueda demandar de nosotros. Un número sorprendente de cristianos asume que si ellos dijeran: “Toma mi vida,” Dios automáticamente respondería: «Ve al campo misionero.» Para ellos la voluntad de Dios es sinónimo de obra misionera en otro lugar. Piensan que ese es el único llamado que Dios tiene para los discípulos dedicados.

Sus mentes evocan visiones de serpientes, pantanos, escorpiones, arañas, humedad sofocante.

Este temor produce un punto de vista escaso y deshonesto de la inventiva de nuestro Señor. Primeramente, Él está lejos de ser limitado, es más, tiene una infinita variedad de planes para las personas entregadas. Él es un Dios de creatividad ilimitada o como alguien dijo una vez, «de maravillosa imaginación.» Él «nos deleita con su increíble variedad.»

Este temor también pasa por alto el hecho de que Dios no se ocupa de arrastrar reclutas reticentes. Sus soldados son voluntarios. Pablo nos recuerda en Filipenses 2:13 que Él pone en nosotros tanto el querer como el hacer por su buena voluntad. En otras palabras, es Él quien pone el deseo en nuestros corazones, y luego nos da la habilidad para llevarlo adelante. Esto significa que cuando un hombre o una mujer caminan en la voluntad de Dios, en realidad están haciendo lo que Él más quiere que hagan. Para él es el cumplimiento de un sueño.

Temor de lo que Dios Pueda Tomar

Algunos de nosotros tenemos miedo de que Dios nos robe algo que atesoramos. ¿Cuándo aprenderemos que Él no vino a robar, matar, o destruir? Él no aparece como un ladrón. Él viene para dar abundantemente. Él no se queda con las cosas buenas de quienes caminan en rectitud (Sal. 84:11).

Él toma sólo aquellas cosas que podrían ser perjudiciales para nuestro bienestar temporal y eterno. Por ejemplo, nos libera de la culpa, la pena y el poder del pecado. Él nos libera de este mundo malvado y de la ira que ha de venir. Por estas benditas sustracciones deberíamos estar eternamente agradecidos.

No tiene sentido que tengamos miedo de la voluntad de Dios. Su voluntad siempre es «buena, agradable y perfecta.» Temerle es tener temor de una bendición.

Temor a las Negaciones de Dios

También tenemos temor de que el Señor nos niegue algo bueno. Para muchos jóvenes, el matrimonio está primero en la lista. Sí, ellos dicen que quieren la voluntad de Dios pero hay una añadidura. Primero quieren tener la certeza de un compañero. Primero está el altar matrimonial, y sólo después está el altar del sacrificio.

Albergar esa reserva no es un compromiso total. Significa que la voluntad de Dios debe sujetarse a mi voluntad, al menos en esta área. El sacrificio vivo está incompleto.

De todas maneras, el matrimonio es la voluntad de Dios para la mayor parte de la humanidad. Esto es claro puesto que la mayoría de nosotros viene de una larga ascendencia de personas casadas. Pero que el matrimonio sea una condición para el compromiso completo es una equivocación. Negociar con Dios muestra que la voluntad de la persona no está sujeta a la Suya. Y es jugar con dinamita. La obsesión por un esposo puede hacerse tan fuerte que una joven puede llegar a lanzarse a un matrimonio que podría condenarla a no alcanzar jamás la voluntad perfecta de Dios. El Señor le dará su deseo pero enviará mortandad a su alma (Sal. 106:15). Eso también sucede con los jóvenes varones, que buscan primero que nada la belleza externa, antes que carácter espiritual en su futura esposa.

Si Dios llamara a una vida de soltería, Él daría no sólo la gracia sino también el contentamiento. Les permite a los cristianos darse a sí mismos para el servicio de Cristo sin distracciones. Garantiza una movilidad que no tendrían de otra manera. Los libera de muchas preocupaciones de esta vida. La soltería es mejor que la miseria marital.

Para la mayoría de la gente, la soltería no será la opción de Dios. Pero la decisión final se debería dejar a Él. Su voluntad es la que importa. ¿Por qué escoger caprichosamente un esposo o esposa fuera de la voluntad de Dios cuando Él bien puede darnos algo mejor de Su elección? “Los que quieren casarse en la peor manera posible, generalmente lo hacen.”

Temor a Perder Independencia

También está el temor de que la voluntad de Dios choque con los planes que tenemos de una carrera, una casa en la zona bonita de la ciudad, y de uno o dos autos en su versión más lujosa. Con demasiada frecuencia, lo que en realidad queremos es usar nuestros mejores años en ganarnos la vida, y luego entregamos nuestros años de jubilación al Señor. Francamente, Él no los quiere. No quiere el final apagado de una vida ya gastada. ¿Puede culparlo?

Temor a lo Desconocido

Algunas personas sufren de temor a lo desconocido. No tienen la fe de Abraham. Cuando Dios lo llamó, él salió, sin saber a dónde se dirigía. Escogió caminar en la oscuridad con Dios, en lugar de caminar sólo en la luz.

Temor a Perder Seguridad

Otros tienen miedo de que al seguir al Señor eso les signifique perder la seguridad financiera. «Quizá no tenga medios visibles de sustento. Quizá tenga que depender de las donaciones de otros. Quizá necesite asistencia social.» Debemos aprender que Dios es nuestra única seguridad verdadera, y que provee con liberalidad para lo que Él ordena.

Temor a las Dificultades

Existe el temor de perder comodidades. Nuestra vívida imaginación vuela y tiembla al pensar en tener que bañarnos al aire libre o tomar duchas ocasionales – sin nombrar la vestimenta de segunda mano, muebles del Ejército de Salvación, y todo lo demás de segunda mano también, mientras que nuestros amigos disfrutan de vivir con todo lujo, de lo que en realidad son «los suaves y efímeros lujos que matan el alma.»

Temor a la Insuficiencia

Algunos pueden sentir que no tienen ningún talento o don especial que dar al Señor. Se consideran inferiores; y hasta indignos. Pero F. B. Meyer dijo:

“Soy sólo un hombre común. No tengo dones especiales. No soy un orador, no soy un erudito, ni un profundo pensador. Si he hecho algo por Cristo y mi generación, es porque me he entregado plenamente a Cristo Jesús, y luego intenté hacer todo lo que Él quiso que hiciera.”

Nuestra parte es entregarnos enteramente a Cristo. Su parte es usarnos para Su gloria. Si calificamos como tontos, débiles, básicos, despreciados, entonces estamos en una buena posición para ser usados por Él (1 Co. 1:26-28).

Temor a perder el Status

Algunas veces creemos que el mayor impedimento para nuestra completa dedicación es el orgullo. Si hemos de ser honestos, tendríamos que confesar que nos consideramos demasiado grandes, demasiado importantes para el tipo de vida que consideramos servicio cristiano. Está bien para otros, pero está por debajo de nuestra dignidad. Codiciamos un nombre en el mundo. Cualquiera que tenga una actitud necia debería considerar lo siguiente:

Podemos subir la escalera del éxito, y después, al llegar a la cima, darnos cuenta de que la escalera estaba apoyada en la pared incorrecta.

Podemos cambiar el mejor lugar de Dios por Su segundo, tercero, cuarto, quinto mejor lugar.

Podemos gastar nuestra vida en cosas sin consecuencias en lo eterno.

Podemos terminar con al alma salvada pero la vida perdida.

Podemos llegar al cielo con las manos vacías.

O todo lo de arriba.

COMPROMISO DEFICIENTE

Cada uno de nosotros sabe algo sobre una entrega deficiente. Cuando apuntamos a ejemplos bíblicos, tres dedos nos están apuntando a nosotros. Cuando somos tentados a criticar a Pedro, o a Ananías y Safira, no podemos evitar sentirnos culpables. Nos vemos a nosotros mismos reflejados en sus experiencias.

Las Tres Negaciones de Pedro

A pesar de su amor y celo por el Señor Jesús, Pedro siempre es recordado por las tres negaciones. Cuando el Salvador predijo Su muerte y resurrección: “Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca.” (Mt. 16:22). Hay una lección aquí. No se llama a Jesús Señor para luego contradecirlo.

En otro momento, cuando el Maestro se arrodilló delante de Pedro para lavar sus pies, Pedro protestó: “Señor, ¿tú me lavas los pies?... No me lavarás los pies jamás” (Juan 13:6, 8). Observe la contradicción entre las palabras Señor y nunca.

Cuando Pedro tuvo la visión del lienzo que descendía del cielo con todo tipo de criaturas, el Cristo resucitado le dijo: “Levántate, Pedro, mata y come.” Y el apóstol respondió: “Señor, no” (Hechos 10:13, 14). Cualquiera que contesta de esa manera debe tomar una decisión. O es “No” o es “Señor.” No pueden ser las dos. O hacemos lo que Él dice, o dejamos de llamarlo Señor.

Cuando W. Graham Scroggie estaba aconsejando a una joven que estaba en medio de una gran lucha en su alma respecto a un tema de sujeción a Cristo, él le contó la historia de Pedro en Jope, y cómo el Señor le dijo que se levantara y comiera. Pedro dijo tres veces: “No Señor.” Scroggie le dijo amablemente: “Es posible decir: ‘No’ y también ‘Señor’; pero no se puede decir: ‘No Señor’. Voy a dejar mi Biblia contigo y este lápiz. Irás a la otra habitación y borrarás la palabra ‘No’ o ‘Señor.’”

La joven se encontraba llorando cuando regresó. Scroggie miró la Biblia y vio que la palabra No era la que había borrado. Y ella decía: “Él es Señor. Él es Señor.” Cuando más tarde él contaba la historia, Scroggie agregó, “De eso se trata la santa obediencia.”

Entrega Hipócrita

Ananías y Safira fueron atrapados durante un poderoso mover del Espíritu Santo. Los primeros cristianos dejaban todo para seguir a Cristo. Ananías y su esposa vendieron una porción de sus propiedades y fingieron darlo todo para el Señor, pero ellos se habían quedado con parte de eso para ellos mismos. Profesaron una consagración completa cuando no lo era. Y no fueron los últimos en cometer este pecado. Cuán a menudo cantamos: «Todo a Cristo yo le rindo,» mientras nuestra rendición es incompleta. Si Dios derribara a todos los que fueran culpables de un compromiso defectuoso, los números de la iglesia en la tierra se verían notablemente disminuidos.

Yo Primero

En Lucas 9:57-62, tenemos otros tres ejemplos de una falsa dedicación. El primer hombre llamó Señor a Jesús y con entusiasmo prometió seguirlo a cualquier parte. “Señor, te seguiré adondequiera que vayas.” Pero cuando el Señor le advirtió que eso podría significar no tener una casa, se retiró rápidamente. Su “adondequiera” se convirtió en “ahí no.”

El segundo hombre escuchó el llamado de Cristo: “Sígueme,” pero éste le dijo: “Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre.” No existen indicios de que su padre estuviera muriendo en ese momento. Quizá estuviera en perfecto estado de salud. El casi discípulo quería quedarse en casa hasta que llegara el tiempo en que su padre exhalara por última vez. Podía haber sucedido que su padre viviera más tiempo que él. Ese fue un compromiso deficiente, pues le dio mayor prioridad a algo que no era el llamado de Cristo. Estaba poniendo su ego antes que el Salvador; observe que el joven dice: “déjame...primero.” Y luego dijo algo como: “ahora no, más tarde.” ¿Qué tipo de entrega es ésa?

El tercer hombre también llamó Señor a Jesús y profesó dedicación total. «Te seguiré, Señor...» Pero lo arruinó todo cuando dijo: “pero”, y luego agregó: “déjame...primero.” “Déjame que me despidiera primero de los que están en mi casa.» Él no se refería a una rápida despedida. Las despedidas en aquel tiempo se extendían a días de comida y compañerismo. Este también puso una condición a su compromiso. Los convenios sociales tuvieron mayor prioridad que el señorío. Jesús es Señor, pero...

Años atrás apareció esta oración en las *Notas Diarias* de la Unión Bíblica. Y todavía es oportuna:

Perdónanos, oh Señor, por buscar tantas maneras de evitar el dolor y el sacrificio del discipulado. Fortalécenos este día para caminar contigo sin importar el costo. En Tu nombre, Amén.

UN SACRIFICIO VIVO

Podría decirse que un pasaje sobresaliente en el Nuevo Testamento, que exhorta a los creyentes a vivir una vida de entrega total, es Romanos 12:1-2:

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.

Cuando mi hermano y yo éramos niños y H. A. Ironside visitó nuestra casa, nos enseñó un coro basado en el primer versículo:

Romanos doce uno es un verso que no evitaré,
Sino que me rendiré sólo a Aquél que está en el trono;
Si Él no es Señor de todo, entonces no es Señor.
Romanos doce uno.

Muchas veces en los años siguientes, me he dado cuenta lo corto que me quedo respecto del ideal expresado en la frase: “Señor de todo,” pero he buscado hacer de eso la ambición de mi corazón.

Cada palabra de ese texto dorado está cargada de significado. Poniéndolas juntas tenemos la clave para la vida abundante que el Señor Jesús prometió.

La Voz de Dios

En Romanos 12:1 donde dice: “os ruego...”, ¿quién lo está diciendo? Bueno, obviamente es Pablo, puesto que es el autor

de la carta. Él es quien dijo: “Porque para mí el vivir es Cristo” (Fil. 1:21). Y “Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.” Pablo dijo que había olvidado las cosas que quedaban atrás, y se extendía a lo que estaba delante. Prosiguió hacia la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Fil. 3:13-14).

Debemos recordar que Pablo estaba escribiendo esto por revelación divina. Las palabras no eran sólo tuyas, sino las palabras del Señor. El mismo Señor dijo: “Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura” (Juan 9:4). Y “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:34).

Observe la palabra ruego. Dios nos está rogando. La palabra tiene un énfasis más fuerte que pedir. Expresa urgencia e importunidad. Hay matices de imploración y súplica. Describe un centurión que rogó a Jesús para que sanara a su siervo (Mt. 8:5-6). Los enfermos le rogaban a Jesús que los sanara (Mt. 14:36). Un leproso le rogó al Señor que lo limpiara (Mr. 1:40). Fue también lo que hizo Jairo cuando le pidió al Señor que sanara a su hija enferma (Mr. 5:23). Fue lo que hizo Pablo cuando les rogó a los pecadores que se reconciliaran con Dios (2 Co. 5:20). Así que, si escuchamos cuidadosamente, se oirá el latir compasivo del corazón de Dios, instando a Su pueblo a actuar hacia la mejor vida posible. Él quiere salvarnos de una vida perdida, de una vida dedicada a las trivialidades.

En el obituario de un periódico local, las siguientes oraciones describían el punto central en las vidas de algunos de los que habían fallecido:

“Él tenía un apego hacia las calabazas, ya que nació dentro de una vieja tradición familiar de celebrar Halloween a lo grande, puliendo sus habilidades en el tallado de calabazas a edad temprana.”

“Ella disfrutaba de la TV, especialmente de Jeopardy. uliendo sus habilidades en el tallado de calabazas a edad tem-

prana. ¡Esquedo respecto del ideal expresado en la frase n tema de”

“El disfrutaba del bingo, el café y las tostadas en la mañana en el restaurante local, los niños pequeños, su jardín, las frutas, y el agua fresca.”

Esas son actividades que no dañan, pero, ¿eso es todo en la vida?

Después de la resurrección, Pedro tuvo el maravilloso privilegio de predicar el mensaje que el mundo tanto necesitaba. Pero, ¿qué dijo él? “Voy a pescar” (Juan 21:3).

Dios quiere salvarnos de que pasemos nuestras vidas estudiando los hábitos de descanso de los lagartos portorriqueños, o la función principal del picnic en la sociedad moderna, como algunos han hecho.

“Así que, hermanos, os ruego...” La expresión ‘así que’ es una conexión. Nos advierte para que estemos atentos, pues lo que Dios va a decir está muy relacionado con lo que había dicho previamente. “Hermanos”, es obvio que esta urgente petición va dirigida a todos los cristianos. Aquí, la palabra ‘hermanos’ es genérica, abarca tanto hombres como mujeres, jóvenes y ancianos, recién convertidos y santos maduros. No se excluye a ninguno que haya experimentado la redención de Cristo.

Las Misericordias de Dios

“Por las misericordias de Dios.” Esta frase nos dice sobre qué se basa el llamamiento. Pablo recién había terminado de mencionar muchas de las maravillosas misericordias que vienen por la fe en el Señor Jesús. Mencionemos algunas de ellas:

Fuimos predestinados por Dios (Ro. 8:29). Así es como todo empezó. Él nos predestinó con misericordia y compasión a una salvación eterna. Pero cada uno de nosotros tiene que preguntar, “¿Por qué yo?”

Él predestinó a los creyentes a ser conforme a la imagen de Su Hijo (Ro. 8:29). Tal gracia es inimaginable pero maravillosamente cierta.

Dios nos llamó (Ro. 8:30). Él arregló todo providencialmente para que pudiéramos escuchar el evangelio y tener la oportunidad de responder por fe. Y nos volvemos a maravillarnos, en las palabras de Isaac Watts:

¿Por qué fui hecho para escuchar Tu voz
Y entrar mientras aún hay lugar,
Mientras miles toman una desdichada decisión
Y prefieren morir antes que entrar?

Él nos justificó (Ro. 8:30). Eso significa que nos liberó de todo cargo. Esto es más que un mero perdón. Es como si nunca antes hubiésemos tenido argumentos en contra. El archivo está en blanco. Estamos delante de Él en justicia, porque estamos en Cristo.

Hemos sido reconciliados con Dios (Ro. 5:10-11). La causa del conflicto fue nuestro pecado. El Señor Jesús removió la causa al quitar esos pecados sacrificándose a sí mismo. ¿Quién sino Dios podría haber concebido este plan de salvación?

Tenemos acceso por la fe a una maravillosa posición de favor con Dios (Ro. 5:2). Ahora Él es nuestro Padre y nosotros Sus hijos. Nos acepta en el Amado; por tanto estamos tan cerca y somos tan amados como Su amado Hijo.

Somos habitados por el Santo Espíritu de Dios (Ro. 8:9). Nuestros cuerpos son templos de la Tercera Persona de la Trinidad. ¡Piense en eso!

Tenemos la seguridad de nuestra salvación por el testimonio del Espíritu Santo a nosotros por medio de la Palabra de Dios (Ro. 8:16). No dependemos de los caprichos de las emociones humanas. Podemos saber que somos salvos, ya sea que lo sintamos o no.

Estamos eternamente seguros (Ro. 5:6-10). Puesto que Cristo pagó tan enorme precio para salvarnos de la pena del pecado, Él jamás nos dejará ir. Él vive a la diestra de Dios para garantizar nuestra preservación (Ro. 5:10b). Esta es una seguridad a prueba de fallas.

Ahora tenemos paz con Dios a través del Señor Jesucristo (Ro. 5:1). Esta paz es completamente independiente de las circunstancias. Es una serenidad de otro mundo, que viene de saber que el tema del pecado se ha resuelto y que el Señor está en control.

Y, como si eso fuera poco, somos herederos de Dios y coherederos con Jesucristo (Ro. 8:17). Todo lo que el Padre tiene es nuestro. Tal riqueza no puede ser contada; es más de lo que podemos imaginar.

Somos santificados, esto es, apartados para Dios del mundo y del pecado. Por el Espíritu Santo podemos tener libertad del poder del pecado – una maravillosa libertad (8:1-4).

No estamos bajo la ley sino bajo la gracia (Ro. 6:14). La ley nos ordenaba obedecer pero no nos daba el poder para hacerlo, y nos condenaba si fallábamos. La gracia nos enseña qué hacer, nos da el poder para hacerlo, y nos recompensa cuando lo hacemos. No hay nada contra eso.

Somos capacitados para regocijarnos en las tribulaciones porque sabemos que el Señor las usa para desarrollar nuestro carácter (Ro. 5:3). Todas las cosas ayudan para el bien de los que lo aman. El bien es que nos volvamos más como Cristo.

Tenemos una maravillosa esperanza. Pablo la llama la esperanza de la gloria de Dios (Ro. 5:1). Significa estar en el cielo con el Señor en toda su hermosura y magnificencia. También significa que tendremos cuerpos glorificados, como el cuerpo que tuvo Jesús luego de la resurrección.

Tenemos la certeza de que nada podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús nuestro Señor (Ro. 8:35-37). Tenemos el cielo tan asegurado como si ya estuviéramos allá.

Todas estas promesas son un ejemplo de lo que está incluido dentro de las misericordias de Dios, aunque éstas no agotan dicha frase. Y de aquí, volvemos al verso 1 de Romanos capítulo 12.

La Única Respuesta Razonable

Estas misericordias de Dios deberían convencernos de presentar nuestros cuerpos en un acto de gratitud y adoración. Esta lógica se expresa en este poema:

Después de todo lo que Él ha hecho por mí,
 Después de todo lo que Él ha hecho por mí,
 ¿Cómo puedo hacer menos que darle lo mejor de mí
 Y vivir completamente para Él
 Después de todo lo que Él ha hecho por mí?
 Betty Daasvand

¿Por qué dice Pablo dice “vuestros cuerpos”? ¿Por qué no espíritus o almas? Porque Dios sabe que si le entregamos nuestros cuerpos, le estamos dando todo nuestro ser. Nuestros cuerpos son el medio por el cual nos expresamos. Así que, aquí el cuerpo se refiere a la persona completa. También debemos notar que el apóstol está comparando y contrastando nuestro sacrificio con los sacrificios de animales en el Antiguo Testamento; eran los cuerpos los que se ponían en el altar.

El cuerpo del creyente debe ser presentado como un “sacrificio vivo.” Esto en contraste con los sacrificios muertos que ofrecía Israel. También incluye el pensamiento de que mientras un sacrificio de animales se hacía sólo una vez, nuestro sacrificio, por el contrario, debe ser una ofrenda constante.

Cuando presentamos nuestro cuerpo, eso incluye todos nuestros miembros: manos, ojos, orejas, boca, cerebro. En un tiempo de promiscuidad sexual, es bueno recordarnos que también incluye nuestros miembros reproductores. Incluye nuestros talentos, como la música, la poesía, el arte, la elocuencia. Le entregamos nuestro conocimiento en ciencias, historia, filosofía, lógica. Cuando lo hacemos, podemos mirar hacia atrás y ver cómo Él nos guio en nuestra educación, tomando cursos que no sabíamos por qué los tomábamos, pero que Él sí sabía, pues nos estaba preparando para Su servicio.

Nuestro sacrificio debe ser santo y aceptable a Dios. No es suficiente que estemos “posicionalmente santificados,” que Dios nos vea santos porque estamos en Cristo. Debemos santificarnos en lo práctico, o sea, que nuestras vidas estén limpias. Esto responde al requisito del Antiguo Testamento de que los animales ofrecidos a Dios debían ser inmaculados y sin defectos. Cuando los creyentes confiesan y abandonan todo pecado conocido, entonces la ofrenda de sus vidas es agradable a Dios.

La última cláusula de Romanos 12:1 puede traducirse de dos maneras: “que es vuestro culto racional” (RV60) o “en adoración espiritual” (NVI). Ambas tienen sentido. Presentar nuestros cuerpos a Cristo es la cosa más sana, sensata y racional que podemos hacer a la luz de lo que Él ha hecho por nosotros. Pero también es un acto de adoración. Como santos sacerdotes, presentamos nuestra alabanza a Dios (He. 13:15), nuestras posesiones (He. 13:16), nuestro servicio (Ro. 15:16), y ahora nuestra persona. Ofrendar nuestros cuerpos es el mayor acto de adoración que somos capaces de presentar.

Los sacrificios vivos no deben conformarse al mundo. La conocida paráfrasis de J. B. Phillips lo explica bien: “No deje que el mundo a su alrededor lo estruje dentro de su molde.” El mundo en este sentido es la sociedad humana que no sólo busca ser independiente de Dios sino activamente hostil frente a Él. Tiene sus propios sistemas de creencias, sistemas de valores, estilos de vida, motivaciones, y ambiciones, y quiere que todos se conformen a ellos. Los que serán aceptables para Dios no deben ser conformistas.

El mundo dice: “Que por encima de todas las cosas, seamos auténticos con nosotros mismos.” O, “Yo soy el dueño de mi destino: Soy el capitán de mi alma.” Dice: “Si se siente bien, hazlo.” O, “Sólo se vive una vez.” “El que muere con más juguetes gana.” “No existe la verdad absoluta; todo es relativo.” “Todos hemos evolucionado del barro.” “La inmoralidad y otros comportamientos llamados pervertidos no son

pecado sino enfermedad.” “Los que violan las leyes no son criminales; son víctimas.”

Los cristianos debemos rechazar tal mentalidad y ser transformados por medio de la renovación de nuestro entendimiento. En otras palabras, debemos aprender a pensar de la manera que Dios lo hace, y como está revelado en las Escrituras. Esto resultará en la transformación de nuestros intereses, forma de hablar, de vestir y la música que escuchamos. Tendremos una nueva mentalidad hacia otras personas, hacia la riqueza, el éxito, la política y la sexualidad. Nuestra vida será revolucionada.

La Clave de la Dirección

En el verso 2 de Romanos 12 descubrimos la manera segura de conocer la dirección de Dios. Es por medio de entregarnos al Señor para lo que Él decida. No sólo discernimos Su voluntad, sino que descubrimos por experiencia que no era lo que temíamos después de todo: desagradable, dificultosa y peligrosa. En lugar de eso, vemos que es buena, agradable y perfecta. Es beneficiosa, placentera e ideal. Siendo la voluntad de Dios, no puede ser menos que perfecta.

Ahora volvamos al comienzo de Romanos 12 y repasemos el hilo del pensamiento: Las misericordias de Dios requieren que los creyentes se presenten como un sacrificio continuo a Él. La ofrenda, por supuesto, debe ser santa; de otra manera no sería agradable. El compromiso total es la respuesta más razonable que los cristianos pueden dar frente al sacrificio del Salvador. Además de ser el acto de adoración más apropiado. Para que la ofrenda de los creyentes sea aceptable, ellos deben evitar ser moldeados por el mundo. En lugar de eso, deben adoptar una mentalidad y estilo de vida piadosos.

Entonces lo lógico es que si ponemos al Señor en control, nuestra vida será la mejor que la sabiduría divina pueda planear. Tendremos una vida que es buena para nosotros, agradable a Dios, e ideal en todo aspecto.

Estas son las palabras de un sacrificio vivo:

En completa y feliz rendición me entrego a Ti,
Para ser Tuyo completamente, únicamente y para
siempre.

Oh Hijo de Dios que me amaste, seré Tuyo solamente,
Y todo lo que soy y todo lo que tengo, de ahora en
adelante será Tuyo.

F. R. Havergal

Señor, entrego todo. Tú has hecho todo esto por mí. Es mi culto racional, que ya no tenga más planes propios.

RAZONES PARA UNA RENDICIÓN TOTAL

Aquéllos que son cristianos verdaderos saben lo que es volver sus vidas al Señor Jesús para salvación. Fueron convencidos de su pecado y de su ineptitud para estar en la presencia de Dios. Ellos han creído que el Salvador murió para pagar la pena por todos sus pecados. Se han vuelto a Él para ser salvos por la eternidad. Todo es tan lógico. La salvación es un regalo. Está disponible para que se la apropien. Ellos tienen todo para ganar y nada para perder. Serían necios si no aceptaran a Cristo ni estuvieran seguros del cielo.

Pero es posible aceptar a Cristo para salvación y aun así no entregar nuestro ser a Él para el servicio. Podemos confiar en que Él nos llevará al cielo, pero de alguna manera no podemos confiarle nuestra vida para que la ordene aquí en la tierra. Tenemos nuestros propios planes y ambiciones, y no queremos que nadie ni nada interfiera con ellos. Reconocemos a Cristo como Salvador de nuestras almas, pero evitamos coronarlo como Rey de nuestras vidas.

Gracias al gran énfasis que se le da al evangelismo en la Iglesia actual, es posible que cuando una persona es salva, piense que ya no hay más para hacer. Debemos desengañarnos de la idea

de que la conversión es la meta final. Respecto a la aptitud para el cielo, nuestro nuevo nacimiento es todo lo que necesitamos. Pero no es lo último en la vida cristiana. Debemos movernos hacia un caminar diario de entrega completa al señorío de Cristo.

Necesitamos enfrentar algunos hechos y considerar su lógica. Cada muestra del plan de Dios para la redención trae consigo un deber. Las doctrinas llevan al deber. Debemos maravillarnos con las verdades que fluyen del Calvario y decidir lo que vamos a hacer al respecto.

Nuestro Creador Murió para Salvarnos

Primero, nada puede eclipsar la increíble realidad de que Aquél que murió en la cruz no era menos que Dios encarnado. Era el Creador muriendo por sus criaturas, el Juez muriendo por los criminales, el Santo muriendo por los pecadores. Cuando el Hijo de Dios murió, el que era Amor moría por sus enemigos, el Inocente por los culpables, el Rico por los pobres. Una vez que entendamos lo que este asombroso hecho significa, nunca más podremos ser los mismos. Será abrumador. Cualquier cosa menor a la dedicación total es una negación del enorme significado del Calvario. Que quede grabado en nuestras almas que Alguien pagó el máximo precio por nosotros, y ese Alguien es el que diseñó el universo y todo lo que hay en él. Entonces, nuestros corazones responderán:

Aunque escondiera mi ruborizado rostro
Al ver aparecer Su amada cruz;
Disolvería mi corazón en gratitud
Y se derretirían en lágrimas mis ojos.

Pero una gota de dolor jamás podrá pagar
La deuda de amor que tengo;
Querido Señor, yo me entrego a Ti—
Es todo lo que puedo hacer.

Isaac Watts

Las Misericordias de Dios

Una segunda consideración es la siguiente. Las misericordias de Dios demandan que rindamos todo nuestro ser a Él. Cuando hablamos de las misericordias de Dios, hablamos de los maravillosos privilegios, posiciones, y favores que Él ha conferido a los creyentes. Hablamos de todos los beneficios que fueron comprados para nosotros en el Calvario. Hemos hecho una lista de algunos de ellos en el capítulo anterior.

Ningún simple mortal tendrá jamás la audacia de concebir semejante lista de bondades para personas tan indignas. Es un catálogo de generosidad espiritual que no buscamos y que no podíamos comprar. Pero vino a nosotros sin costo en el regalo de la vida eterna. Cuanto más meditamos en las misericordias de Dios, más nos desconcierta que Él nos dote de tal manera.

Los franceses tienen un dicho, *noblesse oblige*, lo que quiere decir que la nobleza obliga. La gente que es de clase alta o alto rango tiene la obligación de responder apropiadamente. Los cristianos somos de clase alta (hemos nacido en la familia de Dios) y de alto rango (herederos de Dios y coherederos con Jesucristo). La respuesta apropiada es rendir el control de sus vidas al Padre de las misericordias. Les corresponde presentar sus cuerpos a Él en sacrificio vivo.

La Gratitud lo Demanda

Una tercera razón para nuestro compromiso total es la gratitud. Si el agradecimiento es apropiado para alguien que nos salva si nos ahogamos, o si estamos en un edificio en llamas, ¿cuál es la respuesta apropiada para Aquél que ha entregado su cuerpo para salvarnos del infierno? Existe sólo una respuesta: Cuando lo escuchamos decir: “Éste es mi cuerpo que por vosotros es dado,» ¿qué más podremos decir nosotros que: “Gracias, Señor Jesús. Este es mi cuerpo, mi corazón, mi vida, mi todo, te lo entrego”?

Cuando el misionero J. Alexander Clark vio a un africano siendo atacado por un león, tomó su arma, mató al león, llevó al hombre al hospital y cuidó de él hasta que estuvo listo para volver a su tribu. Dos o tres meses más tarde, Clark estaba sentado en su pórtico cuando escuchó una terrible conmoción: gallinas cacareando, patos graznando, ovejas balando, y el parloteo de hombres, mujeres y niños. Allí estaba un africano alto dirigiendo un desfile de animales, aves, y personas. Era el hombre que Clark había salvado de las fauces del león. Cayendo a los pies del misionero, el hombre dijo: “Señor, de acuerdo con las leyes de mi tribu, el hombre que sea rescatado de una bestia salvaje ya no se pertenece, sino que le pertenece a su salvador. Todo lo que tengo es suyo, mis pollos, patos, cabras, ovejas, vacas, son todos suyos. Mis siervos son sus siervos. Mis hijos (que tenía bastantes) son sus hijos, y mis esposas (que tenía varias) son sus esposas. Todo lo que tengo es suyo.”¹

Sólo es un tema de simple gratitud, eso es todo.

El Amor de Cristo lo Obliga

Existe una cuarta razón sobre por qué la entrega total es la cosa más razonable, racional y lógica que podemos hacer. Pablo nos habla sobre cómo el amor de Cristo nos mueve.

“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.” (2 Co. 5:14-15)

Permítame desglosarlo en una serie de enunciados simples:

Todos estábamos muertos en delitos y pecados.
El Señor Jesús murió por nosotros para que podamos vivir.
Pero Él no murió para que vivamos vidas egoístas y egocéntricas.

En lugar de eso, quiere que vivamos para Él, Quien murió por nosotros.

Tiene sentido, ¿no? Tomemos un momento para pensar sobre ese amor.

Es eterno, el único amor que no tiene origen. Abarca todas las edades y no tiene fin. Nuestras mentes se esfuerzan por comprender un amor que sea interminable e incansable.

Es inmensurable. Su altura, profundidad, longitud y anchura son infinitas. En ninguna otra parte encontramos tal extravagancia. Los poetas lo han comparado con las mayores expansiones de la creación, pero las palabras siempre parecen quedarse cortas ante semejante idea.

El amor de Cristo por nosotros no tiene causa y no es provocado. Él no podría ver nada digno de ser amado o meritorio de Su afecto en nosotros; mas aun así, Él nos ama. Lo hace porque Él es así.

Nuestro amor por otros a veces se basa en la ignorancia. Amamos a las personas porque realmente no sabemos cómo son. Los juzgamos por su apariencia, pero cuanto más llegamos a conocerles, más nos damos cuenta de sus faltas y fallas, y entonces nos resultan menos agradables. Pero el Señor Jesús nos amó aun sabiendo todo lo que seríamos o haríamos. Su omnisciencia no canceló Su amor.

Pero hay muchísima gente en el mundo - unos seis mil millones. ¿El Dios soberano puede amar a cada uno personalmente?

Entre tanta gente, ¿puede ocuparse de alguien?

¿El amor especial puede estar en todas partes?

Sí, con Él no hay menospreciados. Nadie es insignificante. Su afecto fluye a cada individuo del planeta.

Semejante amor es incomparable. La mayoría de las personas conocen el amor de una madre dedicada. O el fiel amor de una esposa o un esposo. David conoció el amor de Jonatán. Jesús conoció el amor de Juan. Pero nadie jamás ha experimentado nada humano que se pueda comparar con el amor

divino. Como nos recuerda un himno, «Nadie cuidó de mí mejor que Jesús.»

En Romanos 8 Pablo escudriña el universo buscando algo que pueda separar un creyente del amor de Jesús, pero no hay nada. “Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada podrá separarnos del amor de Dios.”

Es asombroso darse cuenta de que el Omnipotente no puede amarlo a usted o a mí más de lo que nos ama ahora. Su amor no tiene restricciones ni reservas en lo absoluto.

En un mundo de constante cambio, es importante encontrar algo que sea invariable: esto es, el amor de Cristo. Nuestro amor se mueve en ciclos. Es una montaña rusa emocional. No es así con nuestro Señor. Su amor nunca desfallece ni varía. Es constante.

Su amor es puro, libre de egoísmos, de arreglos injustos, o motivaciones indignas. Es inmaculado y no tiene ni una sombra de deshonra.

Así como Su gracia, el amor de Jesús es gratuito. Por esta razón podemos estar eternamente agradecidos pues somos unos pobres pecadores en quiebra. Aun poseyendo toda la riqueza del mundo, jamás podríamos poner precio a un amor tan invaluable.

Este es un amor imparcial. Hace que el sol brille sobre justos e injustos. Ordena a la lluvia caer sin discriminación.

Su amor se manifiesta en el acto de dar. “Cristo amó a la iglesia y dio...” Puesto que es más bienaventurado dar que recibir, el Señor siempre tiene el privilegio de ser el más bendecido.

Una de las cosas más sorprendentes de este amor, es que es sacrificial. Lo llevó al Calvario, su mayor demostración. En la cruz vemos un amor que es más fuerte que la muerte, que ni siquiera las olas de la ira de Dios pudieron ahogar.

Este amor tan único sobrepasa nuestras capacidades de descripción. Es sublime, incomparable, el Everest del afecto.

to. Nuestro diccionario actual no tiene términos adecuados para describirlo. No existen suficientes adjetivos - sencillo, comparativo y superlativo. Podemos seguir y llegar al punto de tener que decir lo que la Reina de Sabá dijo sobre la gloria de Salomón: "Ni aun se dijo la mitad." Sobrepasa el idioma humano.

Podemos buscar en el universo entero un mejor diccionario, o un vocabulario más vasto, pero todo sería en vano. No será sino hasta que lleguemos al cielo y contemplemos al Amor Encarnado que veremos con una visión más clara, y entenderemos con un intelecto más agudo, el amor que el Señor Jesucristo tiene por nosotros. Y aun allí, no habrá acabado.

Este es el tipo de amor que nos lleva a vivir para el que murió por nosotros.

Amor tan maravilloso, tan divino
Demanda mi corazón, mi vida, mi todo.

Lady Powerscourt, una cristiana inglesa de la nobleza, lo expresó de manera franca: "Parece hasta un insulto hacia ese amor que dio TODO por nosotros, decir que amamos y detenernos a calcular si darle o no todo a Él. Nuestro todo no es más que dos blancas. Su todo es el cielo, la tierra, la eternidad, Él mismo. Mejor no amar nada. Mejor ser frío que tibio."

Querida Cruz, escucho tu voz clamar;
No puedo ser movido a rechazarte.
Mi corazón es conquistado, toma mi todo,
Menos que eso insulta tu amor.
J. Sidlow Baxter

No Somos Nuestros

Quinto, la simple honestidad nos demanda que rindamos nuestras vidas a Él. Nuestro Señor Jesús nos compró en el

Calvario. Él pagó un precio enorme -Su propia sangre. Entonces, si Él nos compró, nosotros ya no nos pertenecemos, le pertenecemos a Él. Es una de las dulces paradojas del cristianismo que, aunque todas las cosas son nuestras (1 Co. 3:21), nosotros no nos pertenecemos. Eso quiere decir que si tomamos nuestra vida y hacemos lo que queremos con ella, estamos tomando algo que no nos pertenece. Y hay una palabra para eso: robo. La entrega total nos salva de ser ladrones. Cuando C. T. Studd vio esto, escribió:

Supé que Jesús murió por mí, pero nunca había entendido que al haber muerto por mí, entonces yo no me pertenecía. La redención significa volver a comprar, así que si yo le pertenezco a Él, me queda la opción de ser ladrón y quedarme con lo que no es mío, o tengo que entregarle todo a Dios. Cuando me di cuenta de que Jesús había muerto por mí, no me resultó difícil dejar todo por Él.

La lógica es irrefutable, ¿o no? ¿Pero qué vamos a hacer al respecto?

Oswald Sanders contó de un organista de una iglesia en Alemania que era muy posesivo con su órgano. Se propuso no permitir que nadie lo usara. Una tarde soleada estaba practicando una porción de Félix Mendelssohn, y no la estaba tocando bien. Sin saberlo, un extraño entró en la iglesia y se sentó en la oscuridad de la última fila. No pudo evitar notar la dificultad que tenía el organista. Cuando el organista finalmente se dio por vencido y juntó toda su música para irse, el visitante fue hasta adelante y cortésmente le pidió permiso para tocar. La respuesta fue terminante. El organista nunca le había permitido tocar a nadie más. El visitante solicitó el privilegio otra vez, y otra vez fue rechazado. Pero su persistencia dio resultado. Pidió una tercera vez, y esta vez se lo permitió, aunque a regañadientes.

El se sentó, arregló el instrumento, y tocó la misma porción. Inmediatamente la iglesia se llenó con la más hermosa

armonía. Cuando terminó, el asombrado organista preguntó: “¿Quién es usted?” El visitante inclinó la cabeza modestamente, y luego dijo: “Soy Félix Mendelssohn.” “¿Qué!”, dijo el organista, completamente perplejo. “¿A usted le negué mi permiso de tocar mi órgano?”

Nuestras vidas son como el órgano de Dios, no el nuestro. ¿Deberíamos negarle nuestro permiso de tocar en él?

Jesús es Señor

Avancemos a una sexta razón para presentar todo lo que somos y tenemos al Señor y permitirle a Él dirigir nuestra vida. Nosotros lo llamamos Señor. “Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor” (Ro. 14:9). Si Él es Señor, tiene derecho a todo. Si Cristo no es el Señor en la vida de una persona, esa persona hace lo que está bien en su propia opinión. Y no es algo insignificante que mientras la palabra Salvador se encuentra 24 veces en el Nuevo Testamento, la palabra Señor aparece casi 670 veces. Y aunque comúnmente decimos “Salvador y Señor,” la Biblia nunca lo menciona así. Siempre dice “Señor y Salvador.” Invierte el orden. Pedro nos recuerda que debemos santificar a Cristo como Señor en nuestros corazones (1 P. 3:15), o sea, apartarlo como nuestro Dueño.

Cuando Josué estaba preparando el asalto a Jericó, un Hombre se le apareció, espada en mano. Antes que Josué se diera cuenta de quién era el Hombre, preguntó: “¿Estás con nosotros o contra nosotros?” El Hombre contestó, en efecto: “No vine para estar contigo ni contra ti. Vine para hacerme cargo.” “...como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora” (Jos. 5:14). Entonces Josué se dio cuenta de que estaba hablando con el Señor. Era Jesús en una apariencia pre-encarnada. Josué cayó rostro en tierra, lo adoró, se dirigió a Él como Señor y se sometió a Su liderazgo.

Aquí vemos una gran lección. El Salvador no viene a nuestras vidas sólo para estar de nuestro lado, y, por su-

puesto, no viene para ser nuestro adversario. Él quiere ser Señor, hacerse cargo, ser el Comandante en jefe. ¿Cómo puedo llamarle Señor, y negarme cuando me llama a rendirme totalmente? Debemos hacer lo que Él dice o dejar de llamarlo Señor.

Él Sabe Más Que Nosotros

Séptimo, tenemos algo más para pensar. Actuamos como si supiéramos cuál es el mejor plan para nuestras vidas. Elegimos nuestra ocupación, nos ponemos metas y perseguimos nuestras propias ambiciones. Pasamos por alto el hecho de que Cristo debe tener algo infinitamente mejor. Él puede darnos una vida mejor de la que podemos imaginar. Dios es maravillosamente creativo. Tiene una fantástica imaginación. Conoce opciones que nosotros desconocemos. Él sólo quiere lo mejor para Su pueblo, por tanto, Sus proyectos están filtrados por Su infinito amor y sabiduría. El contraste entre Su perspectiva y la nuestra es simple:

¡Yo contaba dólares y Dios contaba cruces!
 ¡Yo contaba ganancias y Él contaba pérdidas!
 Medí mi valor por las cosas que ganaba,
 Él me midió por las cicatrices que soportaba.
 ¡Yo contaba honores y buscaba grados!
 Él lloraba al contar las horas que pasaba de rodillas.
 Nunca supe hasta que estuve junto a la tumba
 Lo vanas que son las cosas con las que queremos
 salvar nuestras vidas
 Autor desconocido

A menos que le rindamos nuestra vida, lo que hacemos es mostrarle esa extraña falta de respeto de preferir nuestra propia inteligencia antes que la Suya, decirle que nosotros sabemos más que Él.

Lo Que Realmente Significa el Rechazo

A. Laidlaw, autor del muy usado folleto *El Porqué*, agrega una octava consideración: “Existe una falta de sinceridad en el compromiso del alma eterna con Dios para salvación y el abandono de la vida mortal. Nos atrevemos a confiar en Él para que nos salve del infierno y nos lleve al cielo, pero dudamos en dejarle el control de nuestras vidas aquí y ahora.”

Al dirigirse a los jóvenes, un orador de Keswick dijo esto: “La gente los llamará locos si se comprometen totalmente a Cristo. Yo digo: Sean tan locos como puedan por Jesucristo. Pero les voy a decir quiénes son los verdaderos locos. Son aquéllos que se paran a la sombra del Calvario, que miran el rostro del Redentor que muere comprándolos con Su sangre, y luego se van a hacer las cosas que quieren hacer, y viven de la manera que quieren vivir.”

Ésta es la lógica de la rendición total:

¿Qué te daré, Maestro?

A Ti que has muerto por mí.

¿Daré menos que todo lo que poseo,

O te daré todo a Ti?

Jesús, mi Señor y Salvador,

Tú has dado todo por mí.

No sólo una parte, ni la mitad de mi corazón,

Te lo daré todo a Ti.

Homer W. Grimes

Referencias

1. Hian, Chua Wee, *Vi al Señor, La Cruz y la Corona*, Carlisle, England: OM Publishing, 1992, pp. 134-135.

UN SACRIFICIO RETICENTE

¿No es extraño que cuando Dios llama a una persona, la reacción normal sea la resistencia?

Cuando el Señor encomendó a Moisés a pedir la liberación de Su pueblo, el patriarca protestó, “¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?” (Éx. 3:11). Y después agregó otra excusa: «¡Ay, Señor! Nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua.» (Éx. 4:10). Jeremías también se quejó con el Señor por haberlo elegido: «¡Ah! ¡Ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño» (Jer. 1:6).

En una parábola del Nuevo Testamento, un hombre noble les confió dinero a diez siervos para que lo invirtiesen. Pero ellos lo odiaron, diciendo: “No queremos que éste reine sobre nosotros» (Lc. 19:14). Saulo de Tarso se resistió tercamente al poder de convicción del Espíritu Santo, como vemos en las palabras del Salvador: “dura cosa te es dar coces contra el aguijón” (Hechos 9:5).

C. S. Lewis dijo que el Señor lo trajo pataleando y gritando, “el convertido más renuente de toda Inglaterra.” Muchos de nosotros podemos entender exactamente lo que él quiso decir, porque esa también fue nuestra experiencia.

Rebelión

Por años nos hemos desviado como ovejas que no querían más que seguir su propio camino. Pisando fuerte y

gritando desafiantes: “No queremos que este Hombre reine sobre nosotros.” Estábamos determinados a no dejarnos dirigir por nadie y que nadie interfiriera con nuestros planes y ambiciones.

Queríamos placer, y estábamos convencidos de que Dios no quería que lo tuviéramos. Él era nuestro aguafiestas cósmico. Queríamos la aprobación de nuestros pares; la aprobación divina no nos importaba para nada. Queríamos que el ego estuviera en el trono, y veíamos al Señor como un usurpador entrometido.

Entonces nuestra paz se fue desvaneciendo gradualmente. Viendo hacia atrás, notamos que alguien debe haber estado orando por nosotros. Sin ningún deseo de nuestra parte, comenzamos a conocer personas desinteresadas. Insistían en confrontarnos con Dios y Jesús, el pecado y la salvación, el cielo y el infierno. No importaba si estábamos en el trabajo o en un centro comercial. Los cristianos nos daban tratados. Veíamos “Jesús Salva” pintado en una roca. Encendíamos la radio o la TV, escuchábamos alguna mención de Dios, o del cielo, o del infierno. Parecía que la religión estaba en todas partes, tan común como una cabina telefónica o un anuncio de Coca Cola.

Estalla La Guerra

Comenzó la guerra. Le pedimos a Él que nos dejara en paz. Como Saulo de Tarso, estábamos pateando el aguijón, y estaba siendo difícil. De alguna manera, estábamos en guerra con el Omnipotente, pero también parecía que estábamos escapando de Él. En nuestra locura, intentábamos huir del que es omnipresente. Francis Thompson describió nuestra huida en *La Persecución del Cielo*:

Huí de Él, durante días y noches;
 Huí de Él, durante el transcurso de los años;
 Huí de Él, por los laberintos
 De mi propia mente; y en medio de lágrimas

Me escondí de Él, detrás de un mar de risas.
Por esperanzas divisadas, me apresuré;
Y apunté, precipitado,
Hacia las angustias titánicas de mis temores abismales,
Esos fuertes pies que perseguían, que venían detrás.
Persecución sin prisa,
Paso imperturbable,
Velocidad deliberada, majestuosa premura,
Golpean—y una Voz golpea
Más constante que los Pies—
“Todo te traiciona a ti, pues tú me traicionaste a Mí.”

No tenía sentido. Estábamos peleando contra nuestros mejores intereses. Pensábamos que el Salvador nos estaba robando el placer cuando Él quería que disfrutáramos del verdadero placer. Pensábamos que Su voluntad era mala, indeseable y horrible. Y de hecho era lo mejor en todo aspecto. Él quería salvarnos de los pecados que nos estaban arrastrando al infierno. Quería darnos vida eterna como un regalo. Él no vino a robarnos, matarnos o destruirnos, sino para darnos una vida más abundante.

Esto me recuerda a un predicador radial que se estaba preparando para retirarse por la noche, cuando de pronto sonó el teléfono. Era una agradecida y entusiasta oyente de su programa. Estaba en la estación de trenes y tenía un tiempcito disponible para visitarlo a él y su esposa. El predicador puso todo tipo de excusas. Era un largo camino desde la estación. Ella dijo que tomaría un autobús. Pero él le advirtió que los autobuses dejaban de circular en media hora. No importa: ella tomaría un taxi. Finalmente, cuando se quedó sin excusas, le dijo que viniera. El taxi llegó. Ella llegó a la puerta y se quedó durante un corto tiempo. Cuando se iba, puso un paquete de dinero en su mano. Todo lo que ella quería era ayudarlo a comprar tiempo para el programa radial.

Más tarde él confesó: “Me alegro tanto de haberla dejado venir.”

Así fue con nosotros. Cristo vino a golpear nuestra puerta en medio de rayos de sol y lluvia. Nosotros teníamos el control del pestillo y lo mantuvimos a Él sin dejarlo entrar. No tratábamos de esta manera a nuestros amigos y vecinos. Todo lo que Él quería era darnos vida eterna.

Búsqueda Inútil

Seguimos intentando encontrar placer desesperadamente. Estábamos bebiendo de cisternas rotas. Y Cristo nos ofrecía un agua que, si bebíamos de ella, haría que no tuviésemos sed jamás. Queríamos a nuestros pecados más de lo que queríamos a Cristo.

Hubo momentos en los que nos debilitamos cuando pensamos que quizá deberíamos aceptar al Salvador. Después de todo, el predicador dijo que teníamos todo para ganar y nada para perder. Pero, ¿qué pensarían nuestros amigos? Estábamos avergonzados. Avergonzados de Jesús. La idea de confesarlo frente a otros hacía correr escalofríos por nuestra espalda. No, jamás podríamos contarle a la gente que habíamos sido salvos, que habíamos nacido de nuevo. Podíamos escuchar sus risas burlonas y comentarios menospreciantes. Ya podíamos ver sus miradas sarcásticas.

Convicción

A esta altura, la convicción de pecado había llegado muy profundo. Día y noche sentíamos que la mano de Dios pesaba sobre nosotros. Como David, “se volvió (nuestro) verdor en sequedades de verano” (Sal. 32:4). Si intentáramos alegar nuestra bondad, el Espíritu de Dios nos recordaría nuestros pensamientos. Era obvio que nadie con una mente contaminada como la nuestra podría entrar jamás en el reino de Dios. Cuando debíamos estar durmiendo, estábamos despiertos, conscientes de la carga de pecado que estaba sobre nuestros hombros y temerosos del justo castigo que nos esperaba. El

infierno ya no sólo era parte de un insulto que usábamos a la ligera; era una terrible realidad.

Con una hipócrita habilidad, intentamos esconder de nuestros amigos las emociones que surgían de nuestras almas. ¡Qué buenos actores éramos! Pero estábamos consumidos por el temor y la confusión, una masa enredada de contradicciones. Francamente, nuestra vida se estaba desmoronando. Como C. S. Lewis, sentimos “el constante e implacable acercamiento de Aquél que (nosotros) deseábamos no encontrar.»

Salvación

Finalmente llegó el día que tanto habíamos temido. Despojados de nuestra fuerza y nuestro orgullo, gemimos lastimeramente expresando nuestra rendición incondicional:

No quiero, pero me entrego, me entrego;
 No puedo resistirlo más,
 Me hundo movido por un amor que muere
 Y te pertenece a Ti, conquistador.

Sucedió mientras los cristianos cantaban el himno de Charlotte Elliott:

Tal como soy, sin más decir,
 Que a otro, yo no puedo ir
 Y Tú me invitas a venir,
 Bendito Cristo vengo a Ti.

Tal como soy, sin demorar
 Del mal queriéndome librar
 Me puedes sólo Tú salvar
 Bendito Cristo vengo a Ti.

Tal como soy, en aflicción
 Expuesto a muerte, perdición

Buscando vida, paz, perdón
Bendito Cristo vengo a Ti

Tal como soy, Tu grande amor
Me vence y con grato ardor
Servirte quiero mi Señor
Bendito Cristo vengo a Ti

El acecho había terminado. La Persecución del Cielo nos había alcanzado. Allí estábamos agotados a los pies de la cruz, débiles e indefensos. Ya no nos importaba lo que nuestros amigos pensaban de nosotros, sino lo que Él pensaba. En ese momento nos dimos cuenta de que nuestro supuesto Enemigo y Perseguidor en realidad era nuestro Mejor Amigo. Nuestros temores no tenían fundamento. Al huir del Señor, habíamos estado temiendo una bendición.

La guerra había terminado. Ahora teníamos paz con Dios a través del Señor Jesucristo. Ahora estábamos del lado del Ganador. Y esos irritantes cristianos que solían aturdimos, de pronto eran nuestros hermanos y hermanas a quienes estábamos profundamente agradecidos.

Lewis pregunta: “¿Quién puede adorar adecuadamente a ese Amor que abrirá las puertas al pródigo que es traído pataleando, luchando, resintiendo y moviendo los ojos en todas direcciones buscando una oportunidad de escapar?”

Una Nueva Batalla

Pero había comenzado otra batalla. Cierto, habíamos confiado en el Señor la salvación eterna de nuestras almas. Pero ahora nos enfrentábamos a otra pregunta. ¿Le rendiríamos nuestras vidas para servirle? ¿Podríamos confiar en Él para que dirigiera nuestras vidas aquí en la tierra?

Una vez más nuestras tercas voluntades tomaron gran velocidad. Sabíamos lo que teníamos que hacer pero no estábamos preparados para hacerlo. Sabíamos que la lógica divina

apuntaba hacia la rendición total, pero eso podría interferir con lo que habíamos planeado para nuestro futuro: un matrimonio idílico con lindos hijos; una profesión u ocupación que nos brindara una buena entrada y una reputación exitosa en la comunidad; una casa mejor que la promedio en el sector bonito de la ciudad; comodidad, seguridad, placer - y, ¡ah sí! - algo de tiempo para servir al Señor.

En apariencias, el mundo era nuestro caparazón. Todo estaba marchando a nuestra manera. Nuestros parientes y amigos hablaban de nuestro éxito. Lo que ellos no sabían era que había una profunda inquietud en nuestros corazones. Sentíamos que estábamos persiguiendo las sombras. Bajo la superficie nos encontrábamos luchando con la rendición total.

Teníamos miedo. Miedo de lo que podría llegar a ser Su voluntad para nosotros. Claro que no sería una vida tan glamorosa como la que habíamos ideado. Nos batimos en un duelo con Dios y pasamos mucho tiempo escuchando nuestras vacilaciones. Jamás nos pusimos a pensar que el Señor tenía para nosotros opciones mucho mejores que las que habíamos imaginado. Opciones en las que podíamos encontrar satisfacción. Opciones que nos harían delirantemente felices.

Rendición

Finalmente, reconocimos nuestra necedad. El Espíritu Santo removió las vendas de nuestros ojos. Vimos que el Dios de amor infinito no quería nada más que lo mejor para Sus hijos. Nos tropezamos con el hecho de que Su voluntad es lo mejor. Así que, hicimos algo que no habíamos hecho nunca antes. Por primera vez, nos arrodillamos y nos entregamos a Él como un sacrificio vivo. Dijimos: “Señor, donde quieras, cuando quieras, lo que quieras.” Era tan lógico. Tenía tanto sentido. ¿Cómo podíamos hacer menos que entregarle lo mejor de nosotros y vivir completamente para Él, después de todo lo que había hecho por nosotros?

Ya habíamos entregado nuestras vidas para salvación. Ahora se las estábamos entregando para el servicio. Dijimos:

Jesús, Amo y Señor, el amor divino ha vencido,
 Por tanto, responderé Sí, a toda Tu voluntad.
 Libre de las ataduras de Satanás, soy Tuyo para
 siempre;
 De ahora en adelante, cumple todo Tu propósito en mí.
 E. H. Swinstead

Pero, con el pasar del tiempo, aprendimos una dolorosa lección. Nuestro sacrificio vivo tenía la mala costumbre de bajarse arrastrando del altar. Era un sacrificio resistente en toda su potencia.

Nos dimos cuenta de que la crisis de la entrega no fue suficiente. El compromiso de por vida tenía que ser seguido de un compromiso continuo. Cada mañana teníamos que venir al Señor y renovar nuestra consagración. Cada mañana teníamos que cambiar nuestra voluntad por la de Él. Así que comenzamos a arrodillarnos diariamente a los pies de nuestra cama para decir: "Señor Jesús, yo me dedico a Ti por las siguientes veinticuatro horas."

Y a medida que Su voluntad se iba revelando, descubrimos la verdadera razón de nuestra existencia. Encontramos nueva paz y serenidad en nuestras vidas. Éramos humildemente conscientes de que Dios estaba obrando en y a través de nosotros, y que cada vez que nuestra vida tocaba otras, algo sucedía para Dios.

Habiéndonos vuelto al Señor, vivíamos cada día creyendo que Él estaba guiándonos, controlándonos y usándonos.

Viendo hacia atrás, vemos cuán acertadamente captó T. Monod la historia de nuestro sacrificio resistente en estas líneas:

Oh, qué amarga vergüenza y dolor
 Puede cargar un momento
 Cuando dejé que la compasión del Salvador

Rogara en vano, y orgullosamente respondí,
Todo de mí, y nada de Ti.

Así Él me encontró; yo lo contemplé
Sangrando en el maldito madero;
Lo oí orar, perdónalos, Padre,
Y mi deseoso corazón dijo débilmente,
Algo de mí, y algo de Ti.

Día a día Su tierna compasión,
Sanadora, amable, plena y libre,
Dulce y fuerte, y tan paciente,
Me hizo rendir más y susurrar,
Menos de mí y más de Ti

Más alto que los más altos cielos,
Más profundo que el más profundo de los mares,
Señor, Tu amor venció al fin:
Concédeme ahora la petición de mi corazón,
Nada de mí, y todo de Ti.

TRIVIALIDADES

Cuando Cristo está en control, Él nos libra de desperdiciar nuestras vidas en trivialidades. Nos garantiza que tendrán un impacto eterno. Quizá no lo notemos al principio, pero de todas maneras es una realidad.

Uno de los dolores de vivir es ver que las personas que fueron creadas a imagen de Dios malgasten su tiempo en trivialidades. Es particularmente triste ver cristianos prostituyendo su fuerza y talentos en algo que no tiene trascendencia.

Cómo Malgastar Una Vida

Con un mundo que se muere, ¿quién que esté cuerdo querría dar lo mejor de su vida analizando el contenido microbio de las camisas de algodón? ¿O el cambio de color con el que reaccionan las papas fritas? ¿O las deficiencias minerales del tomate y el cardo? Una cosa es trabajar entre papas y cardos para proveer para la familia. Pero algo totalmente diferente es hacer de eso el centro de nuestra vida.

Corrie Ten Boom escribió: “Cuando una casa está en llamas y usted sabe que hay gente en ella, sería un pecado ponerse a enderezar los cuadros de esa casa. Cuando el mundo a su alrededor está en gran peligro, las obras que en sí mismas no son pecaminosas pueden llegar a volverse un gran error.”

Vance Havner dijo que muchas personas así “se ahogan en charcos de problemas insignificantes y no tienen tiempo para las grandes preocupaciones. Y cuando dichas personas salen del acto de la vida, es como si nunca hubieran estado en

el mismo.” Sus vidas no han sido tanto como el transitar de un hombre, sino más bien como lo que Jowett llamó “el paso de una ameba.”

¿Qué oportunas son las palabras de Cornelius Plantinga, Jr.?:

“La carrera de la Nada—vagando por tiendas, matando el tiempo, charlando banalidades, mirando programas de televisión hasta que conocemos mejor a los personajes que a nuestros propios hijos... convierte la vida en un bostezo dedicado al Dios y Salvador del mundo. La persona que no se agita, la persona que se entrega a la Nada, le dice a Dios: ‘Nunca hiciste nada interesante y como consecuencia no redimiste a nadie, incluyéndome a mí.’”¹

¿Eso Es Todo?

¿No existe nada mejor que hacer goles en un partido de fútbol? ¿Debemos llegar a la cima de una ambición mundana para darnos cuenta de que no hay nada allí?

Aun el apóstol Pedro pareció olvidar sus prioridades como un punto importante de su vida. El Señor Jesús había resucitado de los muertos. El mundo necesitaba escuchar desesperadamente el mensaje de salvación a través de la fe en Él. La principal preocupación de Pedro era pescar en el mar de Galilea. Los tiempos no han cambiado. Escuchamos el mensaje que trae perdón de pecados y eternidad en el cielo, y decimos: “Me voy a jugar golf.”

Con frecuencia pienso en la manera en que James Dobson aprendió una valiosa lección a través de jugar Monopolio:

“Hace poco mi familia jugaba Monopolio, y era la primera vez que yo jugaba en quince años. No pasó mucho hasta que el viejo entusiasmo afloró, especialmente cuando comencé a ganar. Todo me iba bien, y me convertí en el primero del juego. Ya poseía el Paseo Marítimo y el

Parque, tenía casas y hoteles por todas partes. Mi familia estaba en la ruina y yo amontonaba billetes de \$500 en mis bolsillos, bajo la mesa y el asiento. De repente, el juego terminó. Yo había ganado. Shirley y los niños fueron a acostarse, y yo comencé a guardar todo en la caja. De pronto fui golpeado por un sentimiento de vacío. Toda la emoción que había experimentado momentos atrás no tenía fundamento. No poseía nada más que aquéllos a quienes había vencido. ¡Todo tenía que volver a la caja!

El Señor me mostró que había una lección que aprender más allá del juego. Me di cuenta de que también estuve siendo testigo del juego de la vida. Luchamos y acumulamos y compramos y poseemos y refinanciamos, y de pronto llegamos al final de la vida y tenemos que poner todo en la caja. ¡No podemos llevarnos ni un centavo! No hay caravana que nos acompañe por el Valle de las Sombras.”²

Es tiempo de que pongamos a un lado la diversión y los juegos. La visión de Cristo en la cruz debe liberarnos de las trivialidades y poner nuestra mira en metas de significado eterno.

En su libro *La Vida Oculta*, Adolf Saphir tenía un carisma especial con los jóvenes:

“Que tu biografía no se resuma: “Se volvió a Dios en su juventud, y luego se entibió, absorto en los intereses y negocios y las demandas sociales del mundo, y poco tiempo antes de morir, vio su error, y sintió que era necesario hacer algo. Por años, su vida espiritual apenas se sostuvo con las oraciones de amigos y los servicios semanales del templo. Podría haber sido un pilar en la Iglesia, pero sólo fue una carga.”

Referencias

1. Citado en *El Cristianismo de Hoy*, noviembre 1994, p. 6.
2. Citado en *Decisión*, diciembre 1981, p. 12.

CAMBIO DE CARRERA

A veces el tipo de compromiso que hemos estado describiendo nos lleva al cambio en la carrera de una persona. Dios puede llamar a alguien a salir del trabajo secular para servir a tiempo completo para el Reino. Pero tal cosa es como un campo minado. Necesita mucha preparación. De otra manera nos meteremos en problemas.

Primero, está la palabra secular. Un concepto erróneo es que nuestro trabajo de lunes a viernes es secular; y lo que hacemos el día del Señor es sagrado. No debería existir tal dicotomía para el creyente. Trabajar en un torno puede ser tan santo como enseñar la Biblia si se hace para la gloria de Dios. Un ambiente de oficina puede ser un lugar santo para cristianos que testifican con su vida, con sus palabras y por la calidad de su trabajo. El tiempo pasado en el taller del carpintero en Nazaret fue tan santo como los tres años y medio del ministerio público de Jesús. El trabajo puede ser secular, pero no tiene por qué serlo; ningún trabajo denominado secular debería ser lo más importante de nuestra vida.

La otra expresión que necesita explicación es servicio a tiempo completo. Cada hijo de Dios es un ministro según el Nuevo Testamento. Efesios 4:12 deja claro que Dios otorgó dones para capacitar a los santos para la obra del ministerio. Así que, técnicamente no es acertado decir que sólo parte de la iglesia está en el ministerio a tiempo completo. Esa es una función de todos los miembros. El hecho es que Dios llama a algunos a dedicar su tiempo exclusivamente a predicar, enseñar y pastorear, y son sustentados por las

ofrendas de otros creyentes. (Iba a decir, “por creyentes que se ganan la vida trabajando,» pero se veía desfavorable para nuestros esforzados misioneros y los que trabajan en el hogar.)

Hay muchas ideas confusas acerca del ministerio cristiano. Cuando un joven muestra un interés fuera de lo común en estudiar la Biblia, o un don especial para predicar, la conclusión inmediata es que debe ir al seminario y convertirse en ministro. Y ahora que hay otras denominaciones que están nombrando mujeres, esta idea también se ha volcado a esa dirección. Esta forma de pensar, primero que nada, no es bíblica. Si el entrenamiento en el seminario fuera un requisito para el servicio cristiano, tendríamos que eliminar a Jesús, a los discípulos y al apóstol Pablo. La iglesia primitiva no sabía nada de tal sistema clerical impuesto por los hombres o del ministerio de un hombre solo. Y ciertamente que el clero femenino está prohibido por la Palabra (1 Ti. 2:12).

Además, este pensamiento provee una visión escasa de lo que significa el ministerio. Restringe la palabra a la predicación o enseñanza detrás de un púlpito. Lo cierto es que la Palabra abarca cualquier forma de servicio para el Señor. Todos los creyentes que sirven de acuerdo con la Escritura son ministros sin importar la edad o el sexo.

A veces el Señor llama a hombres y mujeres a que salgan de la fábrica, la tienda o la oficina para que puedan servirle sin distracciones o limitaciones de tiempo. La persona pasa por un período de búsqueda del alma. Lo que los profetas llamaron “la carga del Señor” está sobre ella. Está consciente de que el Señor le ha hablado y está depositando en Él una pasión espiritual creciente. Siente una palmadita divina en el hombro. No puede resistirlo - y tampoco quiere. James Stewart describe esta experiencia así:

Una vez que cualquier hombre ha mirado los ojos de Cristo y ha sentido el magnetismo de Su estilo de vida, nunca más estará conforme con los ideales y estándares que antes que llegara Cristo parecían adecuados. Cristo lo ha desviado a otra

cosa. Los viejos estándares de valores se han convertido en cenizas y polvo.

Pedro abandonó su carrera un día que su red estaba tan llena de peces que se estaba rompiendo. Tuvo que pedir ayuda a otra barca. Ambas barcas estaban tan llenas que comenzaron a hundirse. Ahí fue cuando Jesús dijo: "No temas. De ahora en adelante pescarás hombres."

Curando Almas, No Cuerpos

La dirección de Dios viene de maneras diferentes. Por ejemplo, un cristiano puede sentirse gradualmente frustrado por la forma inútil en que está viviendo su vida. Cuando el Dr. Martin Lloyd-Jones abandonó la lucrativa y prestigiosa práctica médica para predicar el evangelio, sus amigos no lograron entenderlo. Dejemos que él nos cuente su historia:

"La gente me decía: '¿Qué razón hay para abandonar un buen trabajo - una buena profesión - después de todo, la profesión médica, por qué abandonarla? Si hubieses sido un apostador, por ejemplo, y hubieras querido dejar eso para predicar el evangelio, entenderíamos y estaríamos de acuerdo contigo en que es algo grandioso. Pero la medicina - una buena profesión - ¡que sana enfermos y alivia el dolor! Un hombre hasta llegó a decir: 'Si fueras un abogado y abandonararas eso, te daría una palmada en la espalda, ¡pero dejar la medicina!' 'Bueno', sentí decirles, 'si supieran más sobre el trabajo de un doctor, entenderían.' Nosotros... pasamos la mayor parte de nuestro tiempo mejorando a la gente para que vuelva a su pecado. Vi hombres enfermos en sus camas, les hablé de sus almas inmortales, prometieron grandes cosas. ¡Luego mejoraban y volvían a su antiguo pecado! Me di cuenta de que estaba ayudando a estos hombres a volver a pecar, así que decidí no invertir más en eso. Quería sanar almas. Si un hombre tiene el cuerpo enfermo pero el alma sana,

estará bien siempre; pero un hombre que tiene un cuerpo sano y un alma enferma, estará bien por más o menos sesenta años y luego tendrá que enfrentar una eternidad infernal. ¡Ah sí! A veces tenemos que dejar esas cosas que son buenas por lo que es mejor - el gozo de la salvación y la renovación de la vida".¹

Otro doctor dijo que dejó el bisturí para concentrarse tiempo completo en el instrumento que es más acertado, confiable, y agudo que el más moderno bisturí láser, la Palabra de Dios.

El encargado ejecutivo de una cadena de supermercados le contó a un amigo cristiano que iba a dejarlo todo. Cuando se le preguntó por qué, él contestó: "En la noche nunca me voy antes de las seis, y todavía tengo que llevar trabajo a casa. Cuando mi día de trabajo termina, no tengo tiempo ni energía para las cosas de Dios. El precio respecto a lo eterno, es demasiado caro."

Fuera de la Fuerza Aérea

Jerry White dejó el prestigioso mundo de la ciencia y tecnología espaciales para entrenar discípulos cristianos. Él declaró: «La obra cristiana a tiempo completo era una carrera en la que no tenía interés o inclinación alguna. Al comienzo de mi vida cristiana no me sentí guiado hacia ella, ni me resultaba atractiva. Sin embargo, alrededor de la medianoche de una noche de mayo de 1972, me encontré de rodillas diciéndole a Dios que estaba dispuesto, y que dejaría mi carrera como oficial de la Fuerza Aérea para servir a tiempo completo en la obra del Señor.»

"Muchos criticaron mi decisión. Algunos estaban escépticos. Un oficial retirado me dijo que estaba 'loco.' Mi abuela lloró. Mi esposa al principio estaba temerosa. La mayoría de mis parientes estaban en *shock*. Otros pensaron que era un gran paso de fe. El paso parecía ilógico, porque me

quedaban sólo 6 años y medio de servicio para jubilarme. Muchos pensaron que debía esperar hasta entonces.”²

Cuando White abandonó su carrera en la Fuerza Aérea para servir al Señor a tiempo completo, estaba marchando al compás de un percusionista diferente. “No era que el pasto fuera más verde,” escribió luego, “aunque sí lo era. No era que había mayor seguridad - aunque la había. Sólo era una profunda convicción de que Dios estaba llamando.”²

Jenny Lind, la famosa cantante de ópera sueca, se convirtió en Nueva York y poco después decidió abandonar el escenario para siempre. Un día una amiga la encontró sentada en la playa con una Biblia abierta en su falda. La amiga le preguntó por qué había dejado una carrera tan brillante. Jenny contestó: “Cada día que pasaba, el negocio me hacía pensar menos en mi Biblia y en casi todo lo que hay más allá de esta vida - ¿qué más podía hacer?”

Un artista cristiano había estado pintando un cuadro de una joven escasamente vestida que cargaba un bebé contra su pecho, sin techo, en una calle oscura en medio de una tormenta. De pronto, tiró el pincel sobre la paleta y dijo: “En vez de sólo pintar a los perdidos, saldré a salvarlos.” Esa decisión lo guió hasta Uganda como misionero.

Siempre tengo que reír cuando pienso en lo que los amigos de C. T. Studd le dijeron cuando Dios lo llamó al campo misionero: “Estás loco, vas a dejar el cricket para ser misionero. ¿No podías esperar hasta terminar tus días de cricket? ¿No crees que sea posible causar un mayor impacto para Dios siendo un jugador de cricket? ¿Por qué irás como misionero a un lugar en el que ni siquiera han oído hablar del cricket?” Pero Studd estaba abandonando la inutilidad para encontrar la plenitud. Estaba dejando la fantasía para encontrar la realidad.

Tres creyentes estaban sentados alrededor de una mesa, disfrutando de una comida y hablando sobre ocupaciones y vocaciones. Uno le preguntó al doctor: “¿Cuál es el tema de su tesis?” Él contestó, “El límite hidrodinámico para el pro-

ceso totalmente asimétrico de exclusión simple con parámetros de velocidad no constantes.” Luego de recuperarse de la sobrecarga verbal, el tercero preguntó: “¿Cuál es la diferencia que marcará?” El doctor, un discípulo de Jesús espiritual y comprometido, pensó un minuto. Pareció una larga pausa. Luego dio esta memorable respuesta: “Mi incapacidad para contestar tales preguntas es la razón por la que he decidido abandonar ese campo.”

Muchos han hecho un cambio de carrera porque han sentido que se estaban enredando demasiado en las cosas de esta vida. El Dr. Alexander Maclaren escribió:

“En el tiempo de Pablo no existían los ejércitos permanentes, los hombres eran convocados de sus ocupaciones comunes y eran enviados a pelear. Cuando se oía el llamado repentino, el arado quedaba en el surco, y el tejido en el telar, el novio salía corriendo dejando a su novia, y quien estaba de duelo desde junto al féretro. Todas las industrias se paralizaban mientras que los hombres de la nación estaban en el campo.”³

Guy H. King agregó sus comentarios al de Maclaren:

“No debía permitirse enredarse con intereses civiles, cuando supuestamente todas sus energías debían estar dedicadas a la guerra. En ese momento, debía renunciar a todo lo que pudiera perjudicar su servicio. Tal sacrificio debería verse en el soldado de la cruz. Puede que se encuentre con que tiene que dejar ciertas cosas, ciertos intereses, ciertos hábitos, ciertos entretenimientos y aun ciertos amigos - no porque estén mal en sí mismos, sino porque son una trampa, un enredo para él; se interponen en el camino de su éxito como soldado. No criticará a sus compañeros cristianos si ellos no encuentran daño alguno en esas cosas - no es su asunto criticar; aunque cuando se le pregunte, tiene la libertad de dar su opinión, y explicar

la razón por la que las evita. Cualquier cosa que interfiera y no nos permita ser lo mejor que podemos ser para Él, debe ser sacrificado - aunque para otros no sea dañino, aunque sea atractivo para nosotros; aun sea algo tan preciado como una mano, o un pie, o un ojo (Mt. 18:8-9). Tiene que quedar claro que hay muchas cosas en esta vida que, para el soldado cristiano, son simples deberes, cosas familiares, asuntos sociales, temas de negocios, cosas que tienen que ser atendidas - y hechas de la mejor manera por el simple hecho de que es cristiano. Pero el punto yace en la palabra "enredo"; ahí descansa el énfasis. Cuando algo, por más que sea legítimo, se convierte en un motivo de enredo, debe resolverse de manera severa y sacrificial." 4

Qué Hacer

Cuando una persona está convencida de que recibió una palmada divina en el hombro, debe compartirlo con los líderes de la iglesia. Ningún hombre es capaz de juzgar eficazmente su propio don espiritual o su adecuación en el servicio. Los líderes sabrán si se está escapando del trabajo, si ha sido un fracaso en todo lo demás, si está desempleado y ve esto como una solución.

Como ya hemos visto, en casi todos los verdaderos llamados de Dios, existe cierta medida de resistencia, un sentido de impropiedad humana. Moisés lo experimentó, y Jeremías. Pero la insistente voz de Dios apaga las dudas. Hay sólo un rumbo hacia el cual ir, y es hacia adelante.

Entonces, ¿cuál es la conclusión? ¿Qué es mejor, una ocupación secular o el trabajo cristiano a tiempo completo? La respuesta es que no hay nada mejor que estar en el lugar que Dios elija, dondequiera que eso sea.

Pero, ¿cómo podemos saberlo? Hay sólo una manera. Es entregarnos al Señor sin reservas. Significa volver nuestras vidas a Él, no sólo para salvación sino también para el servi-

cio. Significa presentar nuestros cuerpos a Él como un sacrificio vivo. Cuando cambiamos nuestra voluntad por la Suya, después es Su responsabilidad mostrarnos exactamente lo que quiere que hagamos. Y cuando Él nos lo muestre, la dirección será tan clara que negarse sería desobedecer conscientemente.

Lo escuché llamar: "¡Ven sigueme!"

Eso fue todo.

Mi oro terrenal se opacó,

Mi corazón fue tras de Él,

Me levanté y Lo seguí—

Eso fue todo.

¿No lo seguirías

Si Lo escucharas llamar?

Amy Carmichael

Un Problema Potencial

A veces se levanta un problema cuando en el horizonte se vislumbra un cambio de carrera. El llamado viene fuerte y claro a una parte del matrimonio, pero la otra persona no lo escucha. Como el caso de una pareja que ha estado sirviendo en el extranjero por quince años. Ahora Glen (sólo los nombres son ficticios) siente que ha llegado el momento de regresar a casa. Pero Gwen todavía sigue sintiéndose fuertemente llamada a la obra misionera. Ella ha sido una obrera sobresaliente, se ha perfeccionado en el idioma, se ha identificado con las personas y, de hecho, se siente más en casa en el campo misionero que en su país. ¿Y qué iba a hacer? ¿Cómo resolverían este aparente conflicto? (En este caso, ella se sometió a la dirección de su esposo.)

El conflicto podría darse de la otra manera. Podría ser que Roy siente que el Señor le está guiando al servicio tiempo completo, pero Ruby no comparte su visión. El instinto de nido es fuerte; ella es controlada por la necesidad de seguri-

dad para ella y sus hijos. Ella no encuentra paz en perturbar el *status quo*. Es torturada por temores y dudas.

Al buscar una solución para el problema, es importante conocer el grado de falta de compromiso del cónyuge reticente. Si es la esposa y ella está dispuesta a seguir a su esposo, eso es suficiente autorización para que él siga adelante. Sé de una mujer que no sentía que Dios la llamaba a ser misionera, pero estaba dispuesta a ser la esposa del misionero.

Sin embargo, si la esposa se opone tercamente, sería una locura que él hiciera movimiento alguno. Son una carne (Ef. 5:31). Él no debe usar Efesios 5:22 (“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor”) como un arma para obligarla a someterse. Él debe respetar su juicio e intuición espiritual, reconociendo que puede ser la manera que Dios use para salvarlo de un desastre espiritual. Y si ella cambiara de opinión involuntariamente, no sería una buena ayuda para él.

Lo mejor que él puede hacer es continuar en oración. Dios es capaz de traer un cambio. Lo ideal, por supuesto, es cuando ambas partes en un matrimonio están totalmente comprometidas a trabajar cooperativa y alegremente en cumplir la voluntad de Dios. El hombre debe orar que el Señor ponga esa unidad.

Si no sucede, entonces debe permanecer en su trabajo actual sin recriminaciones, reconociendo que éste es el camino dispuesto para él. El Señor le recompensará por su deseo, aun cuando no haya sido capaz de verlo cumplido. Mientras tanto, debería involucrarse con su pareja en el servicio local.

Es posible que un cónyuge no sólo prohíba que el otro cambie, sino que se opone firmemente a cualquier involucramiento en el servicio cristiano. Éste es el peor de los casos. A no ser por intervención divina, la vida se vuelve una coexistencia pasiva. La única opción es la continua oración.

Una Pregunta Indagatoria

Considerando el tema de las carreras, tenemos que recordar una pregunta indagatoria que hizo Michael Griffith:

«¿Qué tendremos para mostrar de nuestra vida? ¿Será medida por sus pequeñas recompensas y éxitos, algunos certificados de educación, algunos trofeos de plata por proezas atléticas, algunas medallas, algunos recortes de periódicos, promoción de nuestra profesión, estatus en la comunidad, una buena jubilación, una nota en el obituario, y un funeral concurrido? ¿Eso es todo lo que habrá significado nuestra vida?»⁵

Referencias

1. Del sermón *Al César lo que es del César; y a Dios lo que es de Dios*, abril 28, 1929.
2. *Tu trabajo: ¿sobrevivencia o satisfacción?* Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1977, p. 99.
3. Citado por Guy H. King, *A mi hijo*, Fort Washington, PA.: Christian Literature Crusade, 1958, pp. 43-44.
4. *Ibid.*
5. Documentación no disponible.

ES UNA CRISIS

Cuando hablamos de la crisis del compromiso, nos referimos a la primera vez que una persona entrega su vida al Señor para hacer lo que Él desee. Sería agradable pensar que esto sucede en el momento de la conversión. A veces pasa, pero no siempre.

A menudo, cuando una persona es salva, él o ella conocen muy poco. Sólo pueden decir: "Era un pobre pecador perdido pero Jesús murió por mí." O pueden decir: "Estaba ciego pero ahora veo." Sin embargo, cada uno confía en el Salvador y en Su obra consumada de salvación. Esa es la extensión de su teología actual.

Luego, a medida que crecen en la fe, la magnitud de lo que sucedió en el Calvario comienza a hacerse viva en ellos, y experimentan una creciente convicción de que el Señor Jesús merece todo lo que son y tienen. Aun allí puede haber una lucha respecto a dejar planes y ambiciones personales. Es por eso que las palabras entrega y rendición describen tan acertadamente la crisis del compromiso.

Al hacer este compromiso, la persona le está diciendo al Señor: "Donde sea que quieras que vaya. Lo que sea que quieras que diga. Lo que sea que quieras que haga." Y, "No te daré sólo parte, o la mitad de mi corazón, te daré todo a Ti." Sin reservas, nada menos que todo el corazón. Reconocen que debe ser todo o nada porque, como dijo Michael Griffith: "Existe una notable cualidad de todo-o-nada en las peticiones y mandamientos de Cristo." Desde ahora debe ser la voluntad de Dios - nada más, nada menos, nada fuera de eso.

Cuando hacemos ese compromiso, sabemos que estamos poniendo nuestra vida en el altar como un sacrificio vivo. Y al hacerlo, podemos decir:

Oh Hijo de Dios, que me amaste,
Sólo Tuyo seré;
Y todo lo que tengo y lo que soy, Señor,
que de ahora en adelante sea de Tu propiedad.
F. R. Havergal

Spurgeon lo puso de esta manera:

“Oh Dios grande e insondable, que conoces mi corazón, y pruebas todos mis caminos; con humilde dependencia en la ayuda de Tu Espíritu Santo, me rindo a Ti como un sacrificio racional, Te devuelvo lo que Te pertenece. Seré para siempre, total y perpetuamente Tuyo. Mientras esté en la tierra, Te serviré. ¡Qué pueda disfrutar de Ti y alabarte por siempre! Amén.”

El compromiso de Hudson Taylor fue similar:

“Recuerdo bien cuando puse mi ser, mis amigos, mi todo, sobre el altar, la profunda solemnidad que vino sobre mi alma con la certeza de que mi ofrenda era aceptada. La presencia de Dios se volvió inexplicablemente real y bendita, y recuerdo... haberme extendido en el suelo, acostado delante de Él con asombro y gozo indescriptibles. Para qué servicio había sido aceptado, no lo sabía, pero una profunda conciencia de que ya no me pertenecía tomó posesión de mí, y desde entonces no se ha borrado.

William Borden, Yale 1909, un retoño de millonarios, abandonó todo para llevar el evangelio a los musulmanes. Murió en El Cairo cuando viajaba a China a la edad de 26,

dejando un impacto en el mundo cristiano que aún se siente. De esta manera verbalizó su compromiso:

“Señor Jesús, en lo que respecta a mi vida, saco mis manos de en medio. Te pongo a Ti en el trono de mi corazón. Cámbiame, límpiame, úsame como Tú decidas. Tomo todo el poder de Tu Espíritu Santo. Te doy gracias.

Jim Elliot tomó en cuenta el costo, y luego oró:

“Padre, toma mi vida, sí, mi sangre, si así lo quieres, y consúmela con Tu fuego envolvente. No la guardaré, pues eso no me corresponde. Tenla, Señor, es toda para Ti. Derramo mi vida como una oblación por el mundo. La sangre sólo tiene valor si fluye delante de Tus altares.”

Una joven en Carolina del Sur tuvo una manera muy original de indicar su compromiso. Tomó una hoja de papel en blanco y puso su nombre en la parte de abajo. Fue su forma de aceptar la voluntad de Dios, sin importar cuál fuera. Se la entregó a Él para que agregara los detalles.

Pero, ¿qué sucede luego que una persona hace semejante renuncia? Algunos pueden tener una experiencia emocional. Otros quizás no. Pero debería experimentarse un sentimiento de alivio por haber hecho lo correcto. Debería tenerse la certeza de que el Salvador ha aceptado el sacrificio. Más allá de eso, los sentimientos no son importantes. Lo que realmente importa es que hayamos hecho un compromiso firme: “Amo a mi Dueño. No me iré en libertad.”

Jamás nos sucederá que hagamos algo extraordinario. A la luz de la Cruz, nosotros no hemos hecho ningún sacrificio notable. Podremos decir:

Pobre es mi sacrificio cuyos ojos
Son iluminados desde arriba.
Ofrezco lo que no puedo quedarme,

Lo que he dejado de amar.
Anónimo

Finalmente, nos daremos cuenta de que cualquier cosa menor a la entrega total sólo es “pecado pulido.”

¡Oh, quiebra todo lo que
Impide que mi corazón se acerque a Ti,
Quien murió para ganar mi corazón!
Todo otro amor, sea muy querido,
Sea de mucho tiempo, o fuerte, o cercano,
En el que Tú no seas el tema central,
Es sólo pecado pulido.
Sra. J. A. Trench

Existe una fábula que surge de vez en cuando, y aunque los detalles difieren, la moraleja es la misma. Una cuadrilla de una expedición de excursionistas llegó a un río. Una voz les dijo: “Tomen tantas piedras del río como deseen, luego crucen el río y sigan. Van a alegrarse y van a arrepentirse.” Las reacciones fueron variadas. Algunos tomaron tantas como pudieron cargar; y ya tenían una carga de artículos para acampar. Otros se contentaron con un puñado. Y otros entendieron que ya tenían suficiente dificultad en la vida y no sentían que necesitaban más.

Después de haber cruzado el río y caminar algunas millas, las piedras se volvieron esmeraldas. Estaban alegres por todas las que habían juntado, y arrepentidos de no haber tomado más.

De esa manera es también con el compromiso. Estaremos contentos por la medida en la que hemos entregado nuestras vidas al Señor. Y arrepentidos de no haberle dado más.

Al contemplar Su rostro,
Hermoso rostro, rostro ensombrecido por espinas.
Al contemplar Su rostro,
Desearía haberle dado más.

Más, tanto más:

Dar más de mi vida de lo que nunca había dado.

Al contemplar Su rostro,

Desearía haberle dado más.

Al contemplarle extender Sus manos,

Manos que reciben, manos heridas.

Al contemplarle extender Sus manos,

Desearía haberle dado más.

Más, tanto más:

Dar más de mi corazón de lo que nunca había dado.

Al contemplarle extender Sus manos,

Desearía haberle dado más.

Al contemplarle cuando me arrodillo a Sus pies,

Hermosos pies, pies rasgados.

Al contemplarle cuando me arrodillo a Sus pies,

Desearía haberle dado más.

Más, tanto más:

Dar más de mi amor de lo que nunca había dado.

Al contemplarle cuando me arrodillo a Sus pies,

Desearía haberle dado más.

A la luz de ese hermoso rostro,

Luz de Su rostro, maravilloso rostro.

A la luz de ese hermoso rostro

Desearía haberle dado más.

Más, tanto más:

Tesoros ilimitados que adoro en Él.

Al contemplar Su rostro,

Desearía haberle dado más.

Autor desconocido

A fines de la década de los '70, la Marina estadounidense desarrolló un sistema automático para aterrizar aviones en un portaaviones. El oficial controlador de aterrizaje instrúa al piloto a acomodar el avión en la cubierta en medio de la ne-

blina. A medida que el avión descendía, él decía: “Quite sus manos de los controles.” El avión se dirigía hacia la cubierta “inclinándose y moviéndose hasta que las computadoras corregían su curso en sincronización con las de la cabina.” El piloto estaba a salvo siempre y cuando quitara sus manos de los controles. De otra manera, podría provocar un accidente.

El Señor nos está diciendo: “Quita tus manos de los controles. Yo te guiaré a casa a salvo y con todo tu cargamento.”

ES UN PROCESO

Como ya se ha dicho, un acto de compromiso único no es suficiente. Lo que comenzó con una crisis debe continuar como un proceso. Tiene que haber un compromiso único definitivo seguido de un compromiso repetitivo. “El espíritu está dispuesto pero la carne es débil.” Ponemos la mano valientemente en el arado, pero cuando el costo del discipulado cae sobre nosotros, miramos hacia atrás. Por eso es que John Oxenham escribió:

Quien responde el insistente llamado de Cristo,
Debe darse a sí mismo, su vida, su todo,
Sin mirar atrás siquiera una vez;
Quien pone su mano en el arado,
Y mira hacia atrás con ansiedad,
Su llamado ha confundido.
Cristo lo reclama, completo, para Él;
Debe ser de Cristo y sólo de Cristo.

El remedio para esa tendencia de mirar hacia atrás es rededicarnos al Señor Jesús cada día. Charlotte Elliott lo expresó en este verso:

Renueva mi voluntad día a día;
Fúndela con la tuya y quita de mí
Todo lo que hoy me dificulta decir,
“Tu voluntad sea hecha.”

El obispo Taylor Smith solía arrodillarse al lado de su cama cada mañana y decir: “Señor Jesús, esta cama es Tu altar, yo soy Tu sacrificio vivo.”

Intercambio de Voluntades

Anne Grannis lo describió como un diario “intercambio de voluntades”.

Quiero mi vida tan libre del ego
 Que mi amado Señor pueda venir
 Y acomodar Sus propios muebles
 Y hacer de mi corazón Su hogar.
 Puesto que sé lo que esto requiere,
 Cada mañana cuando aún hay quietud,
 Me escabullo hacia ese cuarto secreto,
 Para entregarle a Él – mi voluntad.
 Él siempre la toma con gracia,
 Y me presenta la Suya;
 Estoy lista para encontrarme con el día
 Y cualquier tarea que haya que hacer.
 Así es como mi Señor controla
 Mis intereses, mis males;
 Porque nos encontramos al comienzo del día
 Para un intercambio de voluntades.
 Crea que Él Está en Control

Y luego, ¿qué ocurre? Probablemente nada sensacional. Si esperamos luces que brillen, campanas que suenen, o escalofríos que vibren por nuestro sistema nervioso, probablemente nos decepcionemos. Lo que sucede es que volvemos a nuestro trabajo normal sin fanfarrias. La mayor parte será rutina y lo cotidiano. Si hay tareas que particularmente no disfrutamos, las hacemos, sabiendo que son parte de la voluntad de Dios. Aceptamos cualquier cosa que nos mande – accidentes, interrupciones, o experiencias en la cima de la montaña – en respuesta a nuestro compromiso.

Un evangelista inglés llamado Harold Wildish tenía este útil consejo plasmado en el frente de su Biblia:

“Al dejar toda la carga del pecado, y descansar en la obra consumada de Cristo [salvación], también hay que dejar toda la carga de la vida y el servicio, y descansar en la presente obra interna del Espíritu Santo [consagración]. Darse uno mismo cada mañana para ser guiado por el Espíritu Santo, seguir adelante en alabanza y descanso, dejando que Él lo dirija a usted y a su vida. Cultivar a lo largo del día el hábito de depender y obedecer a Dios gozosamente, esperar que Él le guíe, le ilumine, le repruebe, le enseñe, le use y haga en y con usted lo que Él desee. Cuente con Su obra como un hecho, aparte de lo visual o los sentimientos. Creamos y obedecemos al Espíritu Santo como el gobernador de nuestras vidas, y apartémonos de la carga de intentar dirigirnos a nosotros mismos. Y luego, que el fruto del Espíritu aparezca en nosotros, como Él quiera, para la gloria de Dios.

Frances Ridley Havergal nos ofrece un consejo similar una vez que volvemos nuestras vidas al Señor:

Vayamos por el camino regocijándonos, creyendo que Él ha tomado nuestras vidas, nuestras manos, nuestros pies, nuestras voces, nuestros intelectos, nuestras voluntades, todo nuestro ser, para ser eterna, sola, y completamente para Él. Considerémoslo algo benditamente establecido: no por algo que hayamos sentido, o dicho, o hecho, sino porque sabemos que Él nos oye, y porque sabemos que es fiel a Su Palabra.

La vida quizá no parezca sensacional en ningún día en particular, pero los discípulos comprometidos experimentarán una paz y serenidad en su vida que no conocían. Experimentarán que los engranajes de la vida van encajando. De vez en cuando verán que suceden cosas que no sucederían de acuerdo a las leyes de oportunidad o probabilidad. Sabrán que Dios los está usando, y no será un conocimiento que produzca orgullo. Sea que lo sepan o no, su servicio brilla con lo sobrenatural, y cuando tocan otras vidas, algo sucede para Dios.

Ahora suponga que usted ha vuelto su vida al Señor y que cada día renueva su voto de compromiso con Él. ¿Cómo sabrá si Él tiene algún cambio importante para usted? ¿Cómo sabrá cuándo debe comenzar a moverse en otra dirección?

El requisito más importante para conocer la voluntad de Dios es caminar en comunión íntima con Él. Es necesario estar cerca para escuchar. J. N. Darby dijo: “La primera cosa necesaria para determinar la voluntad de Dios es estar en el estado correcto del alma.” Esto significa que confesará y abandonará todos los pecados conocidos tan pronto como se dé cuenta de ellos. Pasará tiempo en oración a diario, lo cual es un indicio de que está dependiendo del Señor y no de su propia inteligencia. Y al leer, estudiar, y meditar en la Biblia, usted se pondrá en la posición en que Dios puede hablarle.

La dirección no siempre viene rápidamente. El Señor nos enseña la bendición de esperar en Él. “La fe descansa en la seguridad de que Dios puede hablar lo suficientemente fuerte como para hacer que un hijo que espera Lo pueda oír. Nuestra parte es esperar tranquilamente hasta que estemos seguros” (C. I. Scofield).

Mientras está esperando, puede parecer que nada está sucediendo, pero en realidad el Espíritu Santo está obrando en su intelecto, emociones, y voluntad, para que cuando llegue el llamado, éste sea lo que usted quiere hacer. “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:13).

Permítame compartir algunos puntos que han sido útiles para mí en el área de la dirección divina:

Cuando busque la guía del Señor y no aparezca, la voluntad de Dios para usted es que se quede en donde está. O para ponerlo de otra manera: “La oscuridad adelante es luz en el lugar actual.”

Resista la tentación de crear su propia dirección: “He aquí que todos vosotros encendéis fuego, y os rodeáis de teas; andad a la luz de vuestro fuego, y de las teas que encendisteis. De mi mano os vendrá esto; en dolor seréis sepultados” (Is. 50:11). También resista la tentación de actuar impulsivamen-

te: "No seáis como el caballo, que han de ser sujetados con cabestro y con freno" (Sal. 32:9). Si realmente está confiando en el Señor, no tiene por qué apurarse: "el que creyere, no se apresure" (Is. 28:16c).

Espere hasta que la dirección sea tan clara que una negativa signifique desobediencia. Si desea sinceramente conocer la voluntad de Dios, jamás se la perderá.

Mientras espera, haga lo que le venga a la mano hacer. Un capitán dirige un barco cuando se está moviendo. Un ciclista conduce su bicicleta cuando se está moviendo. Por tanto Dios dirige a sus hijos cuando están cumpliendo con sus deberes.

Cuando enfrentaba un cambio importante de dirección en mi vida, le pedía al Señor que confirmara la dirección de dos o tres maneras diferentes. Para esto me baso en Deuteronomio 19:15: "Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación." Si recibía sólo un indicio de la voluntad de Dios, podía llegar a perdérmela. Pero cuando tenía dos o tres, la dirección era inconfundible.

A menudo sucede que cuando viene la palmadita divina, aparecen otras alternativas atractivas. Llegan como un tipo de ruta de escape, una salida de emergencia. Puede ser una táctica satánica para desviarlo del camino de la obediencia total. Pero probablemente no funcione. Usted ha pedido la voluntad de Dios. Él se la ha dado. Lo ha preparado para que la desee. Por tanto otras opciones no tendrán atracción duradera.

Durante toda la vida deberemos estar abiertos a un cambio de dirección. La dirección de ayer no necesariamente es la de hoy. Disfrute la emoción de nuevas aventuras con Dios.

Eso nos deja la pregunta de cómo el Señor revela Su voluntad. Él tiene una infinita variedad de maneras. Permítame mencionar sólo algunas.

Él dirige a través de la Palabra de Dios. Primero que nada, las Escrituras proveen una línea general de Su voluntad. Pero Él también habla por medio de un pasaje específico, que sin lugar a dudas es una respuesta a la oración. Otros pueden no verlo, pero para la persona que busca dirección, es la incon-

fundible voz de Dios. Una mujer de cincuenta y ocho años fue invitada a enseñar en un orfanato cristiano en Alaska. Ella tenía dudas respecto a aceptar o no debido a su edad. Pero una mañana el Señor le habló a través del Salmo 39:5: “Mi edad es como nada delante de ti.» Empacó y partió hacia Alaska.

Él habla por medio del consejo de cristianos maduros. Los líderes de la congregación local tienen que ser consultados. Ellos pueden ver los pros y los contras que pueden haber pasado desapercibidos por usted.

Él habla a través de otros. A veces un comentario aparentemente arbitrario de alguien que no conoce lo que hay en su alma, lo golpea como una indicación de que el Señor le está hablando.

Él habla por medio de la maravillosa convergencia de las circunstancias. El tiempo perfecto en que llega una carta escrita meses antes, por ejemplo.

Él habla a través de los obstáculos. Pablo y su equipo tenían prohibido por el Espíritu Santo predicar la Palabra en Asia. Más tarde intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu tampoco les permitió (Hechos 16:6-7). Dios quería a Pablo en Troas donde recibiría la visión de cruzar a Europa.

Él guía por medio del ejemplo de Cristo. “Dios nunca nos guiará hacia un camino que no se adecúe al carácter y enseñanzas de Cristo.» Él nunca nos pide que actuemos irracionalmente.

Él habla a través del testimonio subjetivo e interno del Espíritu Santo. Pablo dice en Colosenses 3:15: “Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones...” Cuando nos estamos moviendo en la dirección correcta y tomamos las decisiones correctas, la paz aflora en nuestros corazones. Si no tenemos paz respecto a cierta acción, entonces debemos dudar si es la voluntad de Dios. Uno de nuestros grandes escritores cristianos, J. Oswald Sanders, dijo: “Es un disparate actuar cuando la paloma de la paz se ha ido volando del corazón.”

Una última palabra de advertencia. Aunque los sentimientos están involucrados, no deberíamos tomar una decisión basados solamente en ellos. Los sentimientos tienen que ser confirmados por otros factores.

AHORA, ¡HÁGALO!

El pueblo de Israel había hablado acerca de hacer rey a David. Sus intenciones eran buenas, pero ellos nunca las llevaron a la acción. Finalmente Abner les dijo a los ancianos de Israel: “Hace ya tiempo procurabais que David fuese rey sobre vosotros. Ahora, pues, hacedlo” (2 S. 3:17-18a).

Ésa es la palabra de Dios para muchos de sus hijos hoy. «Hace tiempo procuraban coronar al Señor Jesucristo como Rey de su vida. Y hasta han cantado: ‘Rey de mi vida hoy te coronó’. Han pensado en renunciar como monarcas y otorgar los derechos del trono a Cristo. Ahora, ¡háganlo!”

El tiempo ha llegado. La decisión determina el destino. Sabemos que esto es verdad respecto a la salvación. Cuando recibimos al Salvador a través de un acto definido de fe, nuestro destino eterno en el cielo está asegurado. Pero hay más. Cuando decidimos aceptar incondicionalmente Su voluntad para nuestras vidas, se nos asegura una vida en la tierra que cumplirá Su plan para nosotros.

Hemos visto que es una decisión ambigua. Primero es una crisis; luego se transforma en un proceso. Es un comienzo determinado que es seguido de una práctica continua. Siempre hay una primera vez en que renunciamos a ser los directores de nuestras vidas y le entregamos las llaves a Él. Pero cada día tenemos que confirmar esa decisión original.

Piense en los puntos críticos que están involucrados en la decisión. Nos salva del tiempo gastado fuera de la voluntad de Dios, tiempos de vagar en un desierto espiritual, tiempo que

no cuenta para Dios. Nos salva de una existencia monótona, de la trivialidad, del aburrimiento y de la nada.

Por otra parte, un compromiso constante nos asegura el lujo de saber que estamos viviendo en el centro de Su voluntad. Nos asegura una vida que cuenta para la eternidad.

Nos garantiza la vida más significativa que la sabiduría de Dios puede concebir para nosotros. ¡Recuerde! “Él hace lo mejor por aquéllos que lo dejan elegir a Él.”

Significa que al final de la jornada, el Arquitecto celestial desplegará Su proyecto para nosotros, comparará nuestra vida con Él, pondrá su mano sobre nuestro hombro y dirá: “Justo como estaba planeado. Bien hecho, mi buen siervo y fiel.” No hay nada mejor que eso.

La vida es como una moneda. Podemos gastarla de la manera que queramos. Pero podemos usarla sólo una vez.

Nuestras intenciones pueden ser buenas. Queremos hacer algo bien. Pero eso no es suficiente. Nosotros decimos: “Algún día,” pero Dios dice: “Hoy.” Hemos estado escuchando nuestras dudas, temores, excusas, y vacilaciones por mucho tiempo. Ahora escuchemos a Dios.

Luego, hagamos esta razonable réplica, hoy y todos los días:

Amor tan maravilloso, tan divino,
Tendrá mi corazón, mi vida, mi todo.

Ahora, ¡hágalo!

Sólo Una Vida

Sólo una vida para ofrecer – Jesús, mi Señor y Rey;
Sólo una lengua para alabarte y cantar de Tu misericordia (por siempre);

Sólo la devoción de un corazón, Salvador, que sea
Consagrada sólo a Tu gloria sin par,
Rendida completamente a Ti.

Sólo esta hora es mía, Señor – que sea usada para Ti;

Que cada momento que pase valga para la eternidad
(mi Salvador);

Las almas mueren por ahí, mueren en pecado y vergüenza;

Ayúdame a llevarles el mensaje de la redención del Calvario

En Tu glorioso nombre.

Sólo una vida para ofrecer – tómalas, querido Señor, es mi oración;

Sin retener nada de Ti, Tu voluntad obedezco ahora
(mi Jesús);

Tú que has dado absolutamente todo por mí,

Toma esta vida como Tu propiedad para ser usada mi Salvador,

Cada momento para Ti.

Avis B. Christiansen

Copyright © 1937 *Singspiration Music/ASCAP*. Todos los derechos reservados. Usado con permiso de Benson Music Group, Inc.



LLAMADA DE MEDIANOCHÉ

Cx.P. 1688 • 90001-970 PORTO ALEGRE/RS - Brasil

Teléfono: +5551 3241-5050 • Fax: +5551 3249-7385

www.llamada.com.br • pedidos@llamada.com.br



Formato: 13,5x19,5cm • 176 págs.

Moisés preguntó en su canción: "¿Quién como tú?". Fue una pregunta retórica, porque no hay nadie como el verdadero Dios! En su libro *Único en Majestad*, William MacDonald, bien conocido como maestro de las Escrituras y autor de numerosos libros, explora los atributos de Dios. No es una exposición de conocimientos teóricos, sino la que rebosa del corazón de un hombre de Dios, quien supera los 80 años y ha caminado con el Señor toda la vida. Es una serie de reflexiones de un anciano devoto del Señor, que estimulará el corazón y el espíritu de cada lector a adorar a Dios, y cultivar en su vida cristiana cotidiana aquellos atributos divinos que son comunicables.